



ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO



OCHENTA
AÑOS
ENAH

Arqueología de un Arqueólogo

Conversaciones con
Eduardo Matos Moctezuma

David Carrasco y Leonardo López Luján
Entrevistadores

María Luisa Parra
Transcripción

México, 2019



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



GN21.M33

A77

Arqueología de un arqueólogo : conversaciones con Eduardo Matos Moctezuma / entrevistadores David Carrasco y Leonardo López Luján ; transcripción María Luisa Parra. --

México : Secretaría de Cultura : INAH : ENAH, 2019.

163 p. : il. ; 28 cm. -- (Colección Ochenta Años. ENAH)

ISBN: 978-607-539-307-0

1. Matos Moctezuma, Eduardo, 1940- Biografía 2. Matos Moctezuma, Eduardo, 1940- Entrevistas 3. Antropólogos - México - Biografía 4. Arqueólogos - México - Biografía 5. Mexicas - Antigüedades 6. Templo Mayor (Ciudad de México, México) I. Carrasco, David, entdor. II. López Luján, Leonardo, entdor. III. Parra, María Luisa, transcr. IV. Serie.

ISBN: 978-607-539-307-0

Colección: **Ochenta Años.** ENAH

Cuidado de la edición: Departamento de Publicaciones ENAH

Jefe del Departamento de Publicaciones: Luis de la Peña Martínez

Diseño de portada e interiores: Constanza Hernández Careaga

Corrección de estilo: Adriana Nayelhy Jiménez León

Distribución y promoción editorial: Daniel Isaac Rivera Sánchez

Primera edición: 2019

D.R. © 2019 Instituto Nacional de Antropología e Historia

Córdoba 45, colonia Roma, 06700 Ciudad de México.

sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Periférico Sur y Zapote s/n, col. Isidro Fabela, Tlalpan, 14030, Ciudad de México.

<www.enah.edu.mx/publicaciones>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de esta edición.

Impreso y hecho en México.

Índice

11	COMENTARIOS A ESTA EDICIÓN
13	PRESENTACIÓN
25	I. INFANCIA Primeros pasos: Panamá y Venezuela De regreso a México: el encuentro de la voluntad
37	II. LOS CINCO ROMPIMIENTOS DEL CENTAURO La cabaña interior
45	III. DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA La Escuela Nacional de Antropología e Historia De Rilke a la Revolución Ya que el futuro es incierto, busquemos el pasado Los maestros: de Marquina a Bernal Pedro Armillas y Mircea Eliade Las corrientes arqueológicas
77	IV. EL PROYECTO TEMPLO MAYOR El segundo rompimiento: de presidente a Coyolxauhqui Las tres fases del Proyecto Templo Mayor El tercer rompimiento: la familia El cuarto rompimiento: lo superfluo El trabajo interdisciplinario: del <i>Erectario</i> a <i>Turandot</i>

111	V. LOS MEXICAS CONQUISTAN EL MUNDO Exposiciones internacionales: de París a Denver y algunas ciudades más Honos y reconocimientos Hacia el futuro...
129	VI. AL ENCUENTRO CON LA MUERTE El quinto rompimiento: hay que saber vivir la muerte
135	EDUARDO MATOS MOCTEZUMA
145	<i>POST SCRIPTUM</i>
147	PENSAMIENTOS Mi testamento Alabama A Cuba Yo vengo de un hermoso país lejano... Qué triste y hermosa es la soledad Erectario La captura del tiempo El rostro de la vida... y de la muerte
155	ÍNDICE CRONOLÓGICO



Caballero Águila/Eagle Warrior. Cuadro de George Yepes, realizado para la Cátedra Harvard "Eduardo Matos Moctezuma" 2017.

COMENTARIOS A ESTA EDICIÓN

Eduardo Matos Moctezuma

Uno de los medios más eficaces para conocer la vida de cualquier persona es, sin lugar a dudas, la entrevista. En este caso unieron esfuerzos David Carrasco, director del Mesoamerican Archive de la Universidad de Harvard, y Leonardo López Luján, investigador del Proyecto Templo Mayor, para llevar a cabo muchas horas de pláticas conmigo que redundaron en el libro que hoy está en tus manos. La primera edición fue publicada en inglés en 2007, con el título *Breaking through Mexico's Past*, editado por la University of New Mexico Press, y la versión en español bajo el sello de la prestigiada editorial Porrúa, con el título *Los rompimientos del Centauro*. Hoy, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) saca a la luz una nueva presentación del libro. Lo hace en el marco de su octogésimo aniversario y a 80 años también del surgimiento de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH); en 1938 esta última nació en el seno de la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y poco después fue incorporada al INAH. Entre los alumnos egresados de la ENAH, en estos años, nueve de ellos han obtenido el Premio Nacional de Ciencias y Artes y no pocos han alcanzado, gracias a sus aportes en la investigación, presencia internacional.

El libro guarda características semejantes de su antecesor, si bien la cronología del final se ha aumentado hasta el año 2018 y se agregó un texto de Leonardo López Luján. De esta manera se actualiza y pone al día, aunque permanece su contenido esencial en

los diferentes capítulos que lo conforman. Deseo expresar mi agradecimiento a la Fundación Porrúa, en especial a Rodrigo Pérez-Porrúa, presidente de la fundación, quien amablemente accedió a que se publicara esta edición; asimismo agradezco a la ENAH, que tuvo el interés de dar a conocer el contenido que atañe a la antropología y, de manera particular, a la arqueología entreverada con aspectos de mi vida.

Esta nueva edición la dedico a los alumnos de la ENAH que en el futuro tendrán en sus manos los derroteros de la antropología.



Foto del título de Arqueólogo y Maestro en Ciencias antropológicas por la ENAH y la UNAM.

PRESENTACIÓN
EDUARDO MATOS MOCTEZUMA:
UN CENTAURO LISTO

David Carrasco

Leonardo López Luján*

Al cavar en el suelo de la ciudad antigua,
la metálica punta de la piqueta choca
con una joya de oro, una labrada roca,
una flecha, un fetiche, un dios de forma
ambigua, o los muros enormes de un templo.

Mi piqueta
trabaja en el terreno de la América ignota.
¡Suene armoniosa mi piqueta de poeta!
¡Y descubra oro y ópalos y rica piedra fina,
templo o estatua rota!

Y el misterio jeroglífico adivina la Musa.

RUBÉN DARÍO. *El canto errante*. 1907

A partir de una meditación concisa y poética sobre la arqueología como un viaje hacia el pasado, a su madurez y al “tiempo muerto”, Eduardo Matos Moctezuma escribe el siguiente pasaje irresistible, tan característico de su propia perspectiva, al final de este libro titulado *Arqueología de un Arqueólogo. Conversaciones con Eduardo Matos Moctezuma*:

* David Carrasco (Universidad de Harvard) y Leonardo López Luján (INAH) llevaron a cabo las grabaciones directas, así como la selección y la edición de las entrevistas. María Luisa Parra tuvo a su cargo las transcripciones de las cintas; la traducción al español de la presentación, correspondiente a la edición original en inglés, la hizo Tanya Huntington.

El viaje que hoy emprendemos nos permitirá dos cosas: remontarnos varios siglos atrás en esa moderna máquina del tiempo que es la arqueología, pues al arqueólogo también le es dado recuperar el tiempo ido por medio de las excavaciones y, además, llegar al mundo de los muertos, en donde encontraremos los rostros que fueron y que nos ven, con ojos pétreos, a través del tiempo mismo...

Estoy listo...

Quienes lo conocemos y queremos también sabemos de qué manera única y creativa, Eduardo siempre está *listo*, es decir, vigilante, preparado, enfocado, mentalmente diestro a la hora de enfrentar los desafíos y las oportunidades de su vida.

Mucho más que cualquier otro arqueólogo de nuestro tiempo, Eduardo ha navegado efectivamente los desafíos, las sorpresas, las vicisitudes y las oportunidades del impresionante mundo arqueológico de México, además de ayudar a sus paisanos y a un mundo más allá a sujetarse y a excavar dentro de, en palabras de Darío, los significados culturales y políticos más profundos de “la ciudad antigua” en Mesoamérica.

En lo personal, Eduardo recibió de su familia el don de la voluntad individual, la cual ha cultivado conforme enfrentaba, con especial intensidad e inteligencia, los cinco mayores desafíos de su vida: lo que él llama “los cinco rompimientos del centauro”. Como muestran estas páginas, su voluntad se conforma de una combinación intensa y profunda de curiosidad y determinación. Por un lado, desde su temprana niñez mostró un deseo intenso de comprender más plenamente el funcionamiento del cosmos en el que vivía, que se manifestaba a través de eventos naturales, escuelas religiosas y seculares, revoluciones políticas, la vida de las mujeres, la vida y la muerte de los niños, los encuentros con “ornamentos dorados, piedras esculpidas” y dioses “de forma ambigua”. Por otro lado, y a menudo ante obstáculos que hubo derrotado a la mayoría de la gente, empuñaba una voluntad efectiva para que parte de aquel mundo trabajara en su propio beneficio tanto como en el de sus colegas científicos, además de consolidar la identidad cultural del país. La pieza central de este viaje a través del laberinto de los cinco rompimientos ha sido, tal y como afirma el poema de Darío, “los muros enormes de un templo” dentro de la tierra de un México desconocido, es decir, su excavación magistral del Templo Mayor. Entre los éxitos extraordinarios de esta excavación, ubicada simbólicamente en el eje del centro colonial de la ciudad de México, Eduardo ayudó a renovar el sitio cultural y ceremonial del *orientatio*, el Zócalo de la ciudad y el

zócalo de la imaginería mexicana, cuyas raíces están arraigadas hacia atrás en el Imperio mexica, cuando otros Moctezuma caminaban sobre la tierra.

Su estatura casi mítica en México se refleja en el título original de este libro —que son cinco en total— porque este patrón quintuple coloca y sintoniza la historia de su vida con la cosmogonía de cinco edades o soles labrados en el mololito de la Piedra del Sol y en otros tantos mitos mesoamericanos. Es adecuado para nosotros pensar en su vida, su profesión, sus amores, sus pérdidas y sus extraordinarios logros científicos y culturales bajo el matiz de la mitología mexicana. Después de todo, tenemos aquí a un hombre que se ha convertido en una especie de héroe cultural en su país, pero cuya historia personal está repleta de temas tan extraños como los que se relacionan con los dioses de México: una enorme creatividad (entretejer las disciplinas y los individuos del Proyecto Templo Mayor, uniéndolos en un equipo creativo), la marginalización (su niñez fuera de México, en Panamá, en Venezuela), las limitaciones físicas (fue tartamudo y lo pudo superar), las rupturas dolorosas (las relaciones rotas, la pérdida de un hijo querido, la renuncia a los altos puestos, la fascinación por la muerte), los viajes a otros mundos (China, Australia, Estados Unidos, Europa, a través de selvas chiapanecas y dentro del mundo mexica por debajo de la Catedral de la Ciudad de México), además de sus creaciones artísticas (escultor, poeta, profesor, director, diseñador de museos, mexicano universal). De manera única, Eduardo se ha convertido en uno de los héroes culturales de México, una musa masculina que, igual que en el poema de Darío, ayuda a “adivinar el significado de los jeroglíficos”, las señales sagradas de Tenochtitlan en particular y de Mesoamérica en general. Su combinación extraordinaria de trabajo científico, espíritu poético y sabiduría política se refleja en el animal mitológico con el cual ha elegido caracterizarse: el centauro, el mítico caballo-hombre cuyos poderes diversos de velocidad, inteligencia, fuerza y astucia, además de ingenio, lo distinguían de los demás dentro del panteón griego.

Conocer y entrevistar a Eduardo Matos

Estas entrevistas relacionadas con su vida empezaron en 1990, cuando los logros de Eduardo en el Templo Mayor habían suscitado la aclamación internacional y queríamos comprender las fuentes y hasta los secretos de su creatividad única.

Esperábamos que, si le preguntábamos sobre su niñez, la historia de su familia, sus relaciones más importantes, sus luchas interiores, educación, las fórmulas de la química personal y la forma de su intelecto, podríamos ayudar a desarrollar una narrativa que revelaría cómo Eduardo llegó a lograr tanto para sí mismo, para la arqueología y para México. En particular, queríamos comprender mejor lo que había “preparado” al enfrentar y tener éxito en el verdaderamente monumental Proyecto Templo Mayor, el cual involucraba una muy larga serie de proyectos de excavaciones, publicaciones, conferencias, presentaciones al público y los medios. El lector de estas páginas descubrirá las claves personales, profesionales y poéticas que descifran los secretos de su desarrollo extraordinario como científico y como héroe cultural. Las primeras entrevistas fueron llevadas a cabo por David Carrasco a lo largo de un periodo de 10 años en la Ciudad de México, en Boulder, Colorado y en la Universidad de Princeton. Desde el comienzo, Eduardo mostró una voluntad, inclusive una fascinación por contar la historia de su vida, y ambos tuvimos la impresión de que estaba descubriendo elementos y nexos con su vida pasada mientras a la vez redescubría sucesos, motivos y cuestiones más profundas dentro de su trabajo, su familia, sus amistades y su ascenso a la fama. En cierta etapa, dentro del proceso narrativo, Carrasco se dio cuenta de que había que postular preguntas sobre la educación arqueológica de Eduardo y de los grandes logros en el Templo Mayor que él mismo no sabía cómo plantear. Pensó en Leonardo López Luján, quien había trabajado de manera cercana con Eduardo en el Proyecto Templo Mayor a lo largo de más de 20 años y quien realizó los estudios de la Casa de las Águilas en el recinto sagrado de Tenochtitlan. López Luján llevó a cabo, junto con Carrasco y de manera individual, una serie de entrevistas que enriquecieron la narrativa global de la vida y el desarrollo profesional de Eduardo. Habrá que añadir, además, que la preparación del manuscrito en español, así como la organización general de las dos versiones —en inglés y en español—, fue mejorada significativamente por la lingüista María Luisa Parra, de la Universidad de Boston.

Carrasco supo por primera vez de Eduardo cuando estudiaba con Pedro Armillas, el incomparable español que ayudó a revitalizar la arqueología mexicana durante las décadas que siguieron a la Guerra Civil española. Armillas enseñaba antropología en la Universidad de Illinois, campus Ciudad Universitaria Circle, y se convirtió en el tutor de Carrasco para muchas cuestiones arqueológicas de Mesoamérica, especialmente en relación con la arqueología del culto de la Serpiente

Emplumada en el México Central. Cuando Carrasco tuvo que hacer un viaje de campo para visitar las ciudades de la Serpiente Emplumada en esa región, Armillas le escribió una generosa carta de presentación para “mi excelente estudiante, Eduardo Matos” en México. Habló con Carrasco sobre Eduardo y su generación de arqueólogos con orgullo y con la esperanza de que los nuevos descubrimientos y conocimientos seguirían apareciendo dentro del estudio de la historia y las sociedades mesoamericanas. Hoy día, los estudiosos se han vuelto conscientes de lo importante que ha sido Armillas para el conocimiento arqueológico contemporáneo. Son muchos ensayos y libros en los que encontramos referencias específicas sobre cómo la visión de Armillas en cuanto a los momentos cruciales, las condiciones materiales y la organización social han resultado fundamentales para los estudios y modelos de la historia mesoamericana. Eric Wolf lo dijo mejor en la dedicatoria de su libro *Sixteenth Century Mexico*, cuando escribió: “Para Pedro Armillas, quien abrió el camino”. Tener un tutor como Armillas fue un sueño hecho realidad para Carrasco, en parte porque mandó a su estudiante hacia la oficina, la obra y la vida de Eduardo Matos Moctezuma, quien en ese momento fungía como jefe de Monumentos Prehispánicos del INAH. Todavía con poca experiencia, mientras completaba su tesis de doctorado sobre *Quetzalcóatl and the Irony of Empire: Myths and Prophecies in the Aztec Tradition*, Carrasco encontró a Eduardo en 1976 dentro de su oficina en la Ciudad de México. Después de leer la carta de Armillas, que describía a un historiador chicano de las religiones que había trabajado con Mircea Eliade y Paul Wheatley en la Universidad de Chicago, Eduardo tuvo la primera de una larga serie de gestos generosos en la vida de David, escribiéndole cartas de presentación para los guardianes de las zonas arqueológicas de Xochicalco, Teotihuacan y Tula, dándole también al visitante una copia autografiada del recién publicado libro *Muerte a filo de obsidiana*. Carrasco siempre se ha sentido bienaventurado por el hecho de que Pedro Armillas lo pusiera en contacto con Eduardo, y fue sólo varios años después que David llegó a darse cuenta del respeto profundo que tenían tanto Eduardo como otros arqueólogos mexicanos por Armillas. Simbólicamente, tal vez, la primera fotografía dentro del libro *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, que coordinó Eduardo, es de Pedro Armillas y José García Payón, mientras examinaban una columna con la imagen de 13 Conejo en El Tajín.

López Luján empezó a trabajar con Eduardo como un novicio adolescente o “esclavo” —término que emplean afectuosamente los arqueólogos para referirse a

los estudiantes y a cualquier otra persona que trabaja gratis— en el verano de 1980, cuando tenía 16 años de edad. El año anterior, López Luján había visitado por primera vez el sitio del Templo Mayor: había despertado al significado cultural y hasta la magia de la obra arqueológica cuando vio la escultura de Coyolxauhqui *in situ*, atestigüando también otras ofrendas y piezas impresionantes de escultura mexicas. Había leído anteriormente libros sobre importantes descubrimientos arqueológicos y había lavado y marcados tepalcates fragmentos mayas para Alberto Ruz, descubridor de la tumba del rey Pakal en Palenque. Las visitas de Leonardo al Templo Mayor sirvieron como estímulo para que le pidiera a Eduardo la oportunidad de trabajar en el sitio y “aprender conforme hacía” la arqueología. Eduardo respondió: “Ven mañana al Templo Mayor a las 8:00 a.m. Ya sabes cómo llegar”. A lo largo de los años siguientes, López Luján formó parte del equipo científico que atestigüaron el florecimiento de la arqueología mexicana, debido a los descubrimientos impresionantemente ricos que se hacían casi todos los días. Su relación de trabajo con el equipo y especialmente con Eduardo se profundizaron hasta que cumplió 18 años y se dio cuenta de que había encontrado su vocación en la vida. López Luján combinó su trabajo en el campo con los estudios universitarios que culminaron con su doctorado en Arqueología mexicana en la Universidad de París en 1998. A lo largo de los años, una profunda colaboración con Eduardo se desarrolló conforme López Luján participaba y era testigo de la *renovatio* cultural y arqueológica en el Templo Mayor, llevada a cabo por una interrelación entre la excavación arqueológica y el establecimiento del Museo del Templo Mayor y sus programas educativos.

El linaje y la vida

El estilo de Eduardo de estar “listo” y su dedicación a la gama completa del significado cultural de la arqueología se aprecian en la siguiente anécdota. Hace varios años fue elegido para recibir el primer Premio H. B. Nicholson para la Excelencia en Estudios Mesoamericanos del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de Harvard. La cena solemne se convocó durante una conferencia del Archivo Mesoamericano y muchos de los que han sido colegas y amigos de Eduardo a lo largo de los años se encontraban presentes, incluido el propio H. B. Nicholson, inimitable, quien habló de manera elocuente y con gran afecto acerca de las contribu-

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

UN CENTAURO LISTO

ciones singulares de Eduardo. Cuando estaba por servirse la cena en la Sala del Indio Americano, donde varios soberbios postes totémicos *Tinglit* se encontraban de guardia sobre los comensales, Eduardo le pidió a Carrasco que subiera con él la escalera de atrás del museo. Antes, ese mismo día, mientras caminaba rumbo a una junta, había notado fugazmente los nombres de varios distinguidos antropólogos de Harvard, muertos desde hacía mucho tiempo, que estaban pintados en las puertas de las que habían sido sus oficinas. Ahora que estaba a punto de recibir ese honor de Harvard, que le llenaba de una enorme emoción matizada por la gran admiración hacia la tradición científica en que trabajaba y vivía, sentía el impulso de mirar aquellos nombres, mostrando así su respeto de manera simbólica con un rito de paso antes de recibir la medalla H. B. Nicholson. A través del estrecho pasillo, pasaron a un lado de los encargados del banquete, quienes daban los toques finales a la cena. Entonces subieron las escaleras hacia las puertas que tenían los siguientes nombres y fechas:

A. M. Tozzer 1902-1954

A. V. Kidder 1914-1921

C. Kluckhohn 1960

H. J. Spinden 1921-1929

G. R. Willey 1950-2002

W. L. Fash 1995

Después de la visita a los pisos en que se encontraban esos nombres, colocados en las puertas de las oficinas, Eduardo se detuvo y se quedó mirando, sonrió ligeramente con admiración, agitó los hombros y la cabeza como para soltar la emoción y dijo: “Estos hombres hicieron grandes contribuciones a nuestro conocimiento. Me honra asociarme con ellos. Ya me siento listo para recibir la Medalla Nicholson”. Y eso hizo, durante una cena jubilosa, con el aire lleno de vítores.

Este pequeño viaje con él confirmó para Carrasco algo que había sospechado. Eduardo tiene un genio para el liderazgo y para la interpretación antropológica, pero se entiende a sí mismo y a sus muchos honores *a)* como parte de los linajes, *b)* debido, en parte, a las transmisiones del conocimiento, los misterios y las preguntas indagatorias de los grandes maestros, y *c)* como eslabones de cadenas de honor que recorren en un sentido a través de los nombres pintados en aquellas puertas, y avanzan en otro sentido hacia los arqueólogos, poetas y escultores del

porvenir. A David le conmovió la humildad y el orgullo de linaje de Eduardo que, aunque se basaban en logros mexicanos, alcanzaban más allá a todos los que han ayudado a los diversos pueblos de Mesoamérica a encontrar un lugar dentro de nuestra ciencia, en de nuestros libros y nuestros corazones. Ese mismo deseo de querer saber y celebrar el rostro humano de la arqueología puede verse en el libro de la exposición *Descubridores del pasado en Mesoamérica*. Una obra maestra fotográfica y narrativa de la historia de la arqueología mesoamericana. Estas palabras sobre Eduardo en el preámbulo, escrito por Dolores Béistegui son reveladoras acerca de este punto. Dice así:

En una conversación con Eduardo Matos sobre arqueología, le pregunté acerca de los hombres que se han dedicado a esta ciencia y de la importancia de sus hallazgos para el conocimiento de nuestro pasado, la respuesta del profesor Matos fue tan apasionada y enriquecedora, que concluimos que el tema de esa conversación debía ser abordado en una magna exposición.

Leer el índice cronológico de este libro da lugar a una serie de sorpresas conforme se delinea la historia de su vida multinacional, multinarrativa. Aunque nació en México en 1940, su padre era diplomático de la República Dominicana, en tanto que su madre, Edith Moctezuma Barreda, era mexicana. Esta diversidad dio lugar a otra: vivió los primeros 10 años de su vida fuera de México, en Panamá, Venezuela, República Dominicana y Honduras, mientras su padre ejercía de manera sobresaliente su cargo diplomático. A los cinco años fue testigo del asalto del pueblo venezolano a su casa, es decir, la embajada dominicana en Caracas. Como un niño de 10 o 12 años, su sentido de la revuelta política latinoamericana se intensificó cuando su padre renunció como embajador en Honduras en protesta contra el “tirano dominicano Rafael Trujillo Molina”. Uno podría sugerir que el joven Eduardo, al vivir estos peligrosos sucesos desde la residencia del embajador, desarrolló su visión histórica de los rompimientos, además de la perspectiva de que la voluntad personal y política constituyen una herramienta efectiva de supervivencia y liderazgo.

Después de regresar a México en 1952, Eduardo continuó su educación en escuelas religiosas (habían sido los lasallistas en Panamá, ahora en México eran los jesuitas y los agustinos) y aquí fue donde se encontró con su primer rompimiento, su lucha con la existencia o no existencia de Dios. El lector verá que esta crisis fue

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

UN CENTAURO LISTO

un momento crucial en su vida, el cual estableció un patrón para sus poderosas transformaciones posteriores, además de las rupturas creativas y las restauraciones dentro de su vida. Vemos a Eduardo y su lucha por la creatividad durante los años de estudiante de la Escuela Nacional de Antropología e Historia; descubrimos su encuentro profundo y humorístico con la obra de Rilke; su enamoramiento de muchas mujeres; su fascinación con la Revolución cubana y sus lazos duraderos con muchos de los grandes arqueólogos y profesores de México. Aprendemos de él conforme traza las corrientes arqueológicas de la segunda mitad del siglo xx y coordina el resurgimiento de Coyolxauhqui de su tumba de casi 500 años. Aguantamos la respiración a medida que recuerda las rupturas dentro de su familia y su actuación como príncipe persa, sin los lentes que tanto necesitaba, en la ópera *Turandot* en la Ciudad de México. Descubrimos cómo ha viajado por el mundo y revelado sus descubrimientos portentosos sobre la civilización mexicana en Europa y Asia.

Dentro de esta narrativa inspiradora y a menudo humorística, descubrimos no solamente los detalles y hechos cruciales de su vida, sino también los aspectos esenciales de nuestra propia vida: el amor erótico y las amistades profesionales, el miedo de lo conocido y lo desconocido y las caras múltiples de la muerte. A través de todo, vemos a Matos tejiendo los hilos de la renovación, la reinención y la revitalización. Como respuesta parcial a la duda mayor, ubicada por encima de “lo que lo había ‘preparado’ para abordar y lograr el verdaderamente monumental Proyecto Templo Mayor, el cual se había asociado con una muy larga serie de proyectos de excavaciones, publicaciones, conferencias, presentaciones públicas y medios”, los lectores descubrirán que el desarrollo profesional de Eduardo de ninguna manera se limita o se restringe a su administración experta de la excavación del Templo Mayor y de su museo. Su determinación de convertirse en un arqueólogo de primerísimo nivel y de contribuir de manera significativa e innovadora a la recuperación científica del pasado civilizado de México lo llevaron a trabajar de manera intensa bajo la dirección de destacados antropólogos y en algunas de las ciudades arqueológicas más interesantes de Mesoamérica. La diversidad de esos esfuerzos es evidente en la arqueología que ha realizado en Bonampak, Comalcalco y Malpaso en el área maya, además de Cholula, Tula, Teotihuacan, Tenochtitlan y Tlatelolco en el Centro de México. Su visión general de la arqueología mesoamericana también fue nutrida por varios profesores que constituyen el *All Star* de la arqueología, incluyendo a José Luis Lorenzo, Calixta Guiteras, Richard S. McNeish, Román Piña Chán, Jorge R. Acosta, Pedro Armillas, Francisco González Rul,

Bodo Spranz e Ignacio Bernal, entre otros. Aquella noche en el Museo Peabody de Harvard vemos la clave en cuanto a su gesto ritual de respeto.

Cuando murió Octavio Paz, éste fue denominado un “mexicano universal” por el alcance extraordinario de su escritura y de sus viajes por el mundo, y por haber ganado el Premio Nobel de Literatura. De manera distinta, Eduardo Matos Moctezuma es un “mexicano universal” porque ha encabezado a decenas de científicos, escritores, periodistas y ciudadanos de México y de otros países que viajan a través de la ventana del tiempo hacia una nueva apreciación del universo mesoamericano tal y como fue construido, ritualizado, vivido de manera cotidiana e imaginado por los millones de personas que construyeron las primeras ciudades del Nuevo Mundo, como muestra el capítulo cinco de este libro, “Los mexicas conquistan al mundo”, a través de las exhibiciones, seminarios, honores y premios asociados con su nombre y logros únicos que continúan produciéndose. Dijo: “Estoy listo”, pero también ha dicho, en su trabajo vital, matizado siempre por su especial sentido del humor, “soy listo”, en el sentido de despierto, pero también de estar preparado: “lo tengo bajo control, pueden contar conmigo”. Hemos contado con él en nuestro desarrollo profesional y no sólo ha estado listo. Ha sido productivo, empático, efectivo y ha revitalizado todo lo que ha tocado. Le hemos dado la última palabra, y tal vez su símbolo, el símbolo de su vida y de sus logros, sea el caracol, por su energía revitalizadora, sus líneas tan llenas de fuerza potencial y a la vez fluida hacia una belleza vital.

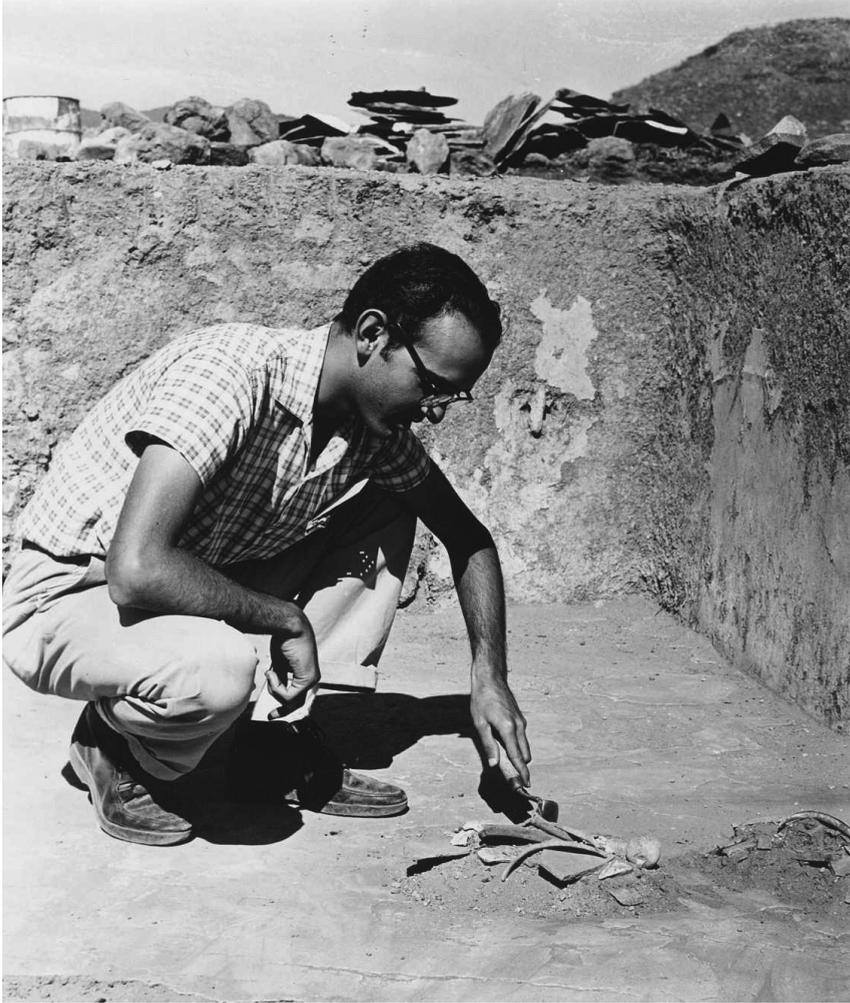
Él escribe de esta manera acerca del caracol en su poema “El rostro de la vida... y de la muerte”:

El caracol es símbolo de vida.
El artista que lo creó hizo no sólo vida a través de la forma,
sino que unió volumen y ritmo y logró,
con líneas que se desparraman suavemente,
el movimiento constante y eterno del símbolo vital.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
UN CENTAURO LISTO



*Tercera conferencia magistral de la Cátedra Harvard, impartida por Alfredo López Austin, en el Museo Nacional de Antropología 2018. De izquierda a derecha Antonio Saborit, Diego Prieto, Alfredo López Austin, Eduardo Matos Moctezuma y David Carrasco.
Foto: Mauricio Marat. INAH.*



Excavando en el Palacio de las Mariposas, en Teotihuacan, 1963.

Foto: INAH.

I. INFANCIA

DAVÍD CARRASCO (DC): Eduardo Matos Moctezuma, tu apellido es bastante raro, pero muy significativo. Háblanos acerca de la proveniencia de tu nombre, y comparte con nosotros algunos relatos acerca del interés que éste causa en la gente.

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA (EMM): Bueno, el apellido Moctezuma viene de parte de mi madre. Mi madre, Edith Moctezuma Barreda, era del estado de Puebla, en México, y ella decía que era descendiente del emperador. En realidad, mis hermanos y yo no hacíamos mucho caso de esas cosas, pero sí veía yo, inclusive siendo niño, que ella lo tomaba muy a pecho. Nos relataba la historia de uno de los virreyes que gobernó la Nueva España que tenía los títulos de conde de Moctezuma y Tula, vizconde de Ilucan.

Un día, el virrey iba pasando a caballo por la calle, cuando se tropezó y cayó al suelo. Una persona que estaba allí lo ayudó a levantarse y el virrey le dijo: “Gracias. Vaya al palacio virreinal y pídamme algún favor, ya que usted me ha ayudado”. Esta persona fue y le pidió al virrey que se le reconocieran sus títulos, ya que se apellidaba Moctezuma y era del estado de Puebla. Entonces, el virrey mandó a dos frailes para que vieran si era verdad que se apellidaba Moctezuma y qué opinaban de él los vecinos. Regresaron con el informe de que era muy respetado en el lugar y que, en efecto, lo consideraban descendiente del emperador. No sé en realidad si mi mamá inventó esa historia o si era verdadera, pero el hecho es que ella siempre contó esto. Inclusive un día nos enseñó un escudo, pintado por un amigo, y decía que era el escudo de los Moctezuma, con un águila, un ocelote o jaguar y tres bastos. Ella decía que éste era el escudo de los Moctezuma. Mi padre no hacía mucho caso del asunto, más bien hacía bromas con relación a las ideas de mi madre, y le

decía “la señora marquesa de Moctezuma”. Para mí, en realidad, no ha sido un problema saber si soy o no descendiente del emperador, pero veo que a veces eso sí le preocupa mucho a otras personas. Recientemente estuve en Italia, hace dos semanas, y la preocupación de los periodistas y la pregunta obligada era si yo era descendiente del emperador.

DC: Tal vez porque tú has excavado el templo de Moctezuma.

EMM: Exactamente. Por cierto que un escritor, Gustavo Sáinz, me dedicó su libro *Fantasmas aztecas*, en donde habla de mi vida y la relación de mi apellido con mi destino de excavar el Templo Mayor de los mexicas. Pero volviendo a los periodistas italianos, en mi última visita, al igual que en una que hice hace cinco años, la relación entre el apellido y el emperador siempre fue motivo de preguntas. Al principio respondía que en realidad no sabía si era o no descendiente. Pero ante la insistencia de una respuesta llegué a contestar que sí, que sí era descendiente del emperador. Entonces se quedaban muy contentos y publicaban en los periódicos: “Está aquí el descendiente del emperador mexica...”.

Primeros pasos: Panamá y Venezuela

DC: El relato sobre tu apellido es interesante porque significa que había una dirección en tu vida, aunque tal vez no fue siempre consciente. Resulta casi increíble que ha sido un Moctezuma el que ha excavado el templo de Moctezuma. Pero volviendo a tu niñez, platícanos algunas experiencias de esa época y de tu juventud que abrieron tu mente al mundo de tus antepasados o de la arqueología, por ejemplo.

EMM: Mira, éste es un aspecto muy interesante; primero déjame contarte lo siguiente. Mi padre, Rafael Matos Díaz, era diplomático y no era mexicano, sino de la República Dominicana. Yo nací en México, pero como a los seis meses nos fuimos a Panamá debido a la carrera diplomática de mi padre. Estuvimos en Panamá entre 1941 y 1943. Después fuimos a Venezuela, donde trasladaron el cargo de mi padre. De Venezuela tengo uno de los recuerdos más tempranos de mi infancia, seguramente porque ahí viví una experiencia muy traumática. Resulta que allá por esos años derrocaron al gobierno venezolano. Nosotros vivíamos en la embajada de

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

INFANCIA

la República Dominicana. Recuerdo que estábamos en la casa el día del golpe de estado. En las calles se vivía el desorden, la lucha, y algunas personas trataron de tomar la embajada donde estábamos. Mi abuela, que era una persona muy enérgica, muy fuerte, María Barreda de Moctezuma, tomó a mis hermanos Rafael (el mayor), a mi hermana María Fernanda (la menor) y a mí (que era el de en medio) y nos sacó de la embajada para pasarnos a la casa de los vecinos. Ahí nos ocultamos hasta que llegó el ejército y sacó a las personas que habían tomado la embajada.

Regresamos a nuestra casa y mi impresión fue tremenda porque vi todo destrozado, todo destruido: el piano de cola de mi madre tirado a media escalera con una pata rota. Las cortinas tiradas, todo rasgado y destruido por la gente que había entrado. Se robaron la vajilla de plata de mi madre, los cojines, todo. Se rompieron relaciones diplomáticas entre la República Dominicana y Venezuela.

DC: ¿Qué hicieron entonces?

EMM: Nosotros nos fuimos a vivir a la embajada de México, porque mi madre y nosotros éramos mexicanos. De allí viajamos a Santo Domingo, donde estuvimos algún tiempo, más de un año, y hacia 1945 o 1946 volvieron a mandar a mi padre a Panamá como embajador. Y aquí empieza algo interesante. Yo era un niño en ese momento, de seis o siete años, y recuerdo que mi madre nos leía *El origen de las especies* de Charles Darwin cuando mi hermano y yo íbamos a dormir. Esto lo menciono porque mi madre era una mujer muy católica; sin embargo, a sus hijos pequeños les leía toda la posición evolucionista de ese autor. Yo no sé, ni creo que eso haya tenido alguna influencia después para que yo me dedicara también a estudios sobre el pasado, pero por lo menos recuerdo que era muy interesante oír cómo el mono se iba transformando en hombre. No sé si mi mamá nos lo leía para que aprendiéramos o para que nos durmiéramos.

DC: Uno de los temas que mencionas en este relato que quizá tiene una relación con la arqueología es que cuando eras niño y presenciaste esta revolución en Venezuela viste tu casa como una ruina, y esto es muy interesante. Regresaste a unas ruinas, algo así como un descubrimiento arqueológico. Al unir eso a las teorías de Darwin quizá a cierto nivel en tu mente apareció una conexión con este episodio. ¿Qué edad tenías cuando ocurrió lo que nos relatas?

EMM: Muy pequeño, en realidad. Te decía que, por ejemplo, el ataque o la destrucción de nuestra casa fue más o menos cuando yo tenía cuatro años, y lo de Darwin fue alrededor de los siete u ocho años.

DC: Es interesante la combinación de Darwin y una revolución. La otra impresión que tengo es que desde una edad muy temprana tuviste experiencias en otros mundos: Venezuela, Santo Domingo, Panamá... Y la arqueología es otro mundo, el del pasado. Tuviste una preparación tal vez a un nivel subconsciente. Estabas listo para entrar a otro mundo, para descubrir ruinas y tesoros.

EMM: Posiblemente. Recuerdo que en Panamá, siendo niño, y no creo que solamente yo sino que probablemente todos los niños, pensaba en descubrir un tesoro. Recuerdo que al lado de la embajada había un terreno baldío y que junto con mis amigos llevábamos cajitas con algunas monedas y las enterrábamos y las teníamos allí guardadas, pero más bien con la idea de que era un tesoro.

DC: Cuéntanos un poco sobre tu vida en Panamá ¿Qué recuerdos tienes de ese país y de la época que ahí viviste?

EMM: Panamá se me quedó siempre muy grabado; nosotros vivimos allí más o menos cuando yo tenía entre los cinco y 10 años. O sea que vivimos cinco años en Panamá, y fue un lugar que me agradó mucho. Aunque yo era pequeño me acuerdo de buenas vivencias en mi infancia. Hacía un calor tremendo y quizá, como tú dices, no sé si en el subconsciente quedara algo, puede ser.

DC: Otro mexicano de mucha fama, Carlos Fuentes, también nació y creció en ese país. ¿Hay un relato referente a Carlos y a tí?

EMM: Fíjate que sí, hay una cosa curiosa. Yo no sabía que Carlos Fuentes también era hijo de diplomáticos, que había estado en algunos de estos países. Y un día, prendo la televisión y veo un programa ya comenzado en el que están diciendo que esta persona es hijo de diplomáticos y vivió en Panamá y en tal país y yo pensé: están hablando de mí, es decir, ésa es mi biografía. Entonces identificaron a la persona como Carlos Fuentes; así me enteré de que la vida de Carlos ha-

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

INFANCIA

bía tenido una serie de aspectos que me hicieron recordar o pensar que estaban refiriéndose a mí.

DC: Como sabemos, en Panamá hay mucha presencia de los Estados Unidos, y no es del tipo amistoso sino más bien es del tipo militar, y siempre hay conflictos. ¿Cuáles fueron tus primeras impresiones sobre los Estados Unidos y sus relaciones con Latinoamérica?

EMM: Bueno, yo recuerdo que, por ser diplomáticos, nosotros podíamos ir y entrar en la Zona del Canal, es decir en la zona norteamericana, e inclusive ir a un lugar en el que podíamos nadar, que era una playa llamada Forth Amador, exclusiva del ejército norteamericano. Para mí siempre era como otro mundo. Había una especie de barrera que uno atravesaba y llegabas a otro mundo. Primero, no entendías nada, pues se hablaba otra lengua. Recuerdo que íbamos a nadar a este lugar y el carro tenía que pasar por donde había guardias, M. P. norteamericanos. Mi madre sacaba una pequeña tarjeta que les mostraba y la palabra que me gustaba mucho era “O. K.”. Cuando el soldado decía “O. K.” pasábamos para ir a nadar a ese sitio. Pero siempre fue un mundo de una experiencia un tanto negativa para mí, porque mi mamá, en su interés de que aprendiéramos el inglés, en nuestras vacaciones nos inscribió en una escuela norteamericana en la Zona del Canal. Mi hermano y yo íbamos a esta escuela, y no entendíamos nada. Los niños, claro, nos veían con indiferencia; no había comunicación, no jugábamos. Me acuerdo que entraba al salón —imagínate, sería primer año—, me sentaba y me ponían una hoja escrita con algo que yo no entendía, entonces yo me sentía menos. Yo no sé si por eso tuve siempre cierta barrera con el idioma inglés o quizá fue un rechazo en contra de la lengua inglesa por la presión de mi madre de que entráramos allí. En realidad no estábamos integrados a ese mundo. Siempre vi eso como un recuerdo negativo, como una experiencia de un niño que está aislado, que no puede hablar con el resto de los niños, que está solo y sin posibilidad de comunicación de ninguna forma. Pero en Panamá, en general, sí creo que la gocé mucho. Allí estudié los primeros años de primaria en una escuela religiosa de los hermanos lasallistas llamada Miramar. Les tomé mucho cariño a estos religiosos de San Juan Bautista de La Salle, a grado tal que años más tarde, cuando volví a México, yo quería ser un hermano lasallista. Pero si quieres, de eso hablamos después.

DC: Oyendo tus relatos, mi impresión es que la tristeza es un tema dentro de muchas de estas narraciones de tu niñez y juventud. ¿Es verdad?

EMM: Tienes razón. Mira, en alguna ocasión fui con un amigo psicoanalista que me preguntó: “Eduardo, dime, ¿cuáles son los recuerdos más antiguos, los primeros recuerdos que te vienen a la memoria?”.

Entonces le comenté que el primero, quizá el más antiguo, era de cuando tenía aproximadamente dos años y vivía en Panamá. Era más bien una imagen de algo que se caía, como un muñeco o un oso, algo así, y yo lloraba mucho. Éste es un recuerdo aislado. Después vienen otros, como la experiencia que te conté de la embajada en Venezuela. Es decir, un niño que ve cómo su casa es asaltada, destruida, cosas rotas, que tiene que huir saltando a la casa de al lado. En fin, es otra experiencia fuerte. Recuerdo una cosa interesante. Esa casa que asaltaron, la embajada en Venezuela, era muy grande, se llamaba Quinta Castillet. Esta quinta tenía como cuatro pisos, y recuerdo que era tan grande que el último piso no lo usábamos, y en él había una especie de baúl, que me parecía un sarcófago o ataúd, una cosa de ese tipo. Con mucho miedo subía los escalones y me asomaba a ver aquel cajón y me volvía a bajar atemorizado. Recuerdo también que la casa tenía un gran jardín por los cuatro lados y había ratas muy grandes. No sé si me lo parecían porque era yo muy chico y las veía más grandes de lo que eran en realidad, pero eran ratas. Cuando yo le conté esto a mi psicoanalista, mi amigo, me preguntó: “Bueno, y ¿qué conclusión sacas de estos recuerdos?”.

Yo le respondí: “Pues nada, son vivencias, no sé”. Y él me dijo: “No, todos son recuerdos tristes. No me has dado ningún recuerdo en el que te estuvieras riendo”.

Esto me impactó y me quedé pensando, y sigo pensando en eso. Es decir, tengo estos recuerdos más bien negativos y no un momento de risa o de alegría, aunque sí los hubo.

DC: Otra impresión que tengo es en relación con la arqueología, puesto que hay ese recuerdo de un muñeco que se cae, roto, que también es algo como la arqueología, como la ruina de una figura. Estábamos hablando hoy acerca del guerrero águila, por ejemplo. Entonces existe este tema desde que eras muy joven. También me parece que tu trabajo como arqueólogo es también un tipo de carrera diplomática, pues tú eres una persona que viaja mucho, yendo a Venezuela,

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

INFANCIA

Europa, Estados Unidos y otros países con mucho éxito. Eso me hace pensar en tu padre. ¿Cuál fue la influencia, la relación que tuviste con tu padre? Relátnos algo que nos ayude a entender tu formación como un Matos.

EMM: Bueno, mi padre era una persona muy callada, yo creo que bastante introvertida. No nos tocaba, veíamos que nos quería por sus expresiones, pero yo recuerdo que prácticamente no nos tocó, ni a mis hermanos ni a mí. Sin embargo, sí nos demostraba cariño y amor. Esto era muy importante. Pero sobre el aspecto que me preguntas, yo siempre he tenido la idea de ser diplomático. O sea que siempre he pensado en algún momento en tener algún cargo de este tipo, viajar representando a mi país. Quizá porque de niño viví en ese ambiente. Aunque en ocasiones yo veía que era un ambiente superficial, un ambiente a veces un poco falso, porque estabas dos, tres años en un país, luego te cambiaban y no había tiempo de hacer amigos, o los perdías. Sin embargo, es algo que siempre me ha atraído. Es más, mi hermana acaba de recibir un cargo diplomático, quizá ella también tenga algo de eso.

Hay otro aspecto importante sobre mi padre. Era historiador. No estudió historia formalmente, pero era un hombre muy culto, muy preparado que conocía mucho de literatura, de historia; escribía muy bien. Y recuerdo que a veces nos empezaba a leer en la comida o en la cena, por ejemplo, sobre dominicanos ilustres, como Pedro Henríquez Ureña, quien tuvo una gran importancia, inclusive en México, durante las primeras décadas de este siglo [xx], y Alfonso Reyes lo reconocía como maestro. Es una persona que a mí también me ha atraído mucho, y he escrito sobre él. Mi padre nos leía esos párrafos o detalles sobre la historia dominicana. Aunque quizá yo no me daba cuenta en ese momento y a veces hasta hacía gestos cuando mi padre empezaba a leernos alguna cosa, quizá algo se fue quedando. Entonces, imagínate, crecí entre Darwin y las lecturas de mi padre.

Por aquella época mi padre también nos compró varios libros que leí con entusiasmo. Por ejemplo, *Amadís de Gaula*, *Cuentos armoricanos*, *La canción de Rolando...* ¡Quién diría que muchos años después estaría escribiendo acerca de *Los doce Pares de Francia*, danza que se baila en el estado de Puebla y que trata, precisamente, de Carlomagno y su lucha en Roncesvalles, como se lee en la *Chanson de Roland!*

De regreso a México: el encuentro de la voluntad

DC: ¿Puedes recordar otros libros de tu juventud que te hayan causado gran impresión y hayan contribuido a tu formación personal y profesional? ¿Cuáles fueron tus autores favoritos?

EMM: Aquí entramos en un terreno que es muy importante en mi vida. De regreso a México, proveniente de Honduras, donde mi padre había sido trasladado como embajador, yo empiezo —hacia los 12 o 13 años— a tener deseos de ser religioso, de ser uno de los hermanos de La Salle, con los que yo había estudiado en Panamá. Y entonces empiezo a vivir una vida muy ascética y leo muchas vidas de santos, a San Luis Gonzaga, a Santa Isabel de Hungría, su vida. Había una publicación en México que era como un cómic que se llamaba *Vidas Ejemplares*. Trataba sobre vidas de santos. Yo las leía todas. Claro, para un adolescente de apenas de 13 años, que estaba leyendo esto y queriendo ser religioso, pues era un impacto fuerte. Antes de regresar a México, en Honduras, mi padre me regaló un libro que conservé mucho tiempo. Se llamaba *Hacia las cumbres*. El título me gustaba y la portada del libro era una pareja escalando en lo alto de una montaña. La frase y la imagen me encantó. Era como un llamado a superarse y a seguir adelante pese a todas las dificultades. Por aquel entonces, y basado en el título, escribí lo siguiente:

Guía siempre tu nave, visionario,
y cuida que el mar no la derrumbe.
Guía siempre tu nave hacia lo arcano,
guía siempre tu nave hacia las cumbres...

Pero es un momento que yo creo que es clave y muy importante porque entonces decidí que si yo quería ser religioso tenía que serlo de verdad. Eso era llegar a la santidad. ¿Qué hice? Me impuse hacer 20 sacrificios diarios. Y entonces hice una pequeña escala en un cuaderno en donde anotaba, día por día, 20 sacrificios, y que si yo llegaba en determinados años a no fallar, yo iba a ser santo, llegaría a la santidad. ¿Cuáles eran esos sacrificios? Eran, por ejemplo, si yo llegaba de la escuela sofocado, corriendo, y quería agua, pues no la tomaba y me aguantaba una hora aunque me estuviera muriendo de sed. Después tomaba agua. Así anotaba una

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

INFANCIA

rayita. Y tenía que hacer 20 cosas así. Otro ejemplo es que para entonces ya empezaba a despertar el aspecto sexual, a los 13, 14 años. Si pasaba alguna muchacha bonita, con buenas piernas, me controlaba para no voltear a verla. Ése era otro sacrificio, otra raya. Iba a misa casi a diario, era otra. Rezaba el rosario por lo menos cuatro o cinco veces al día, cada una era otra rayita. Llegué a hacer cosas francamente desagradables. Por ejemplo, tenía mi perro, que yo quería mucho, disfrutando de sus huesos que tenía para comer. Entonces yo llegaba, se lo quitaba y lo lamía, ése era otro sacrificio. Pero en ese momento, a pesar del esfuerzo que representaban esos sacrificios, yo no me daba cuenta de que en mí se estaba formando algo importantísimo: la voluntad, una gran voluntad y un enorme autocontrol. Yo creo que ese autocontrol que se fue formando en ese momento resultó muy significativo para muchas cosas posteriores.

Y un día ocurrió una cosa muy curiosa que yo no sé cómo explicar. Creo que lo que te voy a contar fue una casualidad. Yo no creo en milagros y demás, pero cuando yo lo cuento, mucha gente dice: “Sí ocurrió, por voluntad tuya”. Recuerdo que estábamos en la escuela secundaria en México. Yo tendría quizá unos 14 años y nos habían pedido de la clase de biología que fuéramos a recoger unos animales, unos insectos o algo así. Y entonces, con dos amigos más, fui a pie a un lugar que estaba algo lejos, una barranca. Ibamos a salir, y mis amigos me dicen: “Oye, mejor no, porque mira cómo está el cielo, va a llover. Hacemos una hora de ida, otra hora de regreso y va a caer un chubasco tremendo, nos vamos a empañar”. Y yo, con una seguridad absoluta, les dije: “No, no va a llover. Vengan, vamos, yo les aseguro que no va a llover”.

Entonces partimos, y yo iba rezando, y diciendo que no iba a llover. Llegamos al lugar, recogimos los insectos, regresábamos y para entonces el cielo ya estaba cayéndose con unas enormes nubes negras. Mis amigos decían: “Vamos a apurrarnos porque esto ya no puede ser, ya va a llover”. Y yo les dije: “No, cálmense, no hay problema, no va a llover”. Caminamos otra hora de regreso y entramos a la escuela. Te aseguro que en el momento en el que pasamos la puerta, ya bajo techo, cayó una lluvia tremenda. Yo me quedé muy impresionado y seguí rezando. Creo que fue una casualidad. Otras personas piensan: “No, fue la gran voluntad”. No lo sé, pero por lo menos recuerdo que sí me impactó mucho, porque fue muy evidente, muy marcado el asunto.

DC: Pues este relato es interesante, no solamente por la dimensión religiosa, sino también desde el punto de vista de tu voluntad. Porque hasta ahora tienes una voluntad y una seguridad que has gozado durante toda tu carrera. ¿Por qué no volvemos por un momento a tu afán de lograr la santidad? Uno de tus descubrimientos con respecto a los santos fue el poder del sacrificio. ¿Qué otros descubrimientos hiciste durante esos años en que leías las vidas de los santos? Algo cómico o profundo porque estas vidas son muy extrañas.

EMM: Sí, bueno, en realidad, esas vidas me impactaban y digamos que me estimulaban, más bien dentro de la actitud religiosa en la que yo estaba en ese momento. Vivía yo muy imbuido en esas cosas. Te cuento otra anécdota interesante. Cuando yo iba en segundo de secundaria estudiaba en el Alonso de la Veracruz, una escuela de padres agustinos. Uno de los maestros nos preguntó a mí y a otro amigo que si queríamos ir a visitar un convento de frailes benedictinos. Entonces, claro, como yo estaba en esa actitud religiosa, me encantó la idea. Programamos la visita al convento que estaba cerca de Cuernavaca, y además aprovecharíamos para preparar un examen. Mi padre nos fue a dejar a mi amigo, que era guatemalteco, y a mí. Llegamos al convento y nos recibió uno de los frailes benedictinos. Yo iba muy contento, a ver qué experiencia era aquélla. Y recuerdo que entonces el sacerdote le dijo a mi padre: “Bueno, no se preocupe, ya ellos se quedan aquí, déle la bendición a su hijo”. Y mi padre, que jamás fue muy religioso (yo creo que de allí vino más tarde la cosa de no ser tan religioso), no supo qué hacer. ¿Bendición? ¿Cómo? No sabía. Recuerdo que lo que hizo fue únicamente un gesto con su mano en mi nariz. Yo creo que el fraile se debe haber quedado pensando “¿y esto qué es?”. Mi padre se fue y nosotros estuvimos una semana en el convento. Una semana en que vivimos esa vida de frailes, de levantarse a las cuatro de la mañana, ir a la misa, oír los cantos gregorianos que cantaban ellos, y recuerdo un día que el prior del convento nos mandó llamar por separado. Me admite en su celda y empezó a preguntarme cosas. Era fray Gregorio Lemercier, quien fue muy famoso porque introdujo el psicoanálisis al convento y le creó un problema enorme a la Iglesia. Intervinieron inclusive cardenales y el Papa, en aquel entonces. Era un hombre inteligentísimo, de origen belga, que había fundado ese convento. Lo que me impresionó mucho fue ver sus estantes de libros, del piso al techo, lleno de libros, pero libros de todo tipo. Tenía libros de marxismo, de Mao, de Lenin, de Stalin, de vidas de santos, del Papa, de la historia de la Iglesia. O sea, un tipo muy amplio, muy interesante. Y recuerdo que empezamos a platicar y él me

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

INFANCIA

dio un libro a leer. Se llamaba *Las estrellas miran hacia abajo*. Me dijo: “Léelo, y ven en tres días más para que lo comentemos”. Me impresionó mucho fray Gregorio, y tuve mucha admiración por él. No lo volví a ver; solamente supe de su lucha contra la Iglesia y cómo salió de ser fraile precisamente por esa lucha contra ese aspecto retrógrado de la Iglesia, en la que él quería meter algo del psicoanálisis para que los frailes se psicoanalizaran y tuvieran realmente una vocación y no estuvieran allí por otro tipo de problemas.

DC: Lo interesante aquí es el descubrimiento de los espacios sagrados, aunque el poder de ese lugar sagrado en particular es algo complicado, con el psicoanálisis, los libros referentes al marxismo, un mundo diferente. Has hablado algunas veces sobre el psicoanálisis, ¿te parece que de alguna manera el psicoanálisis cura a la persona?

EMM: Bueno, yo creo que el psicoanálisis puede ayudar a una persona con determinados tipos de problema, y depende también de esa persona y demás. Sin embargo; por otro lado veo en parientes o en amigos que a veces llevan años y años y ya han creado tal dependencia que no pueden salir de allí. Pienso que eso es negativo también.

DC: ¿Has tenido una experiencia de curación con el psicoanálisis?

EMM: Como no, y fue muy interesante. Fui al psicoanalista, hablamos y me hizo ciertas preguntas para saber si estaba yo realmente en disposición de colaborar con el psicoanálisis. En fin, acordamos que iba a haber una sesión cada semana, en tal día y a tal hora; todo quedó arreglado. Y cuando le pregunté que cuánto serían sus honorarios y me respondió, automáticamente me curé. En ese momento salí de allí curado totalmente, porque no podía pagar eso.

DC: Regresando a tus años de secundaria, parece que estabas acercándote a una carrera en la Iglesia; pero también es interesante que en esa Iglesia, con ese famoso fraile, había libros muy diferentes, de marxismo, psicoanálisis. ¿Crees que esas ideas impactaron tus deseos por una carrera religiosa?

EMM: Bueno, más que la lectura de esas obras, debo mencionar la influencia de mi hermano Rafael, que aquí juega un papel importante. Él estaba interno en un colegio militar, por lo que sólo venía a la casa los fines de semana. Él tenía en ese momento un pensamiento materialista y me decía constantemente cosas como éstas: “Bueno, no tiene mucho mérito que te vayas de religioso si no conoces la vida, las muchachas, las fiestas, porque al contrario, si tú conoces eso y entonces te quieres ir, pues tiene más valor, porque ya conociste otros aspectos de la vida”.

Y también me ponía en problemas —que ahora me doy cuenta que eran problemas muy tontos, pero en ese tiempo me hacían sufrir mucho, y la vez yo iba y se los contaba a los sacerdotes—. Por ejemplo, él venía y me decía: “A ver, tú, que eres tan religioso, contéstame esto: dicen que Dios es todo poderoso... bueno, entonces con su poder infinito, ¿tú crees que puede hacer una piedra tan grande que ni él mismo pueda cargarla?”.

Claro, era una trampa. Si hacía una piedra tan grande que no pudiera cargarla pues ya no era todopoderoso. Otra pregunta era: “¿Dios es tan poderoso que puede hacer un triángulo redondo?”.

Eran sofismas y tonterías que me angustiaban y me hacían sufrir mucho. Entonces iba con el sacerdote y le preguntaba: “Oiga, padre, usted cree que Dios...”. Y notaba que el padre también se quedaba perplejo. Y me respondía: “No, tú estás perdiendo la fe, no escuches a tu hermano...”.

II. LOS CINCO ROMPIMIENTOS DEL CENTAURO

DC: ¿Todas estas cosas te fueron alejando de la religión?

EMM: Sí, creo que estas cosas de mi hermano aunadas a mi propia inclinación normal a los 15 años, en la que empezaron a interesarme las chicas y demás, me llevaron a alejarme de la religión. Esto lo considero fundamental en mi vida. Empecé a dudar sobre mi vocación religiosa quizá por la influencia de mi hermano o por las dudas que yo veía en los sacerdotes, pero empecé a tener dudas. Entonces, comencé a analizar qué era Dios, quién era Dios, si realmente existía. Leía libros como *La Montaña de los siete círculos* de fray Thomas Merton, que está en la búsqueda de Dios y finalmente acaba como fraile trapense. Leí a Somerset Maugham en aquel libro que se llama *Al filo de la navaja*, que trata sobre un tipo que busca a Dios y va por todos lados y no lo encuentra, no se satisface. Todas esas lecturas fueron muy importantes para mí. Iba entrando en estas dudas cada vez más.

Entonces fue como una especie de autopsicoanálisis: a los 15 años me salía en las noches a caminar, a meditar acerca de todo esto. Yo vivía en las Lomas de Chapultepec. Me salía a caminar solo a las nueve, diez de la noche, y me sentaba en una banca; me recuerdo en la avenida Virreyes, pensando en todas esas cosas. Dudaba de Dios, le pedía perdón si acaso él existía..., en fin con unas dudas muy fuertes y una angustia muy grande porque sentía que yo perdía la fe. Hasta que una noche, muy consciente, después de estar analizando esto, me senté y pedí algo que nunca se debe pedir, sino creerse, según los católicos. Pedí que Dios me diera una prueba de su existencia. Dije: “Señor, tú sabes que si me das una prueba de tu existencia yo voy a ser santo, pero si no me la das esta noche me retiro de

estas creencias”. Y me envolvía el silencio, la noche, las estrellas, los árboles. Y nada. A lo mejor no adivinaba que todo eso era Dios. Pero yo lo negaba y me dije: “Bueno, Señor, perdóname, pero ya no creo en ti, he perdido la fe”.

Al día siguiente sentí una descarga, sentí que era un hombre verdadero, que ya no estaba atenido a los seres superiores, a los dioses, sino que era hombre y que lo que hiciera en mi infinita pequeñez sería mi responsabilidad. Me sentía libre. La idea que me queda de aquel momento es que estaba solo en el universo, flotando entre los planetas, las estrellas, y que todo el universo era mío, y que si yo quería ir para allá, iba, y si quería ir al otro lado también lo hacía... y que si era bueno o malo ir para allá o para acá era mi resolución. Entonces me sentí libre, por primera vez sentí la libertad de ser un hombre, un ser que es dueño de su destino. Creo que en esto jugó un papel también aquella voluntad que pocos años antes había estado formando.

DC: ¿Qué importancia tuvo este cambio en los años que siguieron?

EMM: Fue un cambio muy importante en mi vida por lo siguiente: siempre he pensado que en mi vida van a ocurrir cinco rompimientos. Luisa (“la Bruja”, así le decían a mi compañera de aquel momento) y yo hemos platicado sobre esto. Le he llamado “los cinco rompimientos del centauro”. Lo de centauro es porque ella pensaba que me parecía a esos seres. Estos rompimientos en mi vida son cambios trascendentales, cualitativos, porque creo que el rompimiento es creación, cuando tú tienes el valor y el poder de romper con algo creas algo nuevo. Entonces, en mi vida cada rompimiento es positivo. Mi primer rompimiento fue a los 15 años con la religión, como lo acabo de mencionar. Imagínate una persona a esa edad que analiza y se atreve a dar ese paso, decirse a sí mismo: basta, ya no creo y yo soy yo, soy un hombre y no dependo de los dioses, dependo de mí mismo como hombre. Esto es muy importante y te forma.

El segundo rompimiento se va a dar con el poder dentro de mi medio: la arqueología. El tercero tiene que ver con el rompimiento con la familia. El cuarto es el paso que te lleva a romper con las cosas superfluas de la vida, y el quinto y último es el enfrentamiento con la muerte. De cada uno de ellos hablaré más adelante.

Viene entonces ese primer rompimiento y caigo cada vez más en un pensamiento materialista. Mis lecturas, a los 15, 16 años eran *La metamorfosis* de Kafka, en la que te identificas con aquel personaje que se convierte en una especie de es-

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

LOS CINCO ROMPIMIENTOS DEL CENTAURO

carabajo. O leía por ejemplo *El lobo estepario* de Herman Hesse; entonces me identificaba con el lobo estepario, yo era ese lobo solitario, ese individuo. Aquella era otra forma de pensamiento: entra el momento de la soledad. El ser solitario ante un mundo; tus padres no te comprenden... creo que eso es muy común en muchos jóvenes. Yo empiezo a ir cada vez más hacia ese pensamiento materialista. Ésos son los años en los que estoy en la preparatoria, en el bachillerato con mis amigos. Vienen las primeras experiencias sexuales a los 15 años, precisamente. Entonces, va apareciendo un nuevo mundo, fui descubriendo otras cosas. Siento una espiritualidad muy fuerte y llegan momentos en que medito mucho por las tardes. Y llego a los 17, 18 años. Para esto, quiero decirte una cosa: mis amigos, a los 15 años, cuando rompo con la religión y empiezo a ir a fiestas, eran más grandes en edad, personas de 20, 21 años, ya algunos estudiaban arquitectura y también trabajaban. Otros eran pilotos, como mi primo Mauro. Yo admiraba mucho a mi primo, a mis amigos. Por cierto que me decían “el Cura”, por aquello de que quise ser lasallista. Veía en ellos a mis grandes ídolos; si en las fiestas nos íbamos a pelear, ellos eran los que me defendían. Los veía con gran admiración. Íbamos, por ejemplo, a los prostíbulos cada fin de semana. Me sentía como el pintor Toulouse-Lautrec que vivía en un burdel. Iba los sábados por la noche con mis amigos, y las muchachas ya me conocían hasta por mi nombre. No me acostaba con ellas porque no tenía dinero, pero platicábamos muy amablemente y jugábamos póker de a 20 centavos en lo que llegaba algún cliente. Mis amigos sí subían al cuarto, porque tenían con qué pagar. De los santos, a “las santas”. Recuerdo que hay una novela mexicana, que se llama *Santa*, de Federico Gamboa, que trata de una prostituta. Eran experiencias impresionantes para mí, fantásticas, porque luego, al ir a mi escuela con los muchachos de mi edad, que eran muchachos muy inocentes, les platicaba: “Oigan, ayer estuve con unas putas”. Y ellos no me creían.

Entonces, fueron, digamos, dos, tres años en los que yo acudía a las fiestas, las convivencias con las muchachas, en fin, todo esto que fue también muy importante. Tienes tus ídolos. Otro de mis primos, Frank Álvarez, era muy fuerte; yo lo admiraba. Todavía conservo algunos amigos de aquella época.

Después, cuando ya estaba en la preparatoria, tuve mi primera novia, llamada Susana. Por cierto, tardé mucho en declarármelo, como decimos en México, en decirle que yo quería que fuera mi novia. Fue en una kermés, en una fiesta de la escuela Cristóbal Colón, cuando por fin me decidí y le dije: “Susana, tengo que decirte algo muy importante; pero, mira, mientras vamos a ver aquí, este juego...”.

No me animaba a decirle, hasta que me atreví y me respondió que sí. Después la vi una sola vez. Más tarde vinieron más, en fin, ya hablaremos de eso después.

DC: ¿Qué pasaba entonces con tus estudios?

EMM: En este momento entré a la Escuela de Antropología. En el año de 1959. En los cursos de la escuela teníamos que ver la antropología física, la evolución del hombre, el *neanderthal*, el *australopithecus* y otros. Entonces, mi materialismo se afianzaba más. Veía la evolución del hombre, toda la cultura material, una cosa interesante. Recuerdo que nos hacían leer el libro *Nuestros contemporáneos primitivos*, de Murdock, sobre varios pueblos de la tierra, en el que se hablaba de sus costumbres, de su economía, de la organización social, de su religión. Yo leía sobre los semang, los arunta, los huitotos de Colombia, en fin, sobre varios pueblos y su forma de pensamiento; era muy interesante, era una clase que me gustaba mucho.

DC: ¿Quién daba esa clase?

EMM: Esta materia nos la daba Calixta Guiteras, una etnóloga cubana, muy buena maestra. Por aquel entonces, en 1959, estaba Castro en la Sierra Maestra, peleando contra Batista, iba a triunfar en ese año. Y recuerdo que dábamos todo el apoyo a Fidel. La maestra cubana era profidelista también, entonces esto me tenía muy impactado. Empecé a afiliarme a organizaciones de lucha, de la liberación, etc. Pero, aquí hay una cosa importante: a medida que yo me compenetraba más y leía el *Manifiesto comunista* y a Stalin, aunque no entendía mucho, sentía que aquella espiritualidad se iba perdiendo y que esa pérdida era negativa, que eso era algo muy interno mío, muy bueno, y yo sentía que se perdía. Pero, yo estaba en la lucha revolucionaria... entonces, ni hablar. Era interesante que siempre había un pequeño hilo que me recordaba y me decía: “Espérate, sí, está bien, estás allí, pero hay algo en ti que es muy profundo, este pensamiento muy interno que te lleva a las tardes, a la melancolía, a la soledad”.

Haciendo un resumen de toda esa etapa, yo te diría que de los 14, 15 años a los 18, fue un momento muy importante en el que hice mi primer rompimiento con la religión, en el que me puse a pensar, a especular mucho, y en el que vibré. En el que a veces, en las tardes, viendo un atardecer y pensando en esos problemas, llega un momento en que la emoción es tal que sientes que vibras interiormente,

¿no? Y eso empezó a perderse con mi entrada al materialismo. Sentía fuertemente que era una pérdida, pero, como te decía, había que estar en la lucha.

La cabaña interior

DC: Una frase interesante es “mi liberación por silencio”. Ese silencio con Dios fue una liberación. En el libro de Eliade, por ejemplo, hay subtítulos a lo largo de su libro en los que hay que pensar. Por ejemplo, el libro de Octavio Paz tiene un gran título: *El laberinto de la soledad*, y Eliade usa también en una de sus autobiografías la frase “la prueba por el laberinto”. Hablando de tu vida a los 15 años, ¿que más quieres decir?

EMM: Bueno, recuerdo que cuando íbamos con los amigos a fiestas, sacaba a bailar a una muchacha, y siempre venían las preguntas típicas: ¿cómo te llamas?, ¿en qué escuela vas?; por lo general, todo mundo seguía con ¿has ido últimamente al cine?, ¿qué películas has visto? y yo no. Yo inmediatamente le preguntaba: “y tú ¿cómo crees que serías feliz?”. La pobre muchacha se me quedaba viendo, no contestaba nada o decía cualquier cosa, y yo empezaba a explicarle qué era para mí la felicidad. Y siempre decía que era estar solitario en una cabaña en un lugar de pinos, en un bosque, con un paisaje muy lejano con mi chimenea y mi pipa.

Yo fumé pipa desde muy chico, inclusive cuando estaba en secundaria, a los 13, 14 años, andaba con un lápiz en la boca y con un corcho a manera de pipa. Y mi mamá un día me dijo: “¿Oye, qué es eso que traes allí?”. Y le contesté: “Es una pipa”. Se quedó extrañada y me dijo: “¿Quieres una pipa?”. “Sí”. “Pues ven, vamos a comprar una”. Y salimos y me compró una pipa con tabaco. Me dijo “Fú-malo”. Entonces yo llegaba a la escuela fumando mi pipa y con un permiso escrito y firmado por mi madre de que podía fumar. Y, claro, me llamaban la atención los maestros y mis amigos, con la envidia de que “¡Matos tiene permiso de sus padres para fumar!”.

Pero volvamos a esa cabaña con la chimenea, con la pipa. La imagen estuvo presente en mí mucho tiempo. Y esta imagen de felicidad era la que yo les platicaba a las muchachas. Se me quedaban viendo como diciendo “éste está loco”, y sin embargo, eso fue algo muy importante para mí, porque era una forma de pensamiento. Más tarde, cuando ya estaba estudiando antropología, a una amiga, Vic-

toría Uribe, que era colombiana, le platiqué esta imagen, y ella me contestó: “pero para tener esa cabaña tú no necesitas irte a una cabaña de verdad. Tú puedes tener tu cabaña interior”. Eso se me quedó muy grabado.

Más recientemente, cuando leí el libro de Mircea Eliade sobre la prueba del laberinto, vi que él en un momento dado habla y dice que el pensamiento de Krishna, lo que Krishna enseña, es precisamente que no necesariamente tú tienes que irte a un lugar a meditar o irte a un monte, a un bosque o a un convento; sino que puedes hacerlo interiormente. Es una vivencia, una cosa interior. Entonces, creo que eso era también bastante importante, porque esa idea prevaleció mucho, junto con otra que era la de autoanalizarme y ver cómo podría yo mismo caracterizarme. Sentía que era una persona con melancolía, que me gustaba el atardecer más que la mañana, que me gustaba más el otoño que la primavera, que me gustaba más el color gris que el amarillo, más la lluvia que un día despejado; es decir, esos tonos grises de la lluvia, la melancolía, en fin, todos esos elementos. Y llegué a una conclusión: un común denominador de la gente sensible era precisamente todo esto... la soledad, el silencio, el atardecer, el otoño.

En aquella época escribí alguna..., bueno, yo les llamaba poesías, pero ahora yo les diría pensamientos, sobre esa presencia de lo gris y demás. Hay un momento en que digo en uno de esos pensamientos: “Sé que estás allí pero no te veo”. Es decir, estoy en una búsqueda interior, que era, en realidad, muy importante pero que no llegaba a concretarse.

DC: Es interesante que hayas mencionado a Mircea Eliade, porque Mircea también tuvo una pipa siempre. Hay muchas fotografías en las que aparece con pipa, tenía muchas pipas, y siempre estaba fumando. Algunas personas dicen que esto era una forma de descanso, pero también simboliza su interés en el chamanismo, el uso del fuego. Tú también, curiosamente, fumas pipa.

EMM: En realidad, siempre me agradó a tal punto que, en ocasiones, cuando yo no tenía novia o terminaba mi relación con una chica, decía que tenía mi compañera, que era mi pipa, y la fumaba. Entonces, siempre, hasta la actualidad, mi pipa siempre me ha acompañado. Es parte de uno mismo. En una ocasión que escribí algo que llamé “Mi testamento”, dedicado a mi hija Daniela, en una parte menciono mi pipa.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
LOS CINCO ROMPIMIENTOS DEL CENTAURO

DC: ¿Tienes algún tabaco favorito? Para Eliade, por ejemplo, el mejor era Tres Estrellas.

EMM: Bueno, sí, en general fumo una mezcla, *North Sea*, que es bastante sabrosa, tiene un buen aroma, es como el *bouquet* de una mujer.



El investigador emérito del INAH en una conferencia sobre el Escudo Nacional.

Foto: Melitón Tapia. INAH.



Eduardo Matos posa junto al Tzompantli en el Museo del Templo Mayor.

Foto: Héctor Montaña. INAH.

III. DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

La Escuela Nacional de Antropología e Historia

DC: Has hablado sobre tu interés por la antropología. ¿Qué fue lo que te atrajo de la antropología en lugar de la teología u otras ciencias?

EMM: Bueno, yo estaba muy indeciso en el bachillerato. No sabía con exactitud qué era lo que iba a estudiar. Mi hermano estaba estudiando..., bueno, o por lo menos asistía, porque no creo que estudiara mucho, a la Facultad de Arquitectura. Entonces la arquitectura me atraía un poco. Pero las matemáticas me horrorizaban, todo lo que era física, matemática y química era terrible para mí... siempre reprobaba. En 1957 cursaba mi primer año de bachillerato y no tenía claro qué hacer. Estaba en la preparatoria Cristóbal Colón, que es una escuela lasallista. Afortunadamente, un día, un amigo, Luis Vargas —que después se graduó de médico y más tarde de antropólogo y actualmente une las dos disciplinas—, me prestó un libro que fue decisivo para mí, era *Dioses, tumbas y sabios*, de C. W. Ceram. Leí aquel libro. ¡Fíjate el título qué significativo, *Dioses, tumbas y sabios!* Son tres niveles: el nivel celeste, el nivel terrestre y el inframundo. La parte que me apasionó fue la de Egipto: cómo fueron encontrando a los faraones, todos los relatos de lo que había ocurrido. Me apasionó cuando Howard Carter descubre la tumba de Tutankamon. Ese libro fue la llave para que me apasionara la arqueología. Pero vino una angustia. Es decir, “Bueno, ¿y dónde voy a estudiar arqueología?; ¿voy a tener que ir al extranjero?”. Y otra vez fue el mismo Luis quien me ayudó en eso, porque cuando le expresé que yo

quería estudiar arqueología, me dijo: “Bueno, pues hay una escuela aquí, en México, donde puedes estudiar arqueología. ‘¿Cómo?’ —le respondí— ¿hay una escuela? Pues sí, claro; el doctor Dávalos es el director del Instituto de Antropología, y tú puedes ir a la Escuela Nacional de Antropología”. Inmediatamente fui y pedí los folletos para ver en qué consistía la carrera, y me inscribí para estudiar arqueología.

DC: Antes de ese momento ¿habías visitado ruinas arqueológicas en México?

EMM: No, en lo absoluto. Yo era muy ignorante de la arqueología mexicana y más bien le había puesto atención a lo egipcio. Y entonces le dije a mis padres mis intenciones. A mi papá, como nunca contestaba nada, le parecía bien. Mi madre se preocupaba y me decía: “Oye, hijo, está bien; si quieres estudiar eso, estúdialo. Pero... ¿no sería bueno que llevaras unas clases en la Escuela Bancaria y Comercial? Porque, no sé, yo creo que los arqueólogos no ganan mucho dinero”. O sea, se preocupaba por mi futuro económico. Entonces, aunque no me restringía, trataba de disuadirme para que estudiara otra cosa. Yo le respondía: “No, mamá, yo qué voy a meterme a estudiar cosas bancarias...”.

Una vez más fue Luis quien me allanó el camino. Al plantearle los pensamientos de mi madre, me contestó: “A lo mejor te mueres de hambre, pero te vas a morir muy contento de haber estudiado lo que tú querías...”.

Finalmente entré a la escuela. Me inscribí y empecé mis estudios. En aquel entonces el programa era de cuatro años. Esto ocurrió en 1959. Fue así como comenzó mi fase de estudiante universitario.

De Rilke a la Revolución

DC: Has hablado de tu interés en movimientos revolucionarios, inclusive viviste una acción de este tipo cuando eras niño y la embajada que servía como tu hogar fue atacada. Pero ahora vemos muy claro que tienes un interés en la arqueología, el pasado. ¿En qué forma se combinaron esos dos aspectos durante tu educación antropológica?

EMM: Bueno, era interesante, porque la Escuela de Antropología siempre se había caracterizado por ser una escuela de izquierda. Entonces yo estaba, como

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

decimos en México, “en mi mero mole”. Es decir, estaba estudiando el pasado, que me gustaba, y estaba también participando activamente en manifestaciones y todo eso. Pero aquel pequeño hilo, muy tenue, o sea, esa parte interior mía que todavía estaba viva, esa cosa que no sé cómo llamarle, quizá espiritualidad, aunque no me gusta mucho ese término, se mantenía ahí como un pequeño hilo que me recordaba y me decía a veces: “Espérate, tú ya no vibras... ¿qué pasa?”. En aquel entonces tuve una novia que estaba estudiando en la escuela conmigo; éramos de la misma generación, se llamaba Rosalinda Monzón. Una chica muy guapa, tenía cierto tipo egipcio y fue muy relevante en mi vida, no tanto porque era mi novia y demás, sino porque me abrió otra llave importantísima: me regaló el libro *Cartas a un joven poeta*, de Rainer Maria Rilke. Cuando leí este libro, todo lo que yo había estado pensando acerca de la tarde, la soledad, el silencio, en fin, toda esa forma de pensamiento muy interior, aquel hilo que permanecía en mí, de repente lo ví escrito por el poeta Rilke. Inmediatamente me identifiqué con él. Ese libro fue fundamental. Son 10 cartas que él contesta a un poeta joven, a Kapus, y donde le habla del amor, de la soledad, del arte. En fin, hay toda una filosofía, todo un pensamiento atrás de lo que Rilke está expresando. Desde ese momento me convertí en un rilkeano tremendo. Eso vino a mantener muy viva aquella otra faceta.

Esas lecturas y reflexiones internas las combinaba con las manifestaciones, la lucha, las prácticas con los amigos; caminaba, participaba en los movimientos estudiantiles, repartía volantes, apoyábamos a la Cuba de Fidel Castro. Considero todavía que la Revolución cubana fue la primera gran revolución realmente anti-imperialista. Y creo que fue la revolución de los jóvenes de aquel entonces, de principios de los sesenta. Era nuestra revolución. El *Che* Guevara, Fidel Castro, Raúl, Camilo, todos ellos eran nuestros parámetros dentro del movimiento revolucionario. Te voy a contar algo que ocurrió cuando los Estados Unidos apoyaron la invasión a Cuba en Bahía de Cochinos. Nos reunimos, indignados, en la Facultad de Economía de la UNAM. Había líderes hablando: “¡Compañeros! Hay que apoyar a Cuba. ¡El imperialismo ha invadido!”. Y todos los presentes contestábamos a coro: “¡Fidel, seguro, a los yanquis dales duro!”.

De repente, unos tipos empezaron a repartir hojas entre todos los manifestantes, mientras nos decían: “Es para que la llenen todos los que quieran ir a combatir a Cuba en contra del imperialismo”. Todos queríamos anotarnos. Leí la hoja y empecé a llenarla: Nombre: Eduardo Matos Moctezuma. Dirección: tal. Teléfono:

tal. ¿Sabe manejar armas? Sí. En Cuba, ¿qué arma le gustaría manejar? Todos poníamos las más difíciles: tanques, bazucas... Llenamos el cuestionario y lo recogieron.

El mitin continuaba, cuando de repente sube al estrado un cabrón, toma el micrófono y dice: “¡Compañeros! ¡Cuidado! ¿Quiénes llenaron las hojas que se repartieron?”. La respuesta fue unánime: “¡Todos! ¡Todos!”. “¡No sean pendejos. Quienes repartieron esas hojas fueron los de Gobernación. Ahora tienen los nombres y las direcciones de todos”.

Como ves, no dejábamos de ser inocentes... Pero yo tenía a la vez el otro aspecto, el parámetro de Rilke, la vivencia de la soledad, el pensamiento profundo. Y además, mi conocimiento; es decir, el ir preparándome para buscar el pasado. Entonces eran tres elementos que se combinaban en cierta forma. A veces surgía el revolucionario; en otras ocasiones afloraba por allá adentro el hombre sensible que vivía profundamente cada atardecer. En fin, creo que también fueron momentos importantes, interesantes, porque cada uno de ellos tenía una determinación en mi vida.

DC: Es interesante que en ese momento de integración hay una mujer. Una mujer de otro mundo que está abriendo algo en ti, y que tú respondas de esa manera. Parece ser que las mujeres juegan un papel muy grande en tu crecimiento.

EMM: Desde luego. Siempre fui muy enamorado y tenía mucha suerte. Si había una muchacha que me gustaba, pues tenía suerte de que me hiciera caso. Es decir, nunca sufrí frustración porque me rechazaran. Creo que eso también era bastante importante. Y las mujeres han jugado a lo largo de mi vida un papel bastante importante. Por aquel entonces más bien andaba con chicas de la Escuela de Antropología. Algunas de ellas fueron mis novias, y también fuera de la escuela conocía muchas chicas que me gustaban, que me atraían; en fin, creo que sí tuvieron un papel relevante. Por ejemplo, Rosalinda, en este aspecto sobre todo, me dio esa llave para abrir otro camino. Pasaron los años, ella se salió de la escuela, una chica muy inteligente. Se casó y tuvo hijos. Murió hace algunos años. Pero siempre la recuerdo con mucho cariño, precisamente por esa llave que me dio para que pudiera entrar al mundo de Rilke y así descubrir y reforzar mi mundo interior.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

DC: ¿Nos puedes decir más sobre el ambiente político en México durante esos días? Por ejemplo, ¿cuál fue el evento político que más impactó a los estudiantes en la Escuela de Antropología? Has hablado de la Revolución cubana, pero ¿qué sucedía adentro de México en ese tiempo, qué personas o qué eventos, qué manifestaciones son las que recuerdas?

EMM: Bueno, mientras era estudiante, fundamentalmente, el común denominador era la Revolución cubana. Más bien era ese aspecto externo que a veces se manifestaba en una posición en contra del gobierno, por las actitudes del gobierno. Recuerdo que por aquel entonces pertenecía a una organización llamada Movimiento América Latina, que era un movimiento de apoyo a Cuba. Allí estábamos con unas amigas que también quise mucho, con Teresa y Carmen Losada. Ellas eran hijas de españoles que habían venido a México a raíz de la Guerra Civil. Y, por cierto, ahora que menciono la Guerra Civil española, siempre he tenido un apego muy fuerte por conocerla; nunca he sabido por qué, pero me apasionó mucho leer sobre esa guerra. Claro, siempre inclinado hacia el lado republicano y en contra de Franco. Mis pláticas con esas amigas y con otros hijos de españoles eran muy importantes para mí. Siempre pensé que había sido una gran derrota para el pueblo español y que era de un pensamiento de avanzada. Allí estaban poetas como León Felipe, Alberti, García Lorca. Algunos de mis maestros en antropología, como Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas y José Luis Lorenzo, venían de esa España; o sea, vivíamos y veíamos aquella España vencida, pero yo diría vencida momentáneamente. Me encantaba oír las canciones del Quinto Regimiento, todas esas que nosotros cantábamos también, y bueno, sentíamos que ya estábamos realizándonos como revolucionarios, sin haber disparado un tiro.

En México, estaba en el gobierno López Mateos, con don Jaime Torres Bodet como secretario de Educación, quien era un gran intelectual y poeta. Pero un poco más tarde vino el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Díaz Ordaz fue realmente nefasto. En ese momento yo ya era maestro de la escuela; me había graduado en 1965. Fue un momento de mucha tensión porque surgió el movimiento estudiantil que cobraba cada vez más fuerza. Esto ocurrió en 1968; poco antes había estallado el movimiento en Francia y Alemania, ¿te acuerdas? Todo lo de Mayo del 68. Surgieron aquellos líderes europeos, como Cohn-Bendit, a quien llamaron *Dani el Rojo*, y toda esa gente... y estaba Vietnam y los movimientos en las universidades norteamericanas en contra de la guerra.

DC: Y en Estados Unidos los negros se estaban manifestando también, con Martin Luther King.

EMM: Exactamente. Es cuando surge y se oye hablar del *black power*. Entonces, hay mucha conmoción, y en México viene el gobierno de Díaz Ordaz. Los movimientos de huelgas de la Universidad son reprimidos; van a la preparatoria y disparan una bazuca en la puerta, explota y entran los soldados. La gente se manifiesta, todas las universidades están en contra del gobierno, hay en realidad un movimiento fuerte, manifestaciones masivas impresionantes.

DC: ¿Esto ocurrió durante los juegos olímpicos?

EMM: Sí, un poco antes, en el mismo año. Manifestaciones de cuatrocientas mil almas, todo el Zócalo lleno. Entonces hay una actitud muy hermosa de Octavio Paz. Octavio, en aquel momento, era embajador en la India, y renuncia a su cargo. Manda una carta en la que expresa que no está de acuerdo con lo que está haciendo el gobierno y presenta su renuncia. Para nosotros esto fue un ejemplo, una determinación que él tomaba, una actitud muy digna. Finalmente el movimiento fue reprimido en una forma muy violenta, brutal, el 2 de octubre de 1968, en Tlatelolco. Allí se hace la gran matanza de estudiantes. Se había convocado a las seis de la tarde a los estudiantes y maestros que apoyábamos el movimiento. Por una simple casualidad yo no fui. Pensaba ir, pero algo pasó, ni recuerdo qué; total, ya no pude asistir. Y en la noche, como a las 8:30, estaba cerca de la Escuela de Antropología y me encontré a una compañera de la escuela, toda alterada. Me dijo: “Eduardo, ¿estuviste en Tlatelolco?”. “No, ¿por qué?”. “Es que fue horrible. Mataron a estudiantes; los soldados dispararon a matar”.

Al día siguiente nos enteramos con detalle de aquella masacre. Eso es algo que ha permanecido vivo en todos nosotros, en mucha gente; muchos intelectuales, como Elena Poniatowska, se expresaron en contra de aquella masacre del gobierno. Eso lo vivimos muy de cerca, pudimos palparlo, verlo, sentirlo muy profundamente.

DC: Era un ambiente de mucho cambio. Está la Revolución de Cuba, también recuerdos y personas que vinieron de España, y dentro de México había en sí mucho movimiento.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

EMM: Exacto, tienes razón. Yo caracterizaba aquella época más o menos de la siguiente manera: decía, caray, qué coincidencia histórica. Hay estas inquietudes en Estados Unidos, en toda Europa, Francia, Alemania, en México. Y estaba el gobierno de tres personas fundamentales. En la Unión Soviética estaba Nikita Kruschev, a quien siempre consideré un tipo muy sencillo, simpático e inteligente, que venía de una familia obrera. Él inicia el movimiento en contra de Stalin. Hay una cierta apertura en la Unión Soviética. Pero coincide que en ese momento está Kennedy en los Estados Unidos. Y Kennedy también, así como Kruschev, se da cuenta de que la Unión Soviética no lo es todo y que hay que criticar, y hay que cambiar a los Estados Unidos. Yo creo que esa posición de cambio quizá provocó más tarde su asesinato, su muerte. Y en el Vaticano, está Juan XXIII, el Papa que también trae el cambio en la Iglesia, con la crítica interna. O sea, esos factores son muy interesantes, porque desembocan en esos años sesenta en todo un proceso de cambios tan importantes en la historia del siglo xx.



*El arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma hace recuento de los 40 años del Proyecto Templo Mayor.
Foto: Melitón Tapia. INAH.*

Ya que el futuro es incierto, busquemos el pasado

DC: Todo eso ¿tuvo un impacto en la antropología, en la arqueología, sobre los conceptos de los estudiantes y la búsqueda del pasado?

EMM: Sí, es una historia interesante. Yo decía, quizá un poco en broma, que “ya que el futuro es incierto, busquemos el pasado”. Y, claro, vinieron todas las experiencias dentro de la carrera, el ir a las prácticas de campo. Mis prácticas fueron fundamentalmente con el profesor José Luis Lorenzo en Tehuacán, Puebla, y en Tepeapulco, Hidalgo, que es un sitio donde a mí siempre me ha gustado trabajar. Sin embargo, uno de los primeros sitios en los que excavé, allá por 1961, fue en Tlatelolco, a las órdenes de Paco González Rul, como parte de mi trabajo en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, al que acababa de entrar. Más tarde, colaborando con Carlos Navarrete en Malpaso, Chiapas, ocurrieron algunas anécdotas que te voy a relatar.

Corría el año de 1966 y en Malpaso se estaba construyendo una presa, o sea que el pueblo que se había creado allí era un pueblo artificial, con cinco mil obreros, algunos ingenieros y 25 mujeres, de las cuales 24 eran prostitutas, y la otra era la dueña de la farmacia, y era nuestra amiga y nos fiaba algunas cosas. Bueno, no era sólo farmacia, había de todo. Estando allí, ocurrieron cosas interesantes. Un día, Navarrete tuvo que regresar a México y me dejó encargado el proyecto. Estábamos trabajando el equipo mexicano del Instituto de Antropología y el equipo de la New World Archeological Foundation, que eran mormones y vivíamos en los sitios arqueológicos. Solamente yo estaba en aquel pueblo porque era la conexión con los ingenieros y los dineros. Un día fui por la correspondencia al correo, que, claro, era un tejabán, una cosa improvisada, con un gordo ahí adentro, que era el dizque director del correo. Aquel gordo me dijo: “Oiga, profesor, ¿ustedes tienen enemigos?”. La pregunta me resultó extraña. “¡Ah, caray! Pues no, yo creo que no tenemos enemigos”. “Pues qué raro, porque hubo un robo el sábado en la noche, aquí, en el correo, y todas las cartas que abrieron son exclusivamente cartas que venían para ustedes, para los arqueólogos”. Le respondí: “Pero si las únicas personas decentes que hay aquí somos los ingenieros, los arqueólogos y algunos trabajadores...”.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

Quiero aclarar que entre los obreros había gente muy buena, pero también había aquellos que habían matado a alguien, y huían y se metían a trabajar allí, para que no los encontrarán. Teníamos un trabajador al que le decían “el Diablo”, por ejemplo, que debía varias vidas.

En fin, hay algo que no te he dicho, y es que en esa época era tartamudo. Entonces le dije al gordo: “Oooiga, pe... pero explíqueme qué... qué pasó”. “Pues voy a levantar un acta, porque creemos que los sospechosos están entre algunos de ustedes”. Me asusté, y me fui de regreso, y cuando Navarrete volvió le conté lo sucedido. “Estoy preocupado, este tipo va a acusarnos a los arqueólogos del robo...”. “Déjame ir a hablar con él”, me contestó. Cuando regresó, Carlos venía muerto de risa. “Oye, qué crees vos”. Así hablan los guatemaltecos. “¿Qué?”. “Dice el gordo que el culpable eres tú”. “¿Cómo, yo?”. “Sí, y que va a mandar traer a los judiciales”. “¿Y por qué?”. “Porque dice que cuando te estaba diciendo lo del robo, te pusiste nervioso y empezaste a tartamudear”. Y le digo: “Hombre, si ése es el cargo, pues ya perdí, porque soy más tartamudo que Demóstenes”.

DC: Eduardo, has mencionado que eras tartamudo. ¿Lo fuiste durante toda tu juventud? ¿Cómo cambió esto en tu vida?

EMM: Sí, desde chico era tartamudo. Me imagino que era una manifestación de inseguridad. Pero también creo que aquella práctica mía de los sacrificios, aquello que me forjó una voluntad recia, eso ayudó a que yo mismo me autocurara. Un día, ya siendo profesional, ya graduado, dije: “No puedo seguir siendo tartamudo; tengo que dar conferencias, clases; tengo que tener una actividad académica, y no puedo andar con esto, no puede ser”. Entonces, tomé la determinación de que ya no iba a ser tartamudo y empecé, así como Demóstenes, quien se echaba piedritas abajo de la lengua para poder hablar. Yo no usé ese método, pero sí empecé a hablar. Recuerdo que era la época en que estábamos trabajando en Teotihuacan, allá por 1963. Estábamos en el Palacio de las Mariposas, excavando. A mí me tocó excavar la parte del Palacio de los Caracoles Emplumados. Quien dirigía la excavación en ese sector era Jorge Acosta, una persona que yo estimé mucho. Ya después me dieron la zona número 9, en la calle de los Muertos, que tuve a mi cargo y de la cual publiqué algún pequeño informe en los *Anales de Antropología*, de la UNAM.

Pero en esa época nos trasladábamos a Teotihuacan en un autobús que nos llevaba a las siete de la mañana, y yo iba echando mucho relajo. Iba todo el equipo de arqueólogos, de restauradores, y por la hora tan temprana, iban medio dormidos. Yo empezaba a cantar ópera, a molestarlos. Una práctica que hacía medio en broma era, de repente, decir: “Bueno, ahora voy a echar un discurso de un político: Señores, compañeros...”, y empezaba a hablar, pero sin tartamudear en todo ese lapso. Acabando, si me preguntaban algo, volvía a tartamudear. Recuerdo una ocasión que fue muy angustiante para mí porque tenía que presentar una ponencia, y a Ricardo Ferré, que era quien me había invitado a presentarla, le dije: “Ricardo, pero tengo temor porque soy tartamudo...”. Y me contestó: “No, pues a ver cómo le haces”.

Entonces estaba sufriendo tremendamente, porque me daba cuenta de que se iba acercando el momento de mi participación. Afortunadamente, el último ponente antes de que yo entrara se tardó mucho, así que anularon el asunto por ese día. Me salí y ya no me presenté. Pero algo que me ayudó mucho fue que Miguel Messmacher, una persona que también estimo mucho, arquitecto y arqueólogo, muy inteligente, me invitó a que fuera su ayudante en la clase de arquitectura prehispánica. Eso fue en el año de 1967. Entonces di la materia tartamudeando, pero sobreponiéndome un poco más. Dar la clase, enfrentar a los alumnos, tener que hablar constantemente. Por aquellos años llegó un momento en el que superé este asunto y dejé de ser tartamudo. Ahora al contrario, no me para nadie hablando. Doy como 30 conferencias al año, doy clases y no hay ningún problema. Pero creo que se debe mucho a mi voluntad.

Los maestros: de Marquina a Bernal

DC: Pláticame algo sobre tus maestros.

EMM: Bueno, recuerdo que, cuando ingresé a la ENAH, uno de los profesores que me impresionó por varias razones fue José Luis Lorenzo, él daba el curso de arqueología general, y todo el mundo le tenía miedo, ya que era muy estricto. Al comenzar el curso preguntó: “A ver, ¿quiénes de ustedes habla inglés? Levanten su mano”. La levantaron dos o tres alumnos. “¿Quiénes entienden el francés?”. Se levantó la delicada mano de una compañera. Se nos quedó viendo con mirada

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

fulminante y nos espetó: “Jóvenes, yo creo que no van a pasar el curso, porque aquí la lectura fundamental está en inglés, en primer término, y en otras lenguas”. Ante estas palabras, yo me daba por muerto. Empezó el curso, y al final esperábamos con ansia las calificaciones. Pensé que si me reprobaba podría solicitar mi cambio a la carrera de Antropología física. Sin embargo, enorme fue mi alegría cuando me dijeron que había sacado un seis. Se decía que un seis con Lorenzo equivalía a un ocho con otro profesor. Pese a esto, con Lorenzo aprendimos a tener una visión diferente de la arqueología. Con él conocimos a Gordon Childe, con quien de inmediato me identifiqué, por su posición materialista y social de la disciplina.

Otros maestros importantes en mi formación fueron Johanna Faulhaber, que nos dio la clase de antropología física con base en un libro del doctor Juan Comas, *Manual de antropología física*. También llevé lingüística, con Moisés Romero. Hubo maestros que me proporcionaron muchos conocimientos. Entre ellos recuerdo a don Wigberto Jiménez Moreno, con su curso de historia antigua de México. También estaba la maestra Dahlgren, quien, aunque un tanto dispersa, sabía mucho de etnografía. Desde luego, Román Piña Chán, con quien me introduje por los laberintos de Mesoamérica.

DC: ¿Qué importancia tuvo Piña Chán en tu formación?

EMM: En 1960 él publicó su libro *Mesoamérica*, que contenía una visión social de la arqueología. Eso me interesó mucho, y siempre dije que Piña Chán representaba una corriente sociológica dentro de la arqueología, lo cual creo que fue de su agrado. Considero que Piña es uno de los arqueólogos que mejor conocieron Mesoamérica. Manejaba muy bien la cerámica, sus fases, la cronología; había trabajado en sitios como Tlatilco y en otros lugares del Preclásico; además, era un hombre generoso con los alumnos, a diferencia de Lorenzo.

Otro maestro del que guardo buen recuerdo es don Pedro Bosch Gimpera; era todo un caballero; siempre traía un enorme puro en la boca y cargaba un maletón lleno de planos que extendía sobre la pared del salón. Daba el curso de prehistoria y protohistoria. Nos hablaba de la región francocantábrica y del vaso campaniforme. Cuando me gradué, él presidió el jurado. Otro personaje era don Pablo Martínez del Río, por cierto, director de la escuela; siempre vestido elegantemente, con chaleco, sombrero hongo y ¡polainas! No me tocó llevar clases con

Ignacio Marquina, quien dictaba arquitectura prehispánica; la llevé con Miguel Messmacher, con quien después trabajé en diversos proyectos.

DC: Has mencionado a varios maestros. Yo recuerdo que Eliade, en una de sus visitas a México, conoció a Jiménez Moreno. Eso fue impactante para él, a tal grado que escribió en uno de sus discursos: “Jiménez Moreno sabe todo, qué lástima que yo no tuve la oportunidad de estudiar con él”. Podrías hablarnos un poco más sobre la contribución a los arqueólogos mexicanos de un profesor como Jiménez Moreno.

EMM: Don Wigberto era autodidacta, y durante las décadas de los cincuenta y sesenta formó muchas generaciones con su curso de historia antigua de México. Tenía apariencia de cura. Vestía siempre muy propio y de color negro. Su rostro y figura guardaban un cierto aire clerical. Era del estado de Guanajuato, al igual que don Antonio Pompa, director de la Biblioteca, quien siempre le hacía bromas a don Wigberto. “Don Güi Güi”, como se le llamaba entre los alumnos, era un historiador a la antigua, de los que estudiaba especialmente a los gobernantes en turno, sus linajes, pero conocía a fondo las fuentes históricas. No planteaba casi nada de la problemática social, lo que por aquel entonces ya estaba siendo criticado por determinados historiadores. Esa posición se manifestó en sus libros. Una de las últimas imágenes que tengo del maestro es cuando dirigió la Escuela de Antropología y le tocó enfrentar problemas relacionados con la situación estudiantil. Finalmente dejó el cargo, que recayó en otro historiador, Carlos Martínez Marín, a quien en 1971 le sucedí yo como director de la ENAH. Un detalle sobre don Wigberto: nunca usaba reloj. Decía que el tiempo no era relevante y que no le importaba si le decían que su discurso debía durar 45 minutos y se prolongaba mucho más. Yo, por el contrario, soy de una puntualidad asombrosa, estricta.

DC: ¿Tú llegas temprano siempre?

EMM: Es una obsesión espeluznante.

DC: Háblanos más de Miguel Messmacher, a quien has mencionado. ¿Cuál fue su contribución a tus estudios?

EMM: Miguel era arquitecto y arqueólogo. Había presentado su tesis sobre prehistoria en la ENAH. Era un hombre brillante, y de inmediato hubo empatía entre él y yo. Allá por 1966 se le nombra responsable de los trabajos que se iban a llevar a cabo en Cholula, Puebla. De inmediato me llamó como jefe de campo. Cabe aclarar aquí que hubo dos momentos de ese proyecto: la primera parte, dirigida por Messmacher, con un enfoque integral e interdisciplinario, con la participación de otros especialistas, como el lingüista Daniel Cazés; antropólogos sociales como Margarita Nolasco y Mercedes Olivera, y muchos más como arquitectos y veterinarios. Tratábamos de rescatar la idea de proyectos integrales aplicados a una determinada región, como lo había realizado Manuel Gamio en Teotihuacan entre 1917 y 1920, pero con los adelantos que había alcanzado la ciencia antropológica en ese momento.

A Ignacio Marquina correspondió dirigir la segunda parte, con el apoyo de arqueólogos de la vieja guardia como Jorge Acosta, Ponciano Salazar y Florencia Müller. Lo que pasó fue que la cúpula del poder arqueológico, por entonces en manos de don Alfonso Caso, no estuvo de acuerdo con el planteamiento que le dábamos al proyecto. Se dijo que eso no era arqueología. Se hizo una comisión, encabezada por Caso, que decidió finalmente terminar con el Proyecto Cholula. En realidad se trataba de una lucha generacional entre una visión tradicional de la antropología, representada por Alfonso Caso, y una posición más moderna, como la que dirigía Miguel Messmacher.

Messmacher tuvo importancia porque era una persona inteligente con la que se podía hablar y discutir temas antropológicos. Había leído bastante y era accesible. Desde esta perspectiva, siempre lamenté que él se alejara de la antropología para dedicarse a otras cosas, porque pienso que hubiera sido realmente un antropólogo relevante.

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN (LL): Siguiendo con la cuestión de tus maestros, de tus jefes, de la gente que dejó huella en ti, hablemos de Marquina, Acosta y Bernal.

EMM: Empezaría a hablar de don Jorge Acosta. Se formó en Inglaterra, y allá fue amigo del mayista Eric Thompson. Sus primeros trabajos los realizó en Belice precisamente al lado de Thompson. Mi primer contacto con Acosta fue en Teotihuacan, allá por 1962, cuando el Proyecto Teotihuacan era dirigido por Ignacio Bernal. Me correspondió colaborar como ayudante de campo de don Jorge en el Palacio de las Mariposas. Resulta que hacia 1963 lo nombraron jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, lo que significaba que tenía que estar en la Ciudad de México por lo menos dos o tres veces por semana, y yo quedaba al frente de las excavaciones. Me tocó excavar parte del Palacio de las Mariposas y totalmente el Palacio de los Caracoles Emplumados. La parte norte estaba casi íntegra, con las huellas de los lugares que habían ocupado los dinteles de las puertas, e inclusive se hallaron restos de la madera de que estaban hechos. El lado sur, por el contrario, estaba muy deteriorado; fue reconstruido por don Jorge. Quiero señalar que desde entonces yo no estaba de acuerdo con el criterio de la reconstrucción; es decir, añadir al edificio las partes faltantes. Creo que debe respetarse el dato tal y como aparece en el transcurso de la excavación y consolidarlo muy bien. Don Jorge había destacado como reconstructor; sin embargo, ver el manejo de materiales de construcción fue importante para mí, debo reconocerlo, porque en el Proyecto Templo Mayor pude aplicarlo, no dentro de la reconstrucción, que no se hizo, porque siempre me opuse a ello, pero sí para la consolidación de las escalinatas originales.

Por otra parte tenemos al arquitecto Ignacio Marquina. Guardo una enorme admiración por él. Lo conocí a través de sus publicaciones, especialmente una que considero un clásico dentro de la arqueología mexicana: *Arquitectura prehispánica*, y otra que fue de gran utilidad en el Proyecto Templo Mayor: *El Templo Mayor de México*. En 1967 lo nombraron jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, después de que se disolvió el Proyecto Cholula, y él encabezó la segunda parte de ese proyecto. Como dejé de colaborar en él después de la salida de Messmacher, me nombraron subjefe de Monumentos Prehispánicos, con lo que pude estar cerca del arquitecto Marquina.

LLL: ¿De qué año estás hablando?

EMM: Estamos hablando de finales de 1967 y principios de 1968. En Marquina conocí lo que era un verdadero caballero; por un lado, tenía una gran puntualidad, al igual que yo. Siempre llegaba a la misma hora y subía lentamente la escalera del INAH en Córdoba 45, hasta llegar al tercer piso, donde estaba la jefatura de Monumentos Prehispánicos. De inmediato yo iba a acordar con él. Era un hombre honesto, de una pieza, pulcro en todo: en su forma de hablar, en su manera de vestir y en su forma de actuar. Recuerdo que en alguna ocasión hubo problemas entre arqueólogos del departamento, y me dijo: “Mire, Matos —nunca me llamó Eduardo—, llame a fulano y a zutano para que vengan a aclarar una discusión que hay entre ellos”.

Una vez reunidos, don Ignacio era muy directo: “Señor, usted ha dicho tal o cual cosa, y fulano no está de acuerdo. Quiero que aquí mismo se aclare esta situación”. Los balbuceos de los colegas enfrentados directamente servían para evitar chismes y otras cosas semejantes. Un caso concreto de esa manera de actuar del arquitecto fue cuando el antropólogo físico Roberto Jiménez Ovando llegó a ver al arquitecto Marquina para exponerle que en los trabajos de Cuicuico, que se efectuaban con motivo de las próximas Olimpiadas, el arqueólogo Roberto Gallegos había obsequiado al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez una pequeña colección de objetos de cerámica que habían salido en la excavación. De inmediato mandó llamar a Gallegos. Estábamos los cuatro en la oficina y Marquina, sin miramientos, se lo dijo a Gallegos, y empezó una discusión entre éste y Jiménez Ovando. Marquina no permitía nada de chismes y trataba de aclarar las situaciones de inmediato y directamente.

En algunos momentos libres el arquitecto escribía sus *Memorias*, con una pluma de punto muy ancho. No dictaba ni escribía a máquina, sino que lo hacía a mano. De él aprendí mucho en lo que se refiere al trato con la gente, y de su honorabilidad y entereza. Recuerdo que, con motivo de la muerte del doctor Eusebio Dávalos Hurtado, director del INAH, en el año 1968, nombraron director al doctor Ignacio Bernal, quien había estado desempeñando el cargo de director del Museo Nacional de Antropología. De inmediato el arquitecto me mandó llamar y me dijo: “Mire, Matos, tengo mi renuncia aquí para presentársela al nuevo director; quiero comentárselo para cualquier cosa que pueda ocurrir. También quiero pre-

guntarle algo: dígame, Matos, si usted tuviera que nombrar director en el Museo de Antropología que está vacante, ¿a quién de los arqueólogos nombraría?”.

Me quedé perplejo. Pensé de inmediato en quiénes podrían ser nombrados, veía algunos con virtudes y con defectos, le mencioné algunos nombres con cierta duda. Finalmente me dijo: “¿Verdad, Matos, que no hay quien pueda hacerse cargo del Museo?”. “Pues con lo que hemos analizado se ve que no, ya que el Museo es muy importante”. “Es una tristeza llegar a esta conclusión. Se lo comento porque me preguntó el doctor Bernal quién sería bueno para que estuviera ahí, y yo no podía recomendarle a nadie. Por eso quería oír la opinión de un joven, para saber si me abriría alguna luz sobre algún arqueólogo; pero, efectivamente, no hay a quien ¿verdad?”.

El caso de Ignacio Bernal es diferente. Inclusive llegué a criticarlo por su posición dentro de la arqueología, pues pensaba que era idealista. Después he vuelto a releer los trabajos de Bernal y hay algunos que me impactan. Por ejemplo, creo que el primer capítulo de su *Historia de la arqueología en México* es realmente excelente. Si algún día quisiera hacer una antología del pensamiento arqueológico, quizá escogería ese escrito de Bernal. También, por aquel entonces a nadie se le ocurría hablar de que Teotihuacan fuera militarista, se le consideraba una sociedad teocrática, y eso era lo que nos enseñaban. Don Ignacio planteó que pudo haber sido un imperio militarista.

Era agradable hablar con Ignacio Bernal, pues era una persona muy culta, y esto resulta interesante, ya que en nuestro medio hay arqueólogos muy capacitados dentro de su rama y de su conocimiento, pero no los puedes sacar de allí, no puedes hablarles de arte o de literatura. Quizá en un par de ocasiones fui a casa de Bernal y estuve con él en su espléndida biblioteca, y platicamos de muchos temas, no necesariamente asociados a la arqueología.

LLL: ¿Tienes alguna anécdota de esas visitas a la casa del doctor Bernal?

EMM: En una ocasión en que el destacado antropólogo francés Jacques Soustelle vino a México, don Ignacio ofreció una cena. Hay que aclarar que en el medio de la antropología se tenía a Bernal como una persona muy elitista; a su casa no invitaba a cualquiera, era muy selectivo y guardaba sus distancias. En la cena estuvimos presentes unas ocho o diez personas: el doctor Soustelle, que era el agasajado; el doctor Bernal y su esposa, que eran los anfitriones; el profesor Jiménez Mo-

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

reno; otros más que no recuerdo, y yo. Me encontraba un poco nervioso, por estar con personalidades como Jacques Soustelle, de quien había leído algunos de sus libros y con quien después tuve una buena amistad, o como mi maestro Jiménez, en fin. Después de la magnífica cena, pasamos a la biblioteca a tomar café y un buen *cognac*, que de esto también conocía bien don Ignacio. Estábamos allí parados cuando se me ocurre prender un cigarro, pero se me cayeron los cerillos. Al agacharme a levantarlos, doy con las nalgas a un hermoso candelabro de plata que sostenía una vela blanca, y todo se vino abajo. ¡Imagínense mi susto! La vela se partió en tres partes, el candelabro salió ileso, pero mi pena era inmensa. Don Ignacio, con gran calma, se me acercó y me dijo con la pausada voz que lo caracterizaba: “¿Qué pasó, Eduardo?”. Él se dirigía a mí por mi nombre, en cambio yo a él no lo bajaba de “doctor”, como debía ser. Con enorme preocupación apenas atiné a contestarle: “Pues aquí...”. Y con aquella sencillez me hizo recobrar la calma. “No se preocupe, es una vela rota...”. Descansé un poco y me bebí el *cognac*, al cual siguieron otros, y no pasó a mayores.

LLL: ¿De la lectura de Bernal surgió en ti el amor por la historia de la arqueología? ¿Cómo empezaste a interesarte por el tema?

EMM: El interés nace precisamente por la lectura de dos artículos de don Ignacio acerca del tema. Me encantaron, y empecé a profundizar más. Acudí a él cuando era director del Museo de Antropología para que fuera director de mi tesis de doctorado en antropología, en la UNAM, y no lo puedo asegurar, pero creo que en cierta forma tuve que ver con que don Ignacio escribiera su *Historia de la arqueología en México*, pues mi tema de tesis era precisamente ése.

Le llevé un esquema de distribución de los capítulos y alguna bibliografía, y le dije: “Doctor Bernal, he leído sus artículos y me han impactado mucho; me fascina el tema, y quisiera que usted fuera mi director de tesis del doctorado. Le traigo para que vea esta distribución por capítulos y empecemos a trabajar”. “¿Cómo no, cómo no! Que interesante, cómo no”.

Me imagino que él debió de haber pensado: “Hombre, un tema que yo he estado trabajando y este joven viene a proponerlo, mejor lo acabo pronto y después que este joven escriba lo que quiera...”. En 1979 publicó su *Historia de la arqueología en México*, que para mí ha sido muy importante.

Pedro Armillas y Mircea Eliade

DC: El primer contacto que tuve con tu trabajo fue a través de Pedro Armillas, uno de mis grandes maestros en la Universidad de Chicago. Recuerdo bien que estaba yo en el proceso de escribir mi tesis de doctorado sobre Quetzalcóatl y supe de Pedro Armillas. Lo llamé y le dije que había leído sobre él en los libros de Eric Wolf y de otros autores, y nos pusimos de acuerdo para conocernos. La primera vez que lo vi quedé muy impresionado, por su voz y su porte, y eventualmente nos hicimos amigos. Pedro me hizo el favor de dar conferencias en el barrio chicano y después, cuando quise hacer investigación en México, me dijo que me escribiría una carta de presentación. Le escribí a Eduardo Matos, pidiéndole permiso para que yo pudiera visitar centros arqueológicos. Pedro Armillas debe de haber sido uno de tus maestros. ¿Cómo lo conociste y qué recuerdos tienes de su influencia sobre ti y sobre su impacto para el estudio de Mesoamérica?

EMM: Mira, Armillas significó y significa mucho para mí por varias razones. Primero, aquella pasión mía por la Guerra Civil española yo la veía enmarcada en Pedro Armillas, un hombre golpeado por la guerra, aquella cojera que él tenía provocada por un obús enemigo; su tono siempre español, su figura recia. A veces me parecía un conquistador con su casco. Entonces, por ese lado, me atraía mucho la figura de él, pero más aún desde el punto de vista académico, porque yo había leído en la escuela algunos trabajos y artículos de él. Pedro no se caracterizó por publicar grandes libros, sino artículos de un gran contenido. Recuerdo alguno de ellos, por ejemplo cuando él habla de las formaciones económicas y sociales, y toda la posición materialista que sostenía. También recuerdo un artículo en el cual planteaba, allá por los años cincuenta, el proceso evolutivo de Mesoamérica. Es un proceso que yo creo que Pedro tenía razón en proponer. Después ya vino toda esa cosa del Clásico, Posclásico, con lo que yo siempre he estado en contra. Y cuando leo a Pedro, veo que él toma el elemento económico como fundamental, y nos habla del periodo agrícola y protoagrícola. Además, tiene una concepción de Mesoamérica a partir del llamado Preclásico hasta el momento de la Conquista como una unidad, que es lo que yo vengo sosteniendo también. Entonces, en contra de toda la otra posición, que es para mí muy idealista, yo veía en Pedro el símbolo de una lucha, como había sido la Guerra Civil, pero también de una posición materialista muy importante dentro de lo académico, dentro de

su concepción de la historia. Esto me atrajo mucho, y yo diría que su influencia fue definitiva en la concepción que tengo sobre el proceso de desarrollo mesoamericano. Creo que Pedro tenía razón, y yo me identificaba con él en cuanto a cómo entendíamos el proceso.

Recuerdo el día en que conocí a Pedro Armillas. Ocurrió en el INAH, en la calle de Córdoba. Yo estaba por allí, muy jovencito, recién graduado, cuando alguien mencionó: “Allí abajo está Pedro Armillas”. Entonces tomé una tesis mía, ya que acababa de graduarme, y veo que sube este hombre por la escalera, y lo que veo es un fauno, veo venir un fauno, con barba, una frente muy arrugada, una pipa enorme. Me identifiqué automáticamente, y me dije: “Aquí está el hombre”. Y le di mi tesis. Él no sabía quién era yo. Le dije: “Doctor Armillas, quiero presentarme, soy fulano de tal, ésta es la tesis que acabo de presentar, me gustaría que la leyera”. Me respondió: “Cómo no, cómo no, con mucho gusto, con mucho gusto”. Y se fue. Después casi no nos veíamos. Él estaba en Chicago, yo estaba en México. Pero siempre guardaba una gran estima por aquel hombre que había luchado, por aquel hombre que tenía una posición dentro de la arqueología. Tuvo varios seguidores, como William Sanders y otros.

DC: ¿Tienes algunos recuerdos particulares con Pedro Armillas?

EMM: Uno muy importante para mí fue el día en que me mandó una carta. Yo estaba en mi oficina. En ese momento empezaba mi vida burocrática dentro de la arqueología. Había sido ya subdirector de Monumentos Prehispánicos. Esa subdirección me la ofreció, en 1967, el doctor Eusebio Dávalos, entonces director del INAH. Yo entré ayudando a Marquina, que ya era un hombre grande, de cerca de 80 años. El trabajo con él era un poco difícil. Pero aprendí muchas cosas con él, sobre todo en lo que se refiere al comportamiento. Poco después me nombraron director de Monumentos Prehispánicos, en el año de 1974 o 1975. Entonces, un día estaba en mi oficina y me dicen: “Lo quiere ver un señor”, y entra un hombre enorme, grande, altísimo. Y pensé: “¿Qué querrá esta persona?”. Traía una carta de Pedro Armillas. Y yo la recibí y la leí. En la carta me decía Pedro: “Eduardo, te recomiendo mucho a esta persona, porque es un alumno en Chicago; es un alumno al que estoy dirigiendo. Ayúdalo, él quiere pasar algunas noches en Tula, Teotihuacan y otros sitios como Xochicalco”. Entonces, volteé para arriba, para ver al señor, y le dije: “Bueno, oye, siéntate. ¿Tú quieres ir a esas zonas?”. “Sí”. Aquel

señor se llamaba ni más ni menos que David Carrasco. Pensé: “¡Pero qué ocurrencias! Este muchacho quiere irse de noche a pasarla allí. Bueno, pues lo picarán los mosquitos”. Arreglamos el asunto y fue mi primer contacto con David Carrasco.

DC: ¿En esa ocasión hablamos de Eliade?

EMM: Sí, porque tú eras discípulo de Eliade. Yo en ese momento estaba publicando mi libro *Muerte a filo de obsidiana*, en el que mencionaba a Eliade. El segundo capítulo del libro trataba sobre el análisis del mito. Yo no sabía lo que era el mito, entonces tuve que empezar a leer. Y leí a Lévi-Strauss, Eliade, Otto, en fin, a los estudiosos de la religión, tratando de saber qué era el mito. Eliade fue también, fíjate que casualidad, mi contacto con un alumno suyo y de Armillas. Recuerdo una ocasión en que yo estaba en Palenque. Me habían enviado a Palenque porque iba a haber una visita del presidente o algo así. Me subía a lo alto de la tumba de Palenque, del Templo de las Inscripciones, y me sentaba allí viendo el atardecer, yo solo. Siempre con aquella tarde encima, con aquella forma de pensamiento. Y un día llegó en un carrito chiquito *sport* blanco Pedro Armillas y su esposa. Invité a Pedro a estar allá arriba una tarde, y nos sentamos al borde de la escalinata, en la parte alta del templo. Estábamos viendo hacia el infinito, Pedro con un paliacate rojo amarrado a la frente, su pipa, y yo también con pipa. De repente le pregunté: “Pedro, a ti, que has trabajado y aportado a la arqueología mesoamericana y demás, ¿no te agradaría un día, un poco así, entre descanso y trabajo, venir aquí a Palenque a excavar el juego de pelota o alguna otra estructura?”. “Pues sí, sí sería interesante, claro...”.

Platicamos de diferentes cosas mientras la tarde caía. Él nada más iba por un par de días. Pero fue una gran vivencia estar allí, con el viejo Armillas. Después, recuerdo muy claramente cuando en 1979 organizamos la primera reunión en Colorado, y viene Pedro con un suéter amarillo y su pipa, y poco después, al regresar a Chicago, supimos de su muerte. Había salido a caminar y sufrió un infarto. La noticia fue tremenda para nosotros en México. Se organizó de inmediato, recuerdo, en el Museo Nacional de Antropología, un homenaje en su honor, en el que tomamos la palabra José Luis Lorenzo, Teresa Rojas y yo. Hablamos de diversas facetas de la vida de Armillas. Publiqué después las palabras que dije allí en una universidad del sur de Estados Unidos. Pero Armillas, en concreto, fue una figura muy importante para mí, y lo sigue siendo.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

DC: Entre el momento en que le entregas tu tesis y el día en el que llegué a tu oficina, ¿tuvo Armillas un conocimiento detallado de tus labores? ¿Tu conocimiento de sus teorías es resultado de clases con él o sólo de la lectura de sus artículos? Pregunto esto porque Armillas tenía mucha familiaridad con tu trabajo y me mencionaba la importancia de tus escritos.

EMM: Yo jamás fui alumno directo de él. Nuestra relación siempre se dio a través de pláticas, de lecturas que hacía de sus trabajos y de los que yo le entregaba, nada más. Nunca hubo una relación más formal.

DC: Es interesante, entonces, que muchos años después tú y yo hayamos dedicado nuestro libro *El Templo Mayor de México* a Mircea Eliade y a Pedro Armillas, y que de esa forma hayamos unido nuestro trabajo.

EMM: Exactamente. Muy significativo en esos dos aspectos. Además, dos aspectos muy significativos en el sentido —no sé para ti, pero por lo menos para mí— de que uno representaba el materialismo, o sea ese aspecto de la dualidad, el aspecto del hombre que había luchado, el hombre herido en su cuerpo, el hombre que aportaba esta corriente, en fin, y por otro lado, el individuo inmerso en el estudio de la religión, las dos dualidades que estaban en mí también. No sé cómo era para ti esa presencia.

DC: Esa presencia también fue muy importante para mí. Entre más me familiarizo con Mesoamérica, más me doy cuenta de que las evidencias cruciales para el estudio de la religión se encuentran en la arqueología. Y mientras muchos de mis colegas en el estudio de la religión examinan textos y libros, en Mesoamérica tienen ustedes este mundo material tan fundamental, el cual es analizado por la arqueología. Entonces, Armillas me condujo hacia ti, tú me condujiste hacia el Templo Mayor y Eliade estaba ahí, proveyendo un sentido a todo esto. Por lo mismo creo que de cierta manera nuestra dualidad es reflejo de aquella dualidad.

EMM: Exacto. Yo creo que han sido dos presencias muy importantes en mi vida y por lo que veo, en la tuya también.

Las corrientes arqueológicas

DC: Más o menos en la misma línea queremos oír algo sobre las corrientes, las teorías en las que entonces reflexionabas en esos años de formación. Por ejemplo, cuando yo estudié en la Universidad de Chicago, en la Divinity School, la corriente más fuerte era la del estudio del mito, para entender las esencias fundamentales del *homo religiosus*, pero durante mis años allá cambió eso un poco, porque entró el enfoque más fuerte sobre los ritos. Dicen que los ritos son más primarios que los mitos, y surgió así la pelea que sigue hasta ahora. Por un lado estaba Eliade, por otro Jonathan Smith o Victor Turner; eso fue muy interesante para nosotros. En tu caso ¿cuáles fueron las corrientes, las peleas más importantes en las discusiones de antropología y arqueología?

EMM: En los años sesenta, cuando yo estudié y empecé mi vida profesional dentro del INAH, no había, en sentido estricto, corrientes o escuelas arqueológicas, sino posiciones personales dentro de la disciplina. Por ejemplo, en esos años era muy marcada la presencia de dos líderes dentro de la arqueología, que eran José Luis Lorenzo, por un lado, y Román Piña Chán, por el otro. Tenían posiciones muy diferentes. El primero tenía una fuerte influencia de Gordon Childe, lo que me atraía mucho, ya que los postulados de Childe me parecían muy adecuados en la comprensión del desarrollo de las sociedades en el pasado, vistas a partir de un proceso de evolución-revolución, o sea, de cambios cuantitativos y cualitativos. Piña Chán, por el contrario, era un profundo conocedor de las culturas mesoamericanas y de las fases cerámicas, con una visión sociológica de la arqueología, que se manifestaba en algunos de sus escritos. Sin embargo, tendía a la reconstrucción de los edificios una vez excavados, cosa con la que yo no estaba de acuerdo. Lorenzo dio un buen impulso a las investigaciones arqueológicas al fundar a principio de los años sesenta los laboratorios de prehistoria, con especialistas como biólogos, geólogos, paleontólogos, químicos, etcétera..., en tanto que Piña seguía con una visión un tanto más tradicional.

También había una diferencia en relación con la técnica de excavación arqueológica. Lorenzo era muy estricto y cuidaba que los hilos del área por excavar estuvieran perfectamente colocados, y que se llevara un control y registro de los materiales

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

recuperados. En cambio, Piña Chán excavaba intuitivamente, basado en su enorme experiencia de campo, y no era tan rígido en los controles arqueológicos.

LLL: ¿Y qué impacto tuvieron Lorenzo y Piña Chán en tu generación?

EMM: La presencia de ambos se vio en las personas que formaron. Los investigadores que formó Lorenzo no creo —y así lo he escrito— que entendieran a fondo el pensamiento de Gordon Childe. Entonces, diría que no se estableció una corriente específica. Por el lado de Piña Chán tampoco, salvo estudios enfocados a seriaciones cerámicas o de reconstrucción monumental. Entonces, no había una corriente a la cual seguir. Yo, con la influencia que tenía del marxismo, me inclinaba más hacia las ideas de Childe, que habían sido introducidas en México por Pedro Armillas, a quien no podría considerar un marxista, pero sí un investigador con un sentido más social de la arqueología. Me encontraba, pues, prácticamente solo. Había investigadores como Julio César Olivé o Roger Bartra que tenían una posición marxista de la historia. Yo veía que muchos de los postulados marxistas, sobre todo del materialismo histórico, podían ser aplicados felizmente dentro de la arqueología. Tuve que irme formando prácticamente solo con lecturas de textos de Marx, Engels, los del mismo Childe o los de Hobsbawm y Godelier, es decir, de personas que aplicaban un enfoque materialista de la historia. Mi tesis fue una combinación de las ideas de Childe y del marxismo, a grado tal que se llamó *La revolución urbana en la Cuenca de México*.

LLL: ¿En algún momento de tu carrera estas ideas o principios se han visto cuestionados?

EMM: Sí, cuando tuve que enfrentar la realidad de aplicar la visión del materialismo histórico a un caso concreto: el Templo Mayor de los mexicas. Allí me percaté de que el marxismo había prestado atención preponderante a temas como la economía, la tecnología, la división en clases sociales, etc., pero poco había atendido a aspectos superestructurales como la religión, los mitos, los rituales y otros aspectos, a los que ahora me enfrentaba y que estaban presentes en el Templo Mayor. Me daba cuenta de que allí estaban esas presencias, y que no se trataba de un edificio religioso y ya, sino que detrás de él había muchas cosas más. Pese a ello, apliqué algunos de los conceptos del materialismo histórico, como el concebir que los dio-

ses que presidían el Templo Mayor estaban relacionados con la estructura económica. Para ese momento, hacia 1978, se contaba ya con investigaciones de estudiosos de las religiones a los que tuve que acudir para entender el problema que tenía enfrente. Fueron muy valiosos los libros de Mircea Eliade, de Alfredo López Austin, mis conversaciones con David Carrasco, en fin, me estaban abriendo una nueva vertiente acerca del fenómeno religioso, que se veía enriquecida con lecturas de Mauss, Otto, Lévi-Strauss y otros estudiosos de las religiones.

Me dio mucho gusto constatar cómo algunos de los postulados que plantea Eliade cobraban forma en el Templo Mayor. La relación realidad histórica-mitológica la vemos presente allí. El Templo como centro del universo y su espacio sagrado en contraste con un espacio profano era evidente. El concepto cíclico y el mito del eterno retorno también cobraban presencia. Todo ello sin hacer a un lado cómo el sostenimiento económico de Tenochtitlan obedecía a la presencia de aquellos dos dioses en la parte superior del Templo. Fue así como tuve que tomar mi propio camino, pues mis amigos marxistas, como Mario Sanoja, Luis Lumbreras, Felipe Bate o Julio Montané poco era lo que me podían ayudar. Ellos estaban inmersos en otras problemáticas.

Para terminar con este tema debo decirte que en 1979 escribí un artículo titulado “Las corrientes arqueológicas en México”, en una antología que preparé sobre el pensamiento marxista y materialista en arqueología, para la revista *Nueva Antropología*. Reuní trabajos de Miguel Othón de Mendizábal, Pedro Armillas, Roger Bartra, los resultados de la reunión de Teotihuacan en 1975, Enrique Nalda, Juan Yadeun y dos trabajos míos. En el que te mencioné antes, concluí que había habido tres corrientes arqueológicas dentro de la arqueología mexicana: la que tendía a la reconstrucción monumental de edificios, sin principios teóricos específicos; la tecnicista, con personas preocupadas por la técnica de excavación, como era el caso de Lorenzo, y la marxista, de la que había muy pocos exponentes y que en realidad estaba casi ausente, salvo contadas excepciones. Creo que esto ha cambiado poco, si bien han surgido nuevas corrientes a nivel internacional que apenas se reflejan dentro de nuestra arqueología. Si preguntáramos a los arqueólogos mexicanos a qué corriente o escuela pertenecen, creo que muy pocos podrían contestar la pregunta.

LLL: Los grandes arqueólogos del siglo xx han tenido sus intereses particulares, sus enfoques temáticos y sus perspectivas teóricas. Está, por ejemplo, el interés de Kent Flannery en las primeras aldeas y el origen de la agricultura, o Sanders

y Parsons, que se preocupan más bien por la arqueología de superficie con una visión regional. En tu caso, veo una constante en el interés por las grandes capitales del centro de México: Cholula, Tenochtitlan, Tula, Teotihuacan, Tlatelolco y en todos esos casos no sólo es el enfoque hacia los centros urbanos, sino hacia los centros ceremoniales, por los lugares simbólicos de las ciudades. ¿Qué podrías decir al respecto? ¿Por qué ese interés? ¿Qué piensas después de toda esa experiencia en cuanto a la religión y al mundo urbano mesoamericanos?

EMM: Hace muchos años me entrevistaron y me hacían ver que algunos sitios arqueológicos se identificaban con algún arqueólogo que había excavado en ellos. Por ejemplo, Monte Albán con Caso, Teotihuacan con Manuel Gamio, y así me enumeraron dos o tres sitios en que se daba esta asociación ciudad antigua-arqueólogo. En ese momento me identificaron con Tenochtitlan y más concretamente con el Templo Mayor como lugar de la sacralidad. Desde esta perspectiva, pienso que mi interés parte, efectivamente, desde que era estudiante de arqueología. Primero, tuve la oportunidad de trabajar en diferentes ciudades del centro de México, como Teotihuacan, Cholula, Tula, Tlatelolco y Tenochtitlan, de donde me vino el interés por estudiar la importancia de los centros ceremoniales y su relación con la sacralidad. Las ideas de Eliade fueron importantes para analizar el espacio sagrado de las ciudades, sin dejar de ver lo que él denomina el espacio profano. Hay que advertir que una ciudad tiene carácter de sagrada, pero dentro de ella hay un espacio que es el *summum* de lo sagrado, el centro de centros, como yo lo he llamado. Me di cuenta de la importancia de poder estudiar esos lugares que tienen el carácter de centro, de *axis mundi*, donde se encuentra el templo principal que une los niveles celestes con el inframundo y de él parten los cuatro rumbos del universo. El templo es el lugar sagrado por excelencia. En él convergen las diversas fuerzas.

La experiencia de haber trabajado en las áreas ceremoniales de todas esas ciudades antiguas me sirvió cuando tuve frente a mí el Templo Mayor mexicana. En mi estudio apliqué dos categorías: fenómeno y esencia. El primero correspondía a lo que era evidente, la arquitectura, los dioses que lo presidían, las fiestas y ceremonias que se llevaban a cabo en él. Por otra parte, la esencia estaba referida a lo que no es evidente, a lo que encierra el edificio. Por ejemplo, cómo esos dioses se relacionaban con lo económico, lo político, lo social. No era, pues, un edificio

religioso con dos dioses en su parte superior, sino que había toda una serie de aspectos interrelacionados que era necesario dilucidar.

Ahora bien, el surgimiento de la ciudad, de la urbe, es un fenómeno al que la arqueología aún no ha dado respuesta. La discusión sigue presente. Tenemos el caso de Teotihuacan, que es la primera gran ciudad del centro de México. ¿Por qué surgió Teotihuacan? Ideas van y vienen, pero aún no tenemos una respuesta adecuada. Yo mismo he planteado algunas posibilidades para el surgimiento y la caída de Teotihuacan, pero son hipótesis no demostradas plenamente. El alfa y omega de las ciudades es algo apasionante que aún no tiene respuesta.

LLL: Ahora que tratas el tema del alfa y omega de las ciudades, y después de varias décadas de haber comenzado tu trabajo en Teotihuacan, ¿cuáles son tus conclusiones? Obviamente nadie tiene la verdad sobre el origen y final de Teotihuacan, pero, desde tu punto de vista, ¿cuáles serían las causas principales del surgimiento de ese fenómeno urbano único en Mesoamérica? Sobre todo, me gustaría conocer cuál es tu hipótesis sobre las causas del colapso de la ciudad y qué no te gusta de las otras hipótesis.

EMM: El surgimiento siempre es más problemático. Quienes han tratado acerca del surgimiento de las ciudades, como Gordon Childe con su revolución urbana o Paul Wheatley en el caso de ciudades asiáticas, han enfrentado problemas similares. En el caso concreto de Teotihuacan tenemos algunos antecedentes, como Tlapacoya, Copilco, Cerro del Tepalcate, Terremote, Cuicuilco y otros más. Todos ellos están asentados cerca del lago de Texcoco y, aunque dependen de la agricultura, aprovechan los productos del lago: plantas, peces, camaroncillos, aves acuáticas. El caso de Cuicuilco resulta especial, pues es destruido por la lava del volcán Xitle. Algunos autores han planteado la posibilidad de que, ante ese desastre natural, la población haya emigrado unos kilómetros hacia al norte para asentarse en Teotihuacan, donde sabemos que ya había un asentamiento anterior.

Teotihuacan se asienta en un lugar que cuenta con un medio aprovechable. Hay materia prima para la construcción y para hacer instrumentos, como la cercanía de yacimientos de obsidiana. También cuenta con ríos que son canalizados, y con algo que considero muy importante: manantiales que surten de agua todo el año. De ahí construí lo que llamé la hipótesis de las áreas verdes. Consiste en el aprovechamiento de estos manantiales, los que, una vez canalizados, permiten una

producción agrícola notable. Al no contarse con grandes ríos, como fue el caso de algunas culturas como la egipcia o la mesopotámica, aquí los manantiales son indispensables para el cultivo. Están representados en los murales de Tepantitla, donde se ve el “ojo de agua” de donde sale la corriente de agua del manantial y cómo se canaliza y se hacen especies de chinampas en las que crecen plantas como el maíz y otras. Para un pueblo agrícola, contar con agua que surge del suelo no sólo contiene un carácter simbólico en relación con el dios del agua, sino que con una tecnología apropiada se puede contar con camellones para siembra. Yo recorrí el área sur de la población de San Juan Teotihuacan y pude apreciar esas parcelas circundadas por canales. Lo mismo aprecié en la ciudad de Cholula, contemporánea de Teotihuacan: hicimos recorridos con fotografía aérea y localizamos manantiales que surgían muy cerca de la gran pirámide y corrían hacia el sur. Pictografías del siglo XVI también indican cómo una corriente de agua sale de la gran pirámide de Cholula. El nombre de “áreas verdes” que le di a esta hipótesis responde precisamente a que esas áreas de manantiales permanecen verdes todo el año gracias a la presencia del agua y de la humedad.

Es sorprendente el crecimiento acelerado de Teotihuacan, y no dudamos de que en Cholula ocurriera algo similar. Como resultado de ese crecimiento y debido a otros factores, se nota una ruralización regional quizá provocada por la presencia de la ciudad, que absorbe y atrae población. Ahora bien, hay que aclarar algo en relación con la hipótesis de las áreas verdes: quizá en los inicios de la ciudad los manantiales desempeñaron un papel determinante, pero al crecer ésta es obvio que se necesitaba una producción mayor, por lo que, además de seguir explotando el área de manantiales, hubo necesidad de expandirse a otras regiones de cultivo o de imponer un tributo a los pueblos conquistados para compensar la producción propia.

LLL: ¿Y qué nos dices del colapso?

EMM: Diversas ideas se han planteado sobre el tema. Desde que pudo ser una epidemia que causó que la población se diezmará o que fuertes temblores pudieron causar su abandono. La verdad es que arqueológicamente no se han encontrado datos que soporten estas ideas. No hay grandes cuarteaduras en edificios ni cosa que se le parezca. Por su parte, Jaime Litvak ha planteado que hacia los finales de Teotihuacan empiezan a surgir nuevos centros que cortan los flujos comer-

ciales, por lo que la metrópoli se ve cada vez más ahogada. También se ha querido dar una interpretación marxista; es decir, que hubo un levantamiento de las clases campesinas en contra de la élite que ostentaba el poder. No falta, desde luego, la idea de que el masivo aprovechamiento de madera y otros productos causaron un problema ecológico, lo cual se contradice con las investigaciones que se han hecho acerca de la flora del lugar.

Por mi parte he planteado otra alternativa. Para sustentarla partí de datos que parecen confirmar que Teotihuacan fue una sociedad militarista y no, como por tantos años se dijo, nada más teocrática. No sólo tenemos la presencia de guerreros en murales, sino que vemos algunas regiones que debieron de estar controladas militarmente por ellos. Es el caso de parte del actual estado de Hidalgo, donde tenemos yacimientos de obsidiana, como en el Cerro de las Navajas. La obsidiana es una materia prima fundamental para hacer instrumentos, armas y objetos simbólicos. También se encuentran yacimientos de piedra caliza, tan necesaria para hacer el estuco que cubría los edificios, y Teotihuacan utilizó cantidades enormes de ese material. Una sociedad como la teotihuacana, con ese número de población que la hizo la ciudad más grande de Mesoamérica, que deja sentir su presencia en toda Mesoamérica, no se puede entender solamente con un gobierno de sacerdotes. Creo que desde Teotihuacan ya está presente el binomio sacerdote-guerrero, atendiendo los dos aspectos fundamentales de esa sociedad: el ideológico, que controla al sacerdote, y el represivo, que atiende al militar. No hay que olvidar que Sanders ha encontrado asentamientos a cinco kilómetros de Teotihuacan, donde se produjeron armas. También se ha detectado un corredor teotihuacano por la región de Tlaxcala, que indica formas defensivas en contra de la expansión de la urbe. Los hallazgos en el Templo de Quetzalcóatl y ahora en la Pirámide de la Luna parecen indicar que hubo sacrificios de personas que posiblemente fueron prisioneros de guerra. En fin, creo que hay muchos indicadores para sostener que Teotihuacan pudo tener un carácter teocrático-militarista.

Basado en todo esto, planteé que lo que pudo ocurrir fue que el control teotihuacano sobre otras poblaciones causó, en un momento de debilitamiento de Teotihuacan, el levantamiento de los pueblos sojuzgados y sujetos a tributo, lo que finalmente acusó el incendio y dispersión de sus habitantes. Esto, además, lo sustento en que esos levantamientos en contra del poder central los vemos en varios momentos de la historia del centro de México después de la caída de Teotihuacan. Es el caso, quizá, de Tula y el muy conocido de Azcapotzalco, donde

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA

tienen bajo su control a varios pueblos, como el mexica, y en cierto momento de problemas internos de Azcapotzalco los sometidos y sujetos a tributo se levantan en contra de la metrópoli. El resultado lo conocemos todos: los tepanecas de Azcapotzalco son derrotados por sus antiguos vasallos. Lo mismo va a ocurrir poco después: los mexicas tienen el control de muchos pueblos tributarios, que se unen al español para liberarse de Tenochtitlan. El resultado también lo conocemos: los mexicas son vencidos por sus antiguos vasallos y las huestes españolas. La historia volvía a repetirse.

Todo lo anterior me lleva pues a plantear que algo similar debió de ocurrir con Teotihuacan.

DC: Excelente. ¿Por qué no entramos en ese tema de tu pensamiento por otra puerta? Tus publicaciones, por ejemplo. Yo recuerdo que mi primera publicación fue una reseña. Yo tenía mucho temor de si lo iban a aceptar, pero tuve suerte. ¿Cuáles fueron tus primeras publicaciones? ¿Cuál fue el enfoque? Estoy pensando en tus publicaciones hasta *Muerte a filo de obsidiana*, porque ese libro tiene la combinación de marxismo y también de historia de las religiones.

EMM: Bueno. Recuerdo que mi primer artículo fue publicado en la revista *Tlatoani*, que era el órgano de la Sociedad de Alumnos de la ENAH y trataba acerca de la habitación rural en el México prehispánico. Ese tema había sido poco tratado hasta entonces, por lo que me atrajo de inmediato, ya que prestaba atención a la habitación de la mayoría de la población. Mencionaba cómo en las Lomas de Chapultepec vive gente adinerada en contraste con otros pobres que viven en cuevas. Era una crítica social muy primaria, desde luego, pero manifestaba mi forma de pensamiento en ese momento. Después publiqué, en los *Anales del INAH*, el artículo “El adoratorio decorado de las calles de Argentina”, a raíz de un rescate que me encargaron en pleno centro de la Ciudad de México. Otro trabajo en los mismos *Anales* fue el de “La danza de los Montezumas”, danza que todavía se baila en la República de Panamá, con lo que se inició mi interés en las expresiones populares contemporáneas. Éstas fueron mis primeras publicaciones. En cuanto a mi primer libro, éste fue *Muerte a filo de obsidiana*, publicado en 1975 en aquella serie de setenta y siete. Ha sido reeditado seis veces por el Fondo de Cultura Económica. En ese libro, en efecto, se ve un enfoque marxista, como tú lo señalas, y el pensamiento de algunos estudiosos de las religiones, como Eliade. Eso fue un preámbulo a lo

que sucedería después en el Templo Mayor y que cobraría forma en otro libro: *Vida y muerte en el Templo Mayor*.

Ahora bien, pienso que este tema de la muerte, que me interesa y apasiona, debe revisarse a fondo. Esto parte del momento en el que Leonardo López Luján encuentra las esculturas de cerámica de los dioses de la muerte, los Mictlantecuhtli en la parte norte del Templo Mayor. En su estudio hace un análisis de esas figuras que lo llevan a profundizar en el tema y aporta cosas muy interesantes. Todo esto me hizo reflexionar en el sentido de que había que profundizar mucho más en el tema de la muerte. Para consuelo mío, recuerdo que en algún momento Guillermo Bonfil, connotado antropólogo social, comentó en una ocasión que lo único específico que se había escrito acerca de la muerte era el libro de Eduardo Matos que acababa de salir en SEsetentas. Efectivamente, investigadores que habían tratado aspectos de la muerte entre los mexicas, como Alfonso Caso, hablaban del tema junto con otros aspectos de la vida de ese pueblo. Por otra parte, resulta curioso que el primer libro que escribo no fue de arqueología, sino acerca de la muerte en el México prehispánico, lo que hasta la fecha me atrae profundamente. Debo decir que ya en 1972 había publicado, en la misma serie SEsetentas, una antología de la obra de don Manuel Gamio, antropólogo por el que siento una enorme admiración; se llamó *Manuel Gamio, arqueología e indigenismo*. Muchos lo consideran el padre de la antropología mexicana por su visión de proyectos integrales, tomando en consideración dos categorías fundamentales: población y territorio.

En esa producción primaria están ya presentes las temáticas a las que voy a prestar mayor atención en mi vida académica: el tema de la muerte en el México prehispánico, el de la historia de la arqueología, con la biografía que escribo a la antología de don Manuel Gamio, y el Templo Mayor de los mexicas.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
DE LA RELIGIÓN A LA ANTROPOLOGÍA



Leonardo López Luján y Eduardo Matos Moctezuma.

Foto: Mauricio Marat. INAH.



*Hallazgo de la escultura neoteotihuacana del dios Viejo del fuego, de Huehuetéotl, al norte del Templo Mayor, 1980.
Foto: Archivo de Matos Moctezuma.*

IV. EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

El segundo rompimiento: de presidente a Coyolxauhqui

DC: Hemos visto que algunos rompimientos dieron pie a transformaciones y enriquecido tu vida. Hemos hablado de tus experiencias con el tartamudeo y de tu niñez en Santo Domingo. ¿Qué otros rompimientos han tenido un impacto sobre tu carrera o sobre otros aspectos de tu vida?

EMM: Recapitulando, el primer gran rompimiento de mi vida que enfrenté solo, conmigo mismo, fue el de la religión, que ya de esto hablamos algo. Ese rompimiento a los 15 años me hizo sentir como un hombre libre de toda una serie de prejuicios, de ideas que en ese momento sentí que me desprendía de ellas. El segundo gran rompimiento se dio con el poder que puedes alcanzar dentro del quehacer arqueológico. Aquí es importante señalar cómo ocurrió, hablar de los antecedentes de ese rompimiento. Quiero señalar que para mí cada uno de esos rompimientos me enriquecen más, fortalecen toda una serie de pensamientos internos, y significan en realidad creación. Es decir, para mí hay que saber cómo lograr que cada rompimiento cree algo nuevo, en este caso, mi propia vida. El segundo rompimiento fue resultado de varias cosas, primero, mi vida burocrática dentro de la arqueología había ido desarrollándose muy bien; muy bien dentro de lo negativo que es estar en la burocracia arqueológica, o sea, el hecho de estar teniendo que atender asuntos como director de Monumentos Prehispánicos y después como presidente del Consejo de Arqueología, y dejando por lo menos un

poco del lado lo relativo a la investigación. Aunque en realidad nunca la dejé, siempre estuve publicando cosas, aunque tuviera mucha carga administrativa.

Resulta que en 1975 soy nombrado por el director del INAH, Guillermo Bonfil, director del Departamento de Monumentos Prehispánicos. Poco después viene un cambio en el Instituto Nacional de Antropología y queda como director el doctor Gastón García Cantú, quien me nombra presidente del Consejo de Arqueología. Esto ocurrió a principios de 1977. El cargo es el más alto dentro de la arqueología nacional. Yo sustituía a un gran arqueólogo, el doctor Ignacio Bernal, quien venía ocupando ese puesto por varios años. Entré muy joven, a los 36 años, y me sentí muy feliz de que me hubieran dado ese nombramiento. Había alcanzado el cargo más alto después de haber tenido los nombramientos de director de la Escuela Nacional de Antropología, de subdirector y de director de Monumentos Prehispánicos, y también de secretario de la Sociedad Mexicana de Antropología.

Sin embargo, al mismo tiempo yo no estaba del todo contento, sentía un vacío muy grande. Así como había tenido ese ascenso burocrático tan rápido, tan importante, me sentía vacío como investigador. Sentía que necesitaba realizar investigación, publicar más, en fin, dedicarme de lleno al aspecto académico. Tomé entonces una determinación que fue muy importante. Habían transcurrido alrededor de seis meses cuando empecé a estar cada vez más inquieto, más a disgusto conmigo mismo, pese a que en el Consejo había consejeros de la talla de Alberto Ruz, José Luis Lorenzo, Augusto Molina y toda una serie de personas destacadas dentro del quehacer arqueológico. En aquel entonces me ofrecían hacerme cargo del proyecto Tikal, en Guatemala. Entré en profundas reflexiones sobre aceptarlo o no, sobre lo que iba a hacer. Entonces tomé una decisión: ir a hablar con el director del instituto y plantearle que ya no quería ser presidente del Consejo de Arqueología. Éste será mi segundo rompimiento, ocurrió, si mal no recuerdo, por agosto de 1977. Hablé con Gastón García Cantú y le dije: “Profesor, le agradezco mucho el nombramiento que usted me hizo, pero he estado reflexionando y en realidad quiero renunciar y regresar plenamente a la investigación”.

Don Gastón me comprendió de inmediato y me hizo ver que era un cargo importantísimo, y que mucha gente lo deseaba; pero, en fin, que él me entendía si yo quería regresar a la investigación. Sólo me pidió un poco de tiempo para que él conociera mejor al instituto y a los arqueólogos para ver a quién nombraba en mi lugar. Hicimos el acuerdo y le planteé, además, que si se hacía este cambio yo lo que quería era terminar mi tesis de doctorado. Él estuvo de acuerdo, no hubo

problema, y así empezó a transcurrir el tiempo. Considero esto como mi segundo rompimiento porque era un cargo que daba poder dentro de la arqueología. Uno decide, junto con el Consejo, si se aprueba un proyecto o no, si se dan fondos o no, y demás. Sin embargo, yo tiré eso por la borda; es decir, rompí con ese poder dentro de mi disciplina para dedicarme a la investigación. Volví a refrendar el rompimiento con el poder años más tarde, cuando Sari Bermúdez, presidenta del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, me invitó en el año 2000 a ser director general del INAH, y yo no acepté, pues consideré que el momento adecuado para ser director ya había pasado. Mi prioridad seguía siendo investigar y escribir.

DC: Durante esos meses, ¿te sentías mejor o todavía sentías esa inquietud? ¿Cómo te sentiste a partir de tu renuncia?

EMM: Bueno, para darle tiempo a García Cantú de ver a quién iba a nombrar, seguí como presidente aproximadamente unos seis o siete meses más, hasta principios de 1978, pero ya con la confianza de que iba a dejar el Consejo, de que esa determinación mía ya estaba aceptada y que iba a dedicarme a la investigación. Por lo tanto, estaba un poco más contento conmigo mismo, por haber efectuado el rompimiento aun con todas las consecuencias de perder poder dentro de la disciplina. Y entonces llegó el año de 1978, un año trascendental en mi vida. En enero, el profesor García Cantú me comenta que ya tiene a la persona que me va a sustituir en la presidencia del Consejo, el profesor José Luis Lorenzo. Se hizo el cambio en enero. En febrero me preparé para salir del país; tenía que ir a un congreso de arqueología en Panamá, representando al INAH. Salí para Panamá y estuve una semana allá. Al regresar, en el aeropuerto de Tocumen de Panamá, me subí al avión, que era de una compañía mexicana. Tomé el periódico mexicano y leí que había habido un gran hallazgo en el Zócalo: “Se encuentra una escultura mexicana importante”. Y pensé: “Bueno, son las exageraciones de los periodistas”. No le di mucha importancia. Cuando llegué a México, era un sábado, llegué a mi casa y lo primero que me dijo mi esposa fue: “Oye, te han estado buscando del instituto, que te comuniquen, que vayas el lunes, que es muy importante”.

Llegué al INAH y, en las escaleras, me encontré a una secretaria que de inmediato me dijo: “Profesor, que bueno que vino, lo estábamos buscando”. “Pero estaba yo fuera del país, en un congreso”. “Pues entre, pase, lo está esperando el profesor García Cantú”.

Cuando entré a la oficina, García Cantú se levantó de inmediato; estaba presidiendo una reunión, pero se levantó y me dijo: “Eduardo, qué bueno que está usted aquí. ¿Ya estuvo usted en Guatemala?”. “No, profesor, estuve en Panamá”. “No, en la calle de Guatemala”. Y le respondí: “No. ¿Por qué? ¿Qué pasa?”. “Es que ha habido el hallazgo de una escultura importantísima. Por eso estamos reunidos. Pase, siéntese, porque ya van a darse los fondos para llevar a cabo todo el proyecto de excavación”.

DC: ¿En esa reunión estaban todos los arqueólogos que pertenecían al Consejo?

EMM: Estaban, sí, estaba el presidente del Consejo, que, como dije, era Lorenzo, el arqueólogo García Cook, que era el director de Rescate Arqueológico; personas del Departamento del Distrito Federal que iban a dar los fondos, el director de Monumentos Coloniales, que era el arquitecto Carlos Chanfón. Allí se acordó cuánto se iba a dar como financiamiento. Es interesante mencionar que un mes antes, en enero, cuando hablamos de mi renuncia al Consejo, don Gastón me había preguntado: “Eduardo, y ahora que deja usted el Consejo, ¿qué quiere hacer?”. “Mire, yo quiero escribir mi tesis de doctorado, y también ir a Tepeapulco, que es un lugar importante, para hacer un recorrido de superficie con un alumno mío”. “Yo le ofrezco algo mejor, pues hay la idea de que se trabaje el centro de la ciudad. ¿A usted le gustaría hacerse cargo de eso?”. “Sí, como no, siempre me ha interesado Tenochtitlan y más el centro de la ciudad, con mucho gusto”.

Ocurrió que un mes después se hizo el hallazgo de la Coyolxauhqui en pleno corazón de la Ciudad de México. Por eso don Gastón quería verme, porque él me había ofrecido que yo me haría cargo de los trabajos que se hicieran... y de repente se hizo ese hallazgo tan importante.

DC: ¿Qué observaste la primera vez que estuviste frente a la Coyolxauhqui?

EMM: Bueno, llegué a la calle a Guatemala, donde el equipo de Rescate Arqueológico del INAH estaba haciendo su trabajo sobre la Coyolxauhqui. Me asomé y vi aquella enorme escultura de más de tres metros de diámetro, con la figura de una mujer desnuda, con su cuerpo mutilado, las piernas y los brazos separados del tronco, decapitada. En fin, impresionante, tanto por el tamaño y la calidad como por la importancia y el contenido de la pieza. Como digo, Rescate Arqueológico

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

estaba al frente de eso, ellos continuaban sacando algunas ofrendas que iban apareciendo; sin embargo, yo empecé ya a planear todo lo que sería la excavación del Templo Mayor de Tenochtitlan. Aquí quiero señalar algo muy importante, porque va en relación con lo que significó el Templo Mayor para mí. Lo considero un aspecto quizá de los más importantes en mi vida: el Templo Mayor fue el lugar donde se iba a plasmar aquella necesidad académica que yo sentía y que me llevó a romper con el Consejo de Arqueología. Es decir, yo tuve todo el apoyo del director general del Instituto Nacional de Antropología y del Consejo de Arqueología para poder realizar un trabajo arqueológico en la forma que lo estaba planeando. Pude plasmar plenamente mis ideas de cómo debe ser un proyecto de investigación interdisciplinario en un medio urbano, como era el caso del Proyecto Templo Mayor.

El trabajo se hizo con un rigor enorme en la excavación del área y en cada ofrenda. Fue un caso único en la arqueología mesoamericana, ya que hubo ofrendas que, por el cuidado con el que se trabajaron, por su complejidad y demás, nos llevó hasta ocho meses de excavación. Yo había visto a los colegas de Rescate cómo excavaban algunas de las ofrendas alrededor de la Coyolxauhqui, y era desastroso. Se perdía la información, el dato. Había uno de ellos, un arqueólogo ya grande, cuyo nombre no quiero decir, que incluso decía que era la “escamocha”. O sea, era sacar y sacar, y así... una cosa espantosa. Nosotros tuvimos el cuidado de llevar un rigor excesivo. Ese rigor ha permitido, ahora, al paso de los años, que otros investigadores que hacen estudios sobre las ofrendas, sobre el Templo, cuenten con una gran precisión. Entonces, en pocas palabras, en lo académico, en lo arqueológico, pude plasmar durante cinco años de excavación, en el lugar, mis ideas sobre lo que era una excavación arqueológica. En eso me ayudaron mis colaboradores. Recuerdo con gran cariño a Paco Hinojosa, Juan Alberto Román, Isabel Gutiérrez, Pilar Luna, Eduardo Contreras, Diana Wagner, Salvador Guilliem, quien comenzó como fotógrafo y terminó de arqueólogo, Carlos González, Bertina Olmedo, Elsa Hernández y un jovencito de 16 años que era quien mejor me entregaba los informes semanales: Leonardo López Luján. Con el paso del tiempo se incorporaron nuevas generaciones de arqueólogos, como Adrián Velázquez, Diego Jiménez Badillo, Ximena Chávez, Álvaro Barrera..., resulta difícil mencionarlos a todos. De las restauradoras, las tuve y muy buenas en su quehacer: Bárbara Hasbach, María Luisa Franco, Vida Mercado, Yolanda Santaella, Alejandro Nishimura y desde luego, biólogos como Óscar Polaco y más tarde a Aurora Montúfar. Contábamos también con el apoyo de los laboratorios de Prehistoria y sus especialistas.

Las tres fases del Proyecto Templo Mayor

DC: ¿Cómo organizaste el proyecto?

EMM: Dividí el proyecto en tres fases: primero, la fase de recolección de la información que se conocía previamente al trabajo nuestro, proveniente de la arqueología y de las fuentes históricas. Por un lado, información de arqueólogos como Gamio, Batres y otros que habían trabajado en el área, y por otro, información de las fuentes escritas: Sahagún, Durán, Tezozómoc, que nos hablaban y nos describían el Templo Mayor. O sea, esas dos grandes áreas del conocimiento, la arqueología y la historia, eran elementos que nos permitirían conocer profundamente los antecedentes y las características del Templo Mayor. Nosotros estábamos en posibilidad de comprobar, arqueológicamente, aquello.

Hubo algunos arqueólogos que criticaban y decían: “Pero ¿para qué ese gasto, para qué excavar el templo si ya las fuentes dicen lo que había allí?”. No entendían que las fuentes pueden ser muy relativas. Que la percepción de un individuo puede apegarse a lo que observa y describirlo, como en este caso del Templo Mayor; pero puede tergiversar lo que está viendo o puede interpretarlo desde su perspectiva personal. Hay que confirmarlo arqueológicamente. Y eso fue lo que hicimos. Entonces, en esa primera fase recopilamos toda la información histórica existente sobre el Templo Mayor y sobre esa información asentamos nuestros planteamientos, nuestras ideas. La segunda fase fue la excavación: cinco años constantes de trabajo en el corazón de la Ciudad de México, con toda la experiencia académica y social que eso implica. Y finalmente la tercera fase, la interpretación. Es decir, analizar los materiales obtenidos para dar a conocer los resultados, cosa que en otros proyectos importantes en la arqueología mexicana no se había concretado; en consecuencia, se tenía poca información de los resultados. Nosotros queríamos cambiar esa práctica, que considerábamos poco profesional, y dar a conocer ampliamente lo encontrado y culminar el proyecto con la participación interdisciplinaria de etnohistoriadores, especialistas en materia colonial, arqueólogos, químicos y biólogos, entre otros. Entonces, en lo académico, el proyecto fue importantísimo.



Ayudando a aplicar un tratamiento de conservación a la escultura de Coyolxauhqui en el Templo Mayor, 1978.

Foto: INAH.

El tercer rompimiento: la familia

DC: Era, según entiendo, un momento de satisfacción plena en lo académico, pero ¿qué importancia tuvo el Proyecto Templo Mayor para la otra parte de tu dualidad, para tu mundo interno y espiritual?

EMM: En mi ser interno también lo fue, porque a medida que yo avanzaba

en la excavación me iba sintiendo seguro de ir llenando esa necesidad académica, sintiendo esa seguridad para empezar a revisar lo que mi vida había sido hasta ese momento. Entonces, ocurrió algo muy interesante. A medida que avanzaba la excavación, a medida que iba encontrando los restos del Templo Mayor, me iba encontrando a mí mismo. Es decir, me veía, me analizaba. El Templo Mayor me estaba proporcionando esa seguridad, me permitía también hacer ese análisis profundo de mi vida. Eso dio pie a mi tercer rompimiento: el rompimiento con la familia.

Ese rompimiento se manifestó de la siguiente manera. Me había casado en 1968 con María Eugenia del Valle Prieto, una mujer muy inteligente, toda una dama, pero el matrimonio había coincidido (y esto surgió de mi análisis) con ese momento burocrático mío. Es decir, con mi ascenso dentro de la administración arqueológica. Ella llenó ese momento y lo llenó muy bien. Tuve dos hijos, Daniela y Eduardo. Con ella conviví 13 años. Pero llegó un momento en el que, así como yo sentía un vacío en mi vida académica, también sentía un vacío interior.

DC: ¿Era arqueóloga?

EMM: Es antropóloga. Entonces, mi análisis me llevó a ver con toda claridad que ella correspondía a ese momento de mi ascenso administrativo. Y su presencia fue muy importante, pero yo no la dejé entrar nunca a aquel mundo interior mío, al mundo de los 15, 16 años, de mi sensibilidad, de mi vibración ante un atardecer. Ella correspondió, más bien, a un mundo más material que se reflejaba en el sentido de la “buena vida”. Vivíamos en una casa maravillosa, enorme. Mi biblioteca tenía 25 metros de largo; había una fuente colonial frente a mi cuarto, una vista maravillosa. Sin embargo, yo dejé todo eso. Tuve que enfrentarlo, tener el valor de dejar todo ese aspecto material. De dejar a toda una dama y también de dejar a mis dos hijos porque lógicamente ellos iban a permanecer con su madre, aunque yo los seguiría viendo. Pero sabemos lo que eso significa. Ese rompimiento, que yo llamo el rompimiento familiar, con algo que estaba establecido, fue un paso determinante y se convirtió en un tercer rompimiento, que iba a dar paso también a elementos de creación.

DC: Eduardo, al oír tu narración sobre los tres rompimientos en tu vida, noté algunas coincidencias que tal vez señalen un patrón. Por ejemplo, al mismo tiempo en que en el ámbito de tu vida profesional se hace el descubrimiento de

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

Coyolxauhqui, una mujer que ha sido sacrificada y mutilada, renuncias en tu vida personal a tu mujer. Otra coincidencia es que durante la época en la que estás excavando lo que está bajo el Templo Mayor, estás asimismo excavándote a ti mismo en la búsqueda de tu centro interno. Esto me recuerda un tema en el trabajo de Eliade, cuando postula que el hombre siempre tiene una sed o un hambre de encontrar su centro. En tu vida, hay épocas en las que estás descentrado, pero siempre de una manera u otra buscas y vuelves a reencontrar tu centro... Podríamos ver tu vida como la peregrinación a tu centro interno.

EMM: Bueno, has usado un término que me gusta mucho, el de “peregrinación hacia un centro”. En efecto, creo que la vida de un individuo es un poco eso; es decir, una peregrinación hacia algo. En el caso mío, a lo largo de mi vida había estado más cerca de mi centro, o me había alejado de él. Entonces, el Templo Mayor me da la oportunidad de regresar a mi centro interior, pero también estoy en ese momento excavando el centro del universo de una sociedad como la mexicana. Es decir, para ellos, su concepción del Templo Mayor en última instancia era eso, era el centro de centros, era el lugar por donde se ascendía a los niveles celestes y por donde se podía bajar al inframundo, y de él partían los cuatro rumbos cósmicos, los cuatro rumbos del universo. En él presidía Xiuhtecuhtli Huehue-téotl, el dios viejo que reside en el centro del universo. Entonces yo estaba teniendo la oportunidad de excavar el centro del universo de una sociedad como la mexicana. Y a la vez que iba yo encontrando eso, estaba encontrando mi propio centro.

¿En que consistió ese encuentro de mi propio centro? Consistió en que, como te decía, a medida que iba avanzando en la excavación, también iba avanzando en mi conocimiento interior. Reflexionaba e iba recordando lo que había sido mi vida, y es cuando llego a darme cuenta de que, en lo que respecta a mi vida familiar, estaba alejado del centro de lo que yo quería interiormente. ¿Qué ocurre? Y volvemos otra vez a las mujeres. Aquella mujer descuartizada, aquella mujer que era mi esposa y una nueva mujer que se presenta. Esta nueva mujer llega un día al Templo Mayor y trabaja con la mujer descuartizada. Es decir, están las dos juntas, porque esta mujer es restauradora, es conservadora, y tiene a su cargo dar el tratamiento de conservación a la enorme escultura de la diosa mutilada. Y un día, en el que están esas dos mujeres allí, salgo, voy a hacer la inspección de la excavación y, de repente, veo un relámpago azul. Así lo definí en aquel mo-

mento. Ella volteó a verme, y la mirada, los ojos de ella, entre verdes y azules, me deslumbraron. Es decir, yo sentí un relámpago azul que me deslumbraba. Desde aquel momento el asunto se definió porque tanto ella como yo pensamos en ese momento “esta persona tiene que ser mía, tenemos que estar unidos”. Y entonces yo iba a platicar con ella junto a la diosa mutilada. Esto fue muy importante, porque encontré a mi otra dualidad; es decir, a esa mujer que tenía mi misma sensibilidad, mi mismo aprecio por Rilke, una visión de la vida muy similar a la mía. La afinidad, entonces, se sintió de inmediato. Y empezamos a unir nuestras vidas bajo el principio rilkeano de ser dos soledades que se aman, que se reverencian y que forman una unidad sin dejar de ser dos.

A partir de ese momento mi vida se enriqueció de una manera muy significativa. Empezaba a encontrar en el centro de centros mi propio centro. A eso se unía la necesidad de regresar a mi poesía, de regresar a hacer escultura. En fin, que se empezó a avivar toda una serie de cosas que yo pensaba que ya estaban muertas. Entonces sentí la necesidad nuevamente de crear y empecé a hacerlo, y fue junto con ella. Montamos un *atelier*, un lugar nuestro, donde íbamos todas las tardes. Estábamos allí oyendo caer la lluvia, tomando un buen vino... y nuestro compañero era un ratón, que de repente salía corriendo y se metía en su agujero. Era el único que participaba de ese mundo que se estaba llenando con esa presencia. Esto fue determinante y también fue uno de los puntos que me llevó y que me ayudó en el rompimiento. Los años de excavación que pasamos juntos fueron realmente de unas vivencias impresionantes. Cada nuevo hallazgo, cada momento que vivíamos juntos dentro del trabajo, aquellas tardes en nuestro lugar, con música clásica que nos acompañaba siempre... en fin, que sentíamos plenamente lo que, ahora sí, por fin, entendía qué era el amor. Yo creo que muchos hablan del amor, pero pocos lo han sentido. En este caso, yo pude vivirlo y sentirlo con plenitud.

Y empezaron nuestros viajes juntos al extranjero. Fuimos a Madrid, a París, siempre acompañando las piezas del Templo Mayor. Fue en París donde, por cierto, escribí unos pensamientos que intitué *Erectario*; son unos 15 pequeños poemas sobre una pareja que se encuentra, vive plenamente su sexualidad, hasta quedar unidos, y se integran en la tierra y en el tiempo.

Fuimos juntos a ver los lugares que Rilke había recorrido. Estuvimos juntos en Ronda, una población española en la que Rilke vivió y escribió. Estuvimos, y eso lo descubrí allí, en el cuarto de Rilke, el cuarto que Rilke había ocupado en el hotel Reina Victoria. Estuvimos en Suiza y llegamos al pequeño pueblo de Raron

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

en los Alpes, donde él está enterrado. Llegamos en tren a ese lugar y sucedió algo muy curioso. Nosotros veníamos de Basilea a Raron, y cuando ya estábamos cerca del lugar en el que teníamos que bajar para tomar otro pequeño tren hacia Raron, de repente, desde lo alto de la montaña vimos una pequeña iglesia abajo, y al mismo tiempo dijimos: “ésta es la iglesia donde está Rilke”. La identificamos de tanto que la llevábamos dentro. Llegamos, finalmente, y tomamos el pequeño tren que nos bajó a aquel pueblo, y resultó que no era un pueblo turístico, sino un pequeño pueblo en el que no había taxis, no había nada. Llegamos, yo, un hombre moreno con una enorme barba, y ella con una capa negra (por sus características siempre la he llamado “la Bruja”). Caminábamos por las calles una bruja y un fauno... y los niños de las escuelas se nos quedaban viendo como seres raros. Subimos a la iglesia donde estaba enterrado Rilke. Fue un momento muy emotivo. Amarré una de mis barbas y ella uno de sus cabellos en los rosales que crecían junto a la tumba. Aquí hay algo que destacar: Rilke muere porque se pica con una espina de un rosal y esto le acelera una enfermedad que ya tenía. Y de repente ahí, en su tumba, están las rosas. Fue un momento grandioso entre los Alpes, en aquel pueblito, y junto a Rilke.

DC: Una vez, cuando estaba en el Templo Mayor, me diste permiso de visitar toda el área. Llegué así a un lugar muy protegido y con una puerta resguardada con lana, o algo así. Atrás había un señor cuidando una pieza muy impresionante de piedra blanca, con diseño algo extraño, como de un metro y medio de alto. Me dijiste después que ésta era una de tus esculturas.

EMM: Sí, en efecto, dentro del espacio de excavación logré tener un pequeño lugar en el cual tallaba esa escultura, y me ayudaba un viejo trabajador, Marcos. Cuando tú pudiste ver eso era un pequeño cuarto de tablas, y la escultura era una enorme vagina. Era una vagina con una base también de piedra, y yo llamé a esa escultura, un poco en broma un poco en serio, “París, o de donde venimos y a donde vamos”, por aquello de que siempre decían que los niños vienen de París. Esa escultura llegó a ser exhibida por Bellas Artes en el concurso de la Trienal de Escultura que se realizó por aquellos años. Creo que fue en 1981. Esa pieza ha sido mencionada en catálogos de escultura y actualmente puede verse. Está en la galería de mi hermano, colocada en la fachada principal. Como decía, también

hice algunas otras en bronce, inclusive algunas en piedra, en yeso. Fue, por lo tanto, un momento de creación poética y de creación escultórica.

DC: ¿Qué impacto tiene esa escultura en forma de vagina en las personas que visitan la galería de tu hermano?

EMM: Cuando estuvo exhibida en la Trienal se acercó una señora con su hija, una niña de quizá unos 12 o 13 años. Se pararon enfrente, la empezaron a observar, y me acerqué un poco para ver si comentaban algo. De repente, dijo la niña: “Mamá, ¿y esto qué es?”. Y la mamá se quedó viendo la escultura; la observó mejor, y entonces respondió: “Mira, tiene forma de una virgen; es una virgen, pero con una especie de resplandor”.

DC: Recuerdo bien que durante mis visitas aquí había una energía, un interés que se sentía en el aire; en las personas que estaban involucradas con la excavación, en la prensa, en los conductores de taxis. Había una especie de electricidad. Es claro que tuvo un impacto grandísimo sobre la cultura mexicana, porque la Coyolxauhqui apareció representada en las portadas de los directorios de teléfonos, en los billetes, frente al Templo Mayor. Y su importancia es obvia no sólo al nivel de imágenes, sino en la actitud de los mexicanos. Recuerdo bien que el Templo Mayor ha atraído muchos visitantes de otros estados, de otros países. En cierto nivel fue en realidad el descubrimiento del centro del mundo, y de alguna forma un centro nuevo, porque allí estaba Matos excavando, descubriendo una cultura muy antigua, que tenía cierta imagen en el pasado, y ahora tenía una nueva. Tomando en cuenta todo eso, tengo una pregunta a dos niveles. La primera parte de mi pregunta concierne a las imágenes que han tenido más impacto sobre la República mexicana; la segunda, que quiero que contestes reflejando tu dualidad, es la siguiente: ¿cuáles fueron los descubrimientos más importantes para ti en cuanto a su impacto sobre nuestro conocimiento de los mexicanos, su historia, y en lo que han cambiado ese conocimiento?

EMM: Podríamos decir que durante el lapso de excavación de 1978 a 1982, el Templo Mayor fue el centro de muchas cosas. Era el lugar obligado de visita para los invitados importantes. En ese aspecto, estuvieron por aquí los reyes de España, Margaret Thatcher, el presidente Jimmy Carter, en fin, sería imposible enume-

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

rar a todas las personas de importancia que estuvieron por aquí y a los que yo atendía. Estuvieron todos los presidentes, primeros ministros y reyes que visitaron México. Vinieron Gabriel García Márquez, Octavio Paz y Toni Morrison, tres Premios Nobel de Literatura. También artistas como María Félix, Jane Fonda, en fin, una cantidad enorme de personas que querían ver lo que estaba ocurriendo aquí. Pero quizá lo más importante es que la misma población de la Ciudad de México y de fuera de la ciudad tenía interés en saber qué estaba ocurriendo aquí. Eso nos obligó a abrir los sábados el Templo Mayor, para que la gente entrara y observara algo de lo que se estaba haciendo (en un área muy restringida, obviamente). Yo siempre he dicho que la excavación arqueológica es como el quirófano de un cirujano, en el que no pueden estar los familiares. Está el cirujano, en este caso los arqueólogos, y están abriendo aquel cuerpo. Están abriendo la tierra y penetrando con sumo cuidado, y no puede haber interferencia con ese trabajo. En esa forma, abrimos una parte para que se visitara los sábados de 10 a 12 de la mañana. Y era impresionante la cantidad de gente que llegaba. Era una cola ininterrumpida. Había gente que venía por ejemplo de Monterrey o de Puebla, específicamente a tratar de ver algo de lo que estaba saliendo.

Durante aquellas visitas ocurrió algo insólito. Un sábado vimos que un joven se inclinaba hacia la Coyolxauhqui y colocaba algo. Inmediatamente ordené que se viera qué era, por el riesgo de que hubiera algo de destrucción. Ese joven había puesto una rosa sobre la diosa. Algo similar ocurrió en otra ocasión, y lo quiero relatar porque es muy emotivo. Estábamos haciendo la exhibición en el Palacio de Bellas Artes, una gran exposición del Templo Mayor, a la que por cierto fueron miles y miles de personas. Yo había recomendado a la directora del museo de Bellas Artes, Miriam Kaiser, que tuviera mucho cuidado con dos pequeñas esculturas de Xiuhtecuhtli, del dios del fuego, porque esas esculturas estaban colocadas sobre sus pedestales, pero sin protección, sin el capelo de vidrio que protegía a las otras piezas. Entonces le pedí que pusiera una vigilancia especial para que no las fueran a tocar o a tirar. Y un día me habla, llorando, a mi oficina del Templo Mayor y me dice: “Eduardo, te hablo porque acaba de ocurrir algo realmente impresionante...”. Inmediatamente pensé “ya se rompió alguna pieza...”, pero agregó: “Un policía acaba de traerme a mi oficina un ramo de flores. Resulta que él estaba allí vigilando cuando llegó una mujer envuelta en su rebozo. Cuando llegó frente a una de las esculturas de Xiuhtecuhtli, se persignó y se hincó. Cuando el policía vio esa extraña actitud, se acercó, y oyó cuando la mujer

le decía a la deidad: ‘pobrecito, cómo has sufrido, pero ya estás aquí’. Se volvió a persignar, sacó las flores de su rebozo y las colocó al pie de la escultura”.

Yo lo entendí perfectamente. Es decir, era (y yo lo había visto manifestado en la rosa del joven, en el ramo de flores de esta mujer y en muchas otras cosas) el interés y algo que yo no podría definir que la gente tiene hacia el pasado prehispánico. Eso me impactó mucho. En resumen, el Templo Mayor se convirtió en el centro no sólo del antiguo imperio mexica, sino también en cierta forma en el centro de visitas..., no sólo de personas importantes sino de la gente del pueblo.

En aquel momento mi imagen fue también muy conocida, porque la televisión venía todos los días. Era la noticia que todos los días se daba en el noticiero del Canal 2. Eso, claro, hizo mi imagen muy conocida, y por ejemplo, cuando asistía a algún lugar, un restaurante o una tienda, inmediatamente me reconocían y me empezaban a preguntar sobre la excavación. Me preguntaban qué había salido, si había una nueva ofrenda, etc. Eso también me ha servido de mucho, porque los médicos no me cobran, los dentistas tampoco; cuando me identifican, inmediatamente quieren platicar algo de arqueología. En una ocasión me ocurrió algo curioso: venía yo al Templo Mayor muy temprano, a las siete de la mañana, en mi automóvil, y éste se descompuso en la Calzada de la Viga. Me bajé y tomé un taxi, y cuando me subí le dije al chofer: “Lléveme al Zócalo”. Veníamos entrando por la avenida 20 de Noviembre, que desemboca en el Zócalo, y me preguntó el chofer: “¿Hacia qué lado va?”. “Allá, donde está aquella lona amarilla”. Te acordarás que nosotros cubríamos toda la excavación con grandes lonas amarillas. Y me dice el chofer: “Ah, en donde está Matos”. Y le respondí: “Sí, nada más que Matos no está ahí ahora”. “¿Por qué?”. “Porque estoy aquí, soy yo”. El hombre no me quería cobrar. Claro, yo le dije: “Bueno, por favor cóbrame, es tu trabajo”. “No, no, yo no le puedo cobrar a usted”. “Bueno, entonces vamos a hacer una cosa: invita a tu familia, tráela el sábado y yo mismo los voy a llevar para que vean lo que está saliendo”.

DC: Quiero saber cuál es tu opinión de la razón por la que estas personas reaccionan de esa manera frente a ti. Por ejemplo, yo creo que no es solamente el hecho de que eres muy conocido, sino que esas personas piensan que tú estás haciendo algo importantísimo para todos, para el pueblo mexicano. ¿No es así?

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

EMM: Creo que sí hay algo de eso, porque en otras ocasiones también pude constatar lo que tú estás diciendo. Por ejemplo, en esas visitas que hacía la gente los sábados, yo les preguntaba: “Bueno, ¿qué les pareció lo que acababan de observar, la Coyolxauhqui, las cabezas de serpiente?”. Y me contestaban: “Es que esto es nuestro, usted está rescatando lo que es nuestro”. Hubo una ocasión, inclusive, en la que uno de ellos me dijo: “Profesor, es que esto es nuestra raíz; usted debe continuar excavando. Tire la Catedral y excave debajo de ella, porque ahí debe de haber algo muy importante”. Le respondí: “Oiga, pero es que eso es nuestra parte española, y además es un monumento que hay que respetar, es un monumento colonial”. “No, no, profesor, lo nuestro es esto”.

En el mexicano está muy apegado el aspecto indígena y cierta negación hacia lo español. Cuando el mexicano habla de la Conquista dice: “Nos vinieron a conquistar...” y, bueno, quién vino, tu otra parte ¿no? O sea, parte de la dualidad. Esto es un arraigo muy fuerte y yo creo que sí sentían que estábamos excavando el corazón de una sociedad, el centro de su cosmovisión. Y además, una cosa muy importante: estábamos desacralizando un poco la arqueología. Siempre el arqueólogo había sido visto como un sabio que excavaba, nadie sabía cómo excavaba hasta que su resultado se veía en el museo o en una publicación. Y aquí no. Aquí las personas se iban enterando diariamente del cuidado que se tenía que tener en una excavación, de cómo era un trabajo científico y del cariño que se tenía por esos objetos. Yo creo que esto también tuvo mucha importancia para la gente.

DC: Uno de tus trabajadores me dijo que cuando el presidente Carter visitó el Templo Mayor hubo un intercambio entre ambos sobre la profundidad de la excavación, ¿puedes platicarnos acerca de eso?

EMM: Sí, en efecto, el presidente Carter y su esposa visitaron México; vinieron a ver las excavaciones del Templo Mayor. Llegó ese día, en el que vino el presidente de México, López Portillo, acompañando al presidente norteamericano. Eran aquellos días en que se vivía el *boom* petrolero, en que se dijeron muchas cosas sobre la riqueza petrolera de México, en fin, una imagen un poco idílica de lo que era nuestro país. Estábamos recorriendo la excavación y llegamos a un lugar en el que habíamos profundizado mucho en nuestras calas exploratorias, y le dije al presidente López Portillo: “Mire, señor, aquí ya no quiero seguir excavando”. “¿Por qué, profesor?”. “Porque si sigo excavando a lo mejor aparece petró-

leo”. Entonces soltó una gran carcajada y se lo tradujeron al presidente Carter, al cual en realidad no le hizo mucha gracia el asunto.

DC: Por ejemplo, hablando de los españoles, ayúdanos a imaginar ¿cuál fue el impacto sobre los reyes de España al venir a visitar el templo de los mexicas?

EMM: Bueno, piensa en la dificultad para mí de tener que explicarle al rey de España que esto había sido destruido por sus antecesores. Era un poco difícil, pero hicimos el recorrido. La visita se hizo en la noche, por cierto. Se iluminó toda la zona, se veía impresionante. Creo que realmente sintieron profundamente lo que esto significaba. Especialmente la reina. La reina Sofía, tengo entendido, tiene mucho interés en la historia, en la arqueología; creo que llevó cursos de arqueología. Su interés fue tal que años más tarde, en 1987, vino a México en un viaje muy rápido de 48 horas. Vino a inaugurar algo de la Cruz Roja, y como el tiempo era muy corto, se le pidió que expresara qué era lo que ella quería visitar en ese tiempo, además de asistir a la inauguración. Lo único que pidió fue venir a conocer el Museo del Templo Mayor porque ella había conocido las excavaciones con el rey, pero ahora quería conocer el museo y las piezas. Hicimos el recorrido, y realmente mostró un interés impresionante, y lo que es más interesante, no solamente fue una visita de tipo diplomático o de protocolo, sino que realmente conocía sobre el templo, y me preguntaba cosas, de donde se veía que había leído algo sobre el templo. Después de su visita, recuerdo que hubo una comida en la embajada de España a la que fueron el presidente de la República y su esposa, el secretario de Relaciones Exteriores, el secretario de Salud, el presidente de la Cruz Roja, “la Bruja” y yo. La reina nos dijo que si íbamos a España le avisáramos por medio de la embajada; no sé, quizá para atendernos allá o algo así.

Quiero contar algo más sobre los reyes de España. En una ocasión visitaron el sitio arqueológico de Cacaxtla, y los acompañamos mi esposa Gabriela y yo. Después del recorrido, se subieron al autobús que los llevaría de regreso a la Ciudad de México. La reina Sofía se percató de que no se había despedido de nosotros. Detuvo el transporte y se bajó para despedirse. Así es esa gran señora.

En resumen, creo que el Templo Mayor tuvo en aquel entonces una gran repercusión, no sólo en ese aspecto, sino también para la gente que pudo penetrar, al mismo tiempo que el arqueólogo, en el descubrimiento del principal templo mexica. Ahora vamos al otro aspecto, el aspecto académico. Lo podría resumir diciendo que los especialistas en los mexicas vieron con gran interés estas

investigaciones. A grado tal (lo dicen ellos, no lo digo yo, está escrito lo que varios de ellos han opinado) que a partir de esos descubrimientos se volvió a hacer una revisión de los estudios sobre los mexicas y hubo un renovado interés en profundizar nuevamente, a la luz de las nuevas investigaciones, de los nuevos datos, sobre lo que se conocía de los mexicas. Esto ha dado por resultado la publicación de más de 350 fichas bibliográficas por diferentes especialistas sobre el Templo Mayor o sobre los resultados del Templo Mayor. Allí puedes ver estudios de Jacques Soustelle, Alfredo López Austin, Miguel León-Portilla, Henry Nicholson, David Carrasco, Tony Aveni, Johanna Broda, Doris Heyden, Michel Graulich, Leonardo López Luján, Felipe Solís, en fin, todos los grandes especialistas de lo mexica. Creo que el Templo Mayor les dio pauta a que pudieran revisar, contribuir con sus investigaciones a esto. Y tuvo una repercusión mundial.

Pero, claro, junto con todo eso había la envidia. Es decir, colegas, sobre todo locales, que querían demeritar lo que se estaba haciendo, que hacían críticas infundadas. Hubo quienes criticaban y no habían siquiera venido a ver las excavaciones. Como yo decía, “bueno, si quieren criticar que vengan, que visiten, y después que emitan una opinión, positiva o negativa”. Pero ni siquiera venían y nada más andaban hablando. Eso me recuerda un relato de Cervantes en *El Quijote*. Va Don Quijote caminando con Sancho Panza y se acercan a un pueblo, en el que salen perros ladrando terriblemente. Sancho le dice al Quijote: “Don Quijote, que nos atacan, nos ladran los perros”, y Don Quijote dice: “Sí Sancho, andamos, por eso ladran”. Es decir, a la gente que no anda en la vida, que no camina para adelante, que no aporta, que no hace nada, nadie le va a decir nada, no va a ser criticada. En cambio, cuando tratas de hacer algo, y ese algo tiene una repercusión específica...

DC: Eduardo, quisiera saber si puedes identificar algunos momentos interesantes, especiales dentro de la excavación, durante los cuales se hayan descubierto cosas importantes por su impacto sobre la visión del mundo mexica y el significado del Templo Mayor. Yo sé que se han descubierto muchísimas cosas, entre 7 000 y 8 000 objetos, pero quizá hay algunas que han impactado más la percepción de lo que era el mundo mexica.

EMM: Fueron muchos los hallazgos que se realizaron en la etapa de excavación. En la arqueología la importancia de un hallazgo está en relación con el

contexto y la información que te va a proporcionar. Así, puede ser que en un momento el hallazgo de una pequeña punta, por ejemplo, sea tan importante por el contexto en que se encuentra, que el de un edificio entero. Es decir, todo es relativo y va, como digo, muy relacionado con esa información. Aquí, en el caso del Templo Mayor, algo muy importante fueron las ofrendas. Es decir, la gran cantidad de ofrendas, su ubicación, la asociación interna entre ellas, la distribución de los objetos. Pienso que, en general, esto es uno de los elementos muy importantes que contenía el Templo Mayor. ¿Por qué razón? Porque estas ofrendas tenían, como he dicho, un lenguaje; es decir, no eran objetos colocados al azar dentro de una cista sino que había toda una ubicación de ellos dentro de su caja de ofrenda, dentro de su cista, perfectamente premeditada. Es decir, había un objeto colocado en un lugar porque tenía que ir en ese lugar, de acuerdo con el simbolismo, con todo un micromundo que esa ofrenda es.

El estudio de las ofrendas era fundamental para el Templo Mayor. No quise iniciar este estudio ya en forma global hasta tener muy claramente establecido la persona adecuada para hacer una investigación de este tipo. Yo veía que esa persona tenían que reunirse varios aspectos. Tenía que ser una persona que conociera, que hubiera estado en el Templo Mayor, que hubiera observado y participado en el trabajo de ofrendas para tener una idea de lo que eran esos contextos. Tenía que ser una persona que manejara las técnicas modernas de computación porque iba a ser indispensable utilizar esos medios técnicos para poder relacionar el cúmulo de información y tratar de descifrar ese lenguaje que había en las ofrendas. Después, tenía que ser una persona que tuviera un conocimiento del mundo mexica bastante grande, bastante profundo. Había una sola persona que reunía esas tres condiciones: Leonardo López Luján. Había trabajado con nosotros, conocía el mundo mexica y podía aplicar toda esa tecnología para el estudio mismo. Entonces, lo elegimos a él para que hiciera el análisis de las ofrendas. Y creo que ha hecho un trabajo realmente excelente.

Actualmente están publicándose los estudios de biólogos, antropólogos físicos, de arqueólogos y de otros especialistas. Es decir, esas ofrendas daban pie a esa colaboración interdisciplinaria. Pienso que los frutos que se están dando son bastante importantes para conocer el mundo mexica. Otro hallazgo fue también el de las características arquitectónicas y cronológicas del Templo Mayor. Hasta ese momento, antes de empezar nuestra excavación, no sabíamos cuáles eran las diferentes superposiciones del edificio. Solamente en las fuentes escritas teníamos

cierta información sobre esto, pero arqueológicamente, no. Tuvimos una suerte muy grande de poder encontrar en las etapas más antiguas lo que hemos llamado la etapa II, el templo casi íntegro. Es decir, encontramos inclusive los restos de los adoratorios de la parte superior, con todos sus elementos, las pinturas murales, algunos restos de escultura asociada, como era el chac mool del lado de Tláloc, la piedra de sacrificios del lado de Huitzilopochtli. En fin, toda una información muy rica que nos decía cómo era el templo en su parte superior. Y luego, en etapas más recientes pudimos también encontrar la parte inferior del templo. Es decir, la gran plataforma y también sus características: las grandes cabezas de serpiente, el altar de las ranas, la Coyolxauhqui, las habitaciones de los dos extremos de la plataforma que sostiene al templo. En fin, que fueron hallazgos realmente interesantes en relación con la arquitectura y la escultura del Templo Mayor.

Por otro lado, hubo hallazgos como el del recinto de los Guerreros Águila que nos daba una información muy rica de lo que era un recinto de este tipo, con las grandes esculturas de los guerreros y los esqueletos. También, claro, podríamos decir que en general todo el contexto encontrado fue de una riqueza absoluta. Ahora, dentro de esos hallazgos, claro, podemos hablar desde otras perspectivas. Por ejemplo, la perspectiva estética. Si me preguntas ¿estéticamente qué objetos consideras que se dieron aquí? Te podría decir que una pieza excepcional desde esa perspectiva es la Coyolxauhqui. Es una de las grandes esculturas mexicas. Hay una gran trilogía de las grandes esculturas, que serían la Coatlicue, la Coyolxauhqui y la Piedra del Sol. Esta última es un gran resumen de todo el pensamiento y la cosmovisión, al igual que la Coatlicue, del mundo mexica. También hay otras piezas como el caracol. El caracol, escultóricamente, es una maravilla. O sea, creo que es una realización impresionante. Y así podríamos señalar otras. Ahora, si me preguntaras, por ejemplo, ¿qué emoción sentiste cuando se estaba excavando? Bueno, en ese aspecto, claro, el arqueólogo tiene que ser un poco frío en el momento que está excavando, irlo haciendo con mucho cuidado, lo cual no quita que sientas una emoción interna de ver o encontrar algo.

Recuerdo, por ejemplo, el impacto que recibí cuando vimos la Ofrenda 41. Era una caja de piedra con su tapa que tenía una cara de Tláloc, y esa tapa estaba rota. Entonces estuvimos limpiándola por afuera, tomando las fotografías, todos los datos de la pieza, e íbamos a quitar la mitad de la tapa, porque estaba rota. Estábamos rodeados de periodistas, pues los habíamos invitado para que vieran esto. Cuando quitamos esta tapa, veo agua. Había agua en el interior y un rostro que

me veía a través del agua. Es decir, una cara que me estaba observando. La sensación fue tremenda, los periodistas también decían “agua, agua, hay una cara”. Y resulta que esa cara era una gran máscara Mezcala, y el agua era agua que se había filtrado durante la temporada de lluvia. Claro, no faltó el periodista que dio la información así: “¡Matos encuentra agua de hace 500 años!”. Pues no, no era de hace 500 años, era de apenas la última temporada de lluvias. En fin, podría decirte que cotidianamente la emoción se conjugaba con el interés de ir conociendo cada vez más el mundo mexicana.



Eduardo Matos Moctezuma junto a la Coyolxauhqui, en el Museo del Templo Mayor.

Foto: Melitón Tapia Dávila.

El cuarto rompimiento: lo superfluo

DC: Mencionamos tanto una dualidad como un ritmo de rompimiento y liberación, en el que se advierte que cada gran rompimiento en tu vida trae consigo un momento de liberación. Creo que es un patrón muy importante en tu conciencia. Ya hemos discutido el tercer rompimiento y ha llegado el momento de oír lo que se refiere al cuarto.

EMM: Yo diría que he vivido dialécticamente, con cambios cuantitativos y cualitativos interiores, y cada cambio cualitativo da paso precisamente a eso, al rompimiento y a algo nuevo en mi vida. En efecto, habíamos ya hablado de mi primer rompimiento, con la religión; del segundo rompimiento, con el poder dentro de mi disciplina; del tercer rompimiento, con la familia, muy doloroso pero necesario, para poder encontrar mi propio centro. Después, la manera en que aparece el Templo Mayor, como centro que me estabiliza y me da una seguridad absoluta en todo, y cómo me vuelvo a reencontrar a mí mismo a medida que voy encontrando al templo. Y entonces llegamos al cuarto rompimiento. En realidad, este rompimiento está en proceso, aunque espero poder lograrlo precisamente por ese espíritu de voluntad: pienso que en la vida hay cosas superfluas, en que la gente se muere por determinadas cosas externas, no internas. Y yo pienso al revés, creo que lo que vale en la vida son las cosas internas, que te proyectan, y ves el mundo externo de una manera diferente. Mientras el hombre no pierda la capacidad de apreciar una tarde o una pequeña hoja cayendo en una tarde de otoño, pues todavía es hombre. Cuando el hombre pierde esto y lo que le preocupa es si va a tener un mejor carro, o si va a estar bien vestido, si quiere que la gente lo vea porque es el *businessman*, ¿me entiendes?, entonces el hombre pierde todo lo que es ser un hombre. A esto va referido el cuarto rompimiento. Es decir, cada vez lograr separarme más de esos aspectos, que son muy atractivos, pero separarme más de ellos. En esto es bueno aclarar algo: si puedo tener un buen carro o una casa magnífica, la tengo y la gozo, pero no me es indispensable. Es muy diferente, por ejemplo, que tu vida esté dedicada por entero a tratar de tener todo eso a vivir tu vida normalmente, y si acaso se te dan esas cosas, aceptarlas y vivirlas, pero no es la finalidad de tu vida... Una buena señal de ese desprendimiento fue el momen-

to en el que dejé aquella casa enorme y maravillosa y me fui a vivir a un pequeño departamento.

La fama es algo que yo no busqué, o sea, la fama me llegó de afuera; la acepté, la gocé, la viví, pero es algo que no me preocupa. La fama es una dama veleidosa que, cuando la buscas, te evita, y que cuando no le haces caso, puede presentarse... Yo creo que muchos compañeros piensan que a mí me encanta salir en televisión, por el hecho de que me ven ahí. Y no, a mí me encanta salir en televisión porque puedo dar un mensaje de lo que es la arqueología o de lo que es el mundo mexicana a un número enorme de personas que quiere conocer de eso. O sea, hay una gran diferencia en esto. Yo pienso que el cuarto rompimiento consiste en alejarse cada vez más de las cosas superfluas de la vida. Ahora, para eso no se necesita ser un fraile, no se necesita meterte en un convento. No puedes evitar estar en medio de un mundo. Pero sí lograr una paz interior tal que ya no te preocupe ni tener poder ni que tu carro sea último modelo. Si consolido este rompimiento va a ser un paso fundamental porque habré roto con los aspectos superficiales de la vida y estaré, claro, entrando en los aspectos de mayor profundidad, de mayor pensamiento, llegando a arcanos importantes.

DC: He tenido la oportunidad de visitar tu casa, por ejemplo, y mi impresión durante todos estos años que nos hemos conocido ha sido que vivías en un departamento y no en una casa grande. ¿Tienes algún comentario sobre tu mundo doméstico, como una reflexión de los pensamientos que me acabas de platicar?

EMM: Ese departamento en el que vivimos es parte de mi mundo interior. Entonces, refleja lo que hay adentro de ese mundo. Podrás ver ahí desde cuadros en relación con la muerte, que es un tema que siempre me ha apasionado, y que por cierto está relacionado con el quinto rompimiento; tú puedes ver ahí el tiempo; hay muchos relojes, relojes que suenan, relojes que son el tiempo. Acuérdate de que el arqueólogo es un buscador del tiempo perdido. Ahora sí que como dijo Proust "en busca del tiempo perdido". El arqueólogo es eso, está buscando lo ya ido. Entonces, esos relojes están simbolizando el tiempo. Y esto va en relación a un tiempo perdido y a un tiempo recuperado. Es decir, va hacia atrás y va hacia el futuro. Vas a poder ver también muy buen vino, mis pipas, pequeños objetos de cultura popular, en fin, nunca verás una pieza arqueológica. Y libros, claro. Algunos colegas que han venido se extrañan de no ver muchos libros de arqueología.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

Pues sí, tengo libros de arqueología, claro, pero tú vas a encontrar buen número de libros de arte, de libros de poesía, de literatura, etc., buena parte de los cuales han sido leídos, no están de adorno. También verás fotos de Rilke, de Rodin, en fin. Todo eso es un mundo que tiene un significado. Y a mí me encanta estar ahí adentro. Cada vez me vuelvo más sedentario y me gusta estar allí con mi pipa, leyendo, escribiendo. Hay muchas velas; por lo menos en lo que es la sala y el comedor hay 17 velas. Eso también tiene un significado, es todo un simbolismo. Vivo con muchos símbolos ahí. Quizá por eso estarás pensando en Mircea Eliade, en cuanto a los símbolos. O sea, me gusta mucho estar ahí. Ahí vivo buena parte de mi vida. Prácticamente todas las tardes y obviamente las noches estoy allí. Y también siempre acompañado de música, música clásica fundamentalmente, que sirve de fondo a todo eso. Esa música se va metiendo entre las velas y entre los cuadros y entre los esqueletos que hay allí, para formar parte de todo eso. Y desde luego, “la Bruja”. Es decir, María Luisa, que está también allí. Como es bruja, está en las paredes, en los cuadros, en los espejos está en todo. Todo es parte de ese mundo interior.

DC: Me parece que esta descripción que me has dado es la del *atelier*, pero el florecimiento del *atelier*. En este momento, tu apartamento con “la Bruja” es el florecimiento de aquella época de tu vida.

EMM: En efecto, el *atelier* era nuestro lugar. Era nuestro escondite. Allí pintamos en uno de los muros un gran centauro, que era yo con mi cara y “la Bruja” desnuda con su pelo muy largo. Y ese pelo empezaba a caer y lo íbamos pintando en toda la habitación, o sea, el pelo iba llenando toda la habitación. Ese mural tuvimos que dejarlo allí, fue un ritual cubrirlo cuando dejamos el *atelier*. “La Bruja” y yo estuvimos cubriéndolo todo un día, para que nadie pudiera ya verlo ni profanar eso. Pero tú tienes razón: en este departamento lo que hicimos fue plasmar la vida cotidiana dentro de nuestro nuevo *atelier* con todas nuestras cosas. Ya estaban allí plenamente visibles, presentes.

DC: En tu departamento, cuando he tenido la oportunidad de ir a comer con ustedes, he observado en la pared una pintura representándote a ti. Tiene la forma de tu cuerpo, mientras que tu cabeza tiene varios niveles. ¿Me puedes contar la historia de esa pintura?

EMM: Sí, ese cuadro me lo hizo una amiga pintora. Como tú sabes tengo muy buenos amigos pintores, escultores, escritores, en fin. Entonces, a una amiga pintora, Carmen Parra, se le metió en la cabeza un día el pintarme. Yo iba a su casa, me sentaba, posaba y ella me iba pintando. Hizo tres cuadros muy grandes. Uno es en colores, otro nada más el dibujo, en fin. Y ése que tengo allí. Efectivamente, está desfasada parte de la cabeza, a un nivel diferente al otro. El cuerpo igual. Ella decía que era por la mutilación de la Coyolxauhqui. Ella me iba a pintar en las diferentes partes en las que estaba mutilada esta diosa. También en el Templo Mayor me hizo tres dibujos que tengo aquí, en los que se ve mi cabeza y vemos atrás la Catedral o partes del Templo Mayor. Esto lo hizo en el momento en que estábamos excavando. Después hicimos un libro muy bonito con textos míos y con serigrafías de ella. Libro que es joya bibliográfica. No por los contenidos, sino porque salieron 100 ejemplares nada más, numerados, y porque tiene una presentación muy hermosa.

DC: Creo que tienes una cabeza muy impresionante y muchos artistas desearán usarte como modelo. ¿Qué comentarios sobre tu fabulosa cabeza has recibido? Porque en un momento llegaremos al tema de las calaveras...

EMM: Como soy calvo, mi cabeza es muy redonda. Después traía yo unas barbas muy grandes, muy largas. Esto quizá me daba un aspecto muy especial. Recuerdo que alguna vez aquí, en el Templo Mayor, cuando estaba guiando a un grupo, al final se me acercó un señor y me dijo: "Mire, yo soy fotógrafo, tengo mi estudio de fotografía. Quiero invitarlo, porque deseo hacer un estudio de su cabeza". Me dió su tarjeta. Y sí, mira, hay varios fotógrafos que han tomado fotografías mías. Tengo una, por ejemplo, de Flor Garduño, que es una fotógrafa internacional. Tengo, por ejemplo, una foto fantástica en la que está el caracol y estoy yo, que me tomó Daisy Asher, también fotógrafa internacional. Esa foto de Daisy Asher es impresionante: la captación que ella hizo del movimiento del caracol, que se liga al movimiento de mi cabeza y al movimiento de mi pipa y de mis barbas. Ella no me puso a posar, sino que únicamente dijo: "Ponte junto al caracol, y yo voy a tomar fotos". Y empezó a caminar tomando fotos, y de repente esta foto (que ha sido publicada en un libro de 100 personajes de México) realmente a mí me gustó mucho. Claro, Daisy es una gran fotógrafa, y creo que aquí logró de-

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

mostrarlo. En una ocasión me comentó que las dos fotos que más le gustaban eran la de Tamayo y la mía.

DC: Hablando de tu departamento humilde pero fabuloso, me acuerdo muchas veces de la idea de Eliade, de que lo sagrado está escondido muchas veces en los lugares más cotidianos. En tu descripción de tu apartamento, se puede decir que es un espacio sagrado, de una imaginación fabulosa. Quizá uno de los frutos más importantes de todo este tema es tu nuevo hijo, Rainer María. Quisiera saber de tu experiencia desde su venida al mundo, y el impacto que ha tenido sobre tu nuevo *atelier*.

EMM: “La Bruja” siempre quiso tener un hijo, pero tuvo problemas. Problemas muy graves, porque no consolidaba un niño; perdía a los niños y esto a ella la tenía muy desesperada, muy frustrada. Recuerdo que cuando yo fui a dar un curso a Francia en 1983, ella estaba embarazada. Entonces visitamos la tumba de Rilke, hicimos el recorrido por España y llegamos a dar el curso a Francia. Allí, ella empezó a estar mal, y el médico francés que la atendió le recomendó que regresara a México. No había problema con el avión, y debía regresar a México para descansar. Yo me quedé dando mi curso en la Escuela de Altos Estudios de París y ella regresó a México. Pero perdió otra vez al niño. Estaba muy desesperada, pero siempre con la esperanza y el empeño de que tenía que darse el niño.

Nosotros siempre especulábamos cómo ponerle a nuestro hijo. No había duda: si era hombre, se iba a llamar Rainer María, como Rilke. Si era mujer, iba a tener nombre de bruja. Entonces, teníamos como siete nombres: Morgana, Estebania, Camila, Federica, en fin, muchos nombres, y llegó un momento en que pensamos ponerle todos. Afortunadamente fue niño. Entonces, únicamente se llamó Rainer María.

DC: Pero el nacimiento fue complicado también, por la fecha, ¿no? ¿Recuerdas que teníamos planes entonces de que vinieras a Boulder a coordinar un seminario?

EMM: Efectivamente, estábamos viendo lo de las fechas, y siempre pensando que hubiera algún problema, que se adelantara o se atrasara; en fin, por todo lo que ya había existido antes. Finalmente, Rainer nació el 11 de noviembre de 1989. Fue muy importante, porque vino ya a plasmarse físicamente todo ese mundo que

estábamos viviendo. Actualmente Rainer tiene ya un año y unos meses, y es un niño libre, queremos que sea libre. Es un niño que se ve que es muy inteligente. Quisiéramos que fuera artista de alguna forma, un músico o un poeta, pero eso lo decidirá él. Ya desde que estaba en el vientre materno, “la Bruja” ponía música clásica y ponía el audífono sobre su vientre para que el niño oyera la música. En fin, vamos a ver qué ocurre; pero sí, la presencia de él es muy importante. Y para María Luisa fue una realización enorme en su vida.

DC: Cuando hablas de música clásica, ¿tienen algunas piezas favoritas?

EMM: Bueno, quiero confesarte que me gusta tener la música clásica invadiendo todo el departamento. Invadiendo todo ese microcosmos mío y de “la Bruja”, invadiéndonos interiormente. Los autores preferidos son varios, desde Beethoven a Bach, Vivaldi, Hayden, en fin. En realidad la selección de la música depende del estado de ánimo. A veces quiero oír a Falla, o a Albeniz..., españoles, o en ocasiones quiero oír ópera o música barroca. Algo que nos gusta mucho son los cantos gregorianos para monjas que fueron realizados por la abadesa Hildegarda en Alemania, allá por el siglo XII o XIII, muy antiguos, que se han podido rescatar. Tenemos un disco que, la primera vez que lo oímos, nos emocionó en una forma tremenda. Fue en casa de Juan José Bremer (años más tarde embajador en Washington), y realmente nos impactó. Empezamos a buscar el disco, no se conseguía por ningún lado, hasta que un gran amigo francés (piloto de Air France) nos lo consiguió. Desde ese día los cantos de la abadesa Hildegarda son escuchados también con bastante profusión en la casa. Eso no quita que nos guste la música popular, desde luego. Y la oímos, todo depende del momento en que se esté.

El trabajo interdisciplinario: del *Erectario a Turandot*

LLL: Para ti ¿cuál es la importancia del trabajo en conjunto?

EMM: En el aspecto del trabajo colectivo, interdisciplinario, siempre he pensado que debe ser así. Es más, la antropología mexicana nació de un equipo inter y multidisciplinario como lo muestra el antecedente de don Manuel Gamio en Teotihuacan. Cuando conocí a David Carrasco empezamos a platicar mucho so-

bre esto. Él era investigador de Historia de las Religiones en la Universidad de Colorado, en Boulder y le comenté de la importancia de establecer reuniones con diferentes especialistas y conformar un Archivo al que él le dio el nombre de *Mesoamerican Archive*. De esta manera acordamos hacer una primera reunión en Boulder y David se movió hábilmente para conseguir los fondos necesarios. En esta reunión estuvieron personas como Pedro Armillas, Johanna Broda, Doris Heyden, Alfredo López Austin, Paul Wheatley, Henry Nicholson, John Hoag, en fin, personas dedicadas a diversos aspectos del conocimiento de lo antiguo. Como puede verse, había arqueólogos, historiadores, especialistas en religiones, en arte, en fin, una verdadera interdisciplina ¿no? Esto permitía un intercambio muy rico entre todos.

De Colorado pasó a Princeton y de ahí a Harvard, en donde David enriqueció el Archivo con diapositivas, artículos, etc... Las publicaciones de las reuniones eran prioritarias: reunión que había, reunión que se publicaba. No recuerdo hasta ahora cuántas reuniones ha habido, pero todas ellas tienen su respectiva publicación. También era interesante observar cómo el pensamiento de algunos de nosotros iba cambiando con el paso del tiempo, y también cómo iban cambiando las personas ya que se incorporaban nuevos miembros que opinaban, que trabajaban. La idea original fue la de ir alternando las reuniones entre México y Estados Unidos.

LLL: Volviendo al aspecto de los estudios interdisciplinarios, tengo una pregunta con respecto a Manuel Gamio. En varios foros y publicaciones has insistido en la idea de la aplicabilidad a principios del siglo XXI, del modelo de Manuel Gamio en Teotihuacan, con una visión global, multidisciplinaria. Mi pregunta es: viendo hacia el futuro ¿cómo complementarías ese modelo? Y ¿dónde crees que este modelo sería más productivo?

EMM: Desde hace muchos años se habla de que una investigación no se puede hacer desde la perspectiva de una sola disciplina. Entonces se habla de interdisciplina, multidisciplinaria, transdisciplina y todavía Emmanuel Wallerstein, para complicar más las cosas, habla de unidisciplina. Don Manuel Gamio aplicó un enfoque integral en Teotihuacan en 1917 que partía de dos categorías: población y territorio, vistas de una manera integral estudiando tanto la época prehispánica como la colonial y la moderna, a partir de un grupo de investigadores de distintas ramas del conocimiento. De esta manera, la antropología en México nació de un

enfoque inter y multidisciplinario, pues él consideraba que la antropología la componían disciplinas como la arqueología, la etnología, la antropología física y la lingüística, además de acudir a otras ciencias como la geología, la mineralogía, etc... Desde esta perspectiva, vemos que era un hombre visionario, pionero, que en sus estudios trató de buscar una problemática y darle solución en base a la investigación de diversas ciencias y lo que es muy importante: todo el estudio está dirigido a proporcionar mejoras a la población actual.

Siempre recomiendo a mis alumnos que lean *La Población del Valle de Teotihuacan*, para que conozcan los principios de los que partió Gamio. Si bien el estudio puede tener algunos errores, no cabe duda de que el conjunto es impresionante. Quizá leyendo esto los alumnos puedan entender por qué en la Escuela Nacional de Antropología se estudian las distintas disciplinas antropológicas y cómo tienden a tratar de mejorar a la población estudiada. El estudio de Gamio le valió el reconocimiento internacional al considerar a la antropología como una ciencia con una finalidad práctica.

Ahora bien, ¿qué validez puede tener esto en el mundo actual? Evidentemente la investigación se ha ido diversificando cada vez más. Hay una superespecialización pero al mismo tiempo se ve la necesidad de acudir a otras ciencias para enriquecer la información. Eso llevó a José Luis Lorenzo a crear, hacia 1961, los Laboratorios de Prehistoria, en donde colaboran distintos especialistas como geólogos, paleontólogos, biólogos, químicos y otros más. Eso fue un gran paso para la arqueología. También estoy de acuerdo en que algunas investigaciones puedan emprenderse sólo por la arqueología, según el tema de que se trate, pero la riqueza de información que se obtiene acudiendo a otras disciplinas permite un cúmulo muy rico de información. Desde esta perspectiva, creo que Gamio fue el primero en aplicar esta idea. Ahora bien, debe quedar claro que no se trata de aplicar el modelo de Gamio tal como lo concibió en su momento, pues mucho es lo que se han enriquecido las ciencias sociales y la historia tanto en su teoría como en su praxis, por lo que hay que incorporar toda una nueva tecnología a las investigaciones.

¿Dónde podría ser aplicada una investigación integral con estas características? En alguna ocasión pensé: "Si me nombraran director del INAH, invitaría a los colegas de las ramas antropológicas a escoger tres o cuatro grandes regiones para hacer estudios integrales, y a la vez invitar a economistas, sociólogos, arquitectos, geólogos, químicos y otros más que se requirieran, para que se incorporaran a la investigación". Una de estas regiones podría ser los valles centrales de Oaxaca, que

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

tiene un potencial humano enorme desde la época prehispánica hasta el momento actual. La región tarasca sería otra posibilidad con su riqueza antigua, colonial y moderna. Otros lugares podrían ser Veracruz y la región maya. De esta manera podríamos comparar las regiones entre sí en sus diferentes épocas y ver sus posibilidades sociales, económicas, hacia el futuro.

La idea está ahí. Nunca llegué a la dirección del INAH cuando había posibilidades de que se llevaran a cabo investigaciones de este tipo. Cuando me lo ofrecieron en el año 2000 no era el momento. Creo que todo tiene su momento y el mío para ser director creo que ya había pasado.

DC: Esta idea de multidisciplina también se refleja en su juventud ¿no?: tu espiritualismo, el materialismo y el aspecto del arte. Sabemos que haces escultura, que fuiste actor en una película mexicana llamada *Tequila*, que saliste en una ópera y que hiciste la coreografía de un ballet llamado *Mictlan/9*. También has escrito poemas como el *Erectario*. Todo esto, en cierta forma, es multidisciplinario.

EMM: Desde muy joven sentí una fuerte atracción hacia el arte. Si me hubieran preguntado qué hubiera querido ser, contestaría que arqueólogo, novelista o poeta. He intentado escribir algunas cosas. También intenté pintar. Me metí en un taller libre en la Academia de San Carlos con Edmundo Aquino y empecé a pintar. Afortunadamente tengo un buen sentido de la autocrítica y cuando veía mis pinturas decía: “esto es horrible. Siento que por aquí no es, de plano”. También escribí poesía. Lo mejor de esto fue el *Erectario*, que trataba de pensamientos eróticos que a mi juicio se podían expresar sin caer en lo escatológico. Trata de la relación sexual de un centauro con su pareja. Se llega a describir el 69 de una manera que sin dejar lugar a dudas está dicho con sutileza:

Hemos formado un perfecto vaso comunicante:

Tú me alimentas con tu esencia de mujer,
en tanto que yo vierto en tu boca
la vida que se me escapa fugazmente...

Sí, en pocas palabras y de manera sencilla estás expresando una manifestación amorosa común y maravillosa ¿no? Un día publiqué unos cinco o seis pensamientos del *Erectario* en el suplemento cultural “Sábado” que dirigía mi buen amigo el

periodista Fernando Benítez. Ocurrió una cosa interesante. Estábamos en la premiación de un concurso de escultura al que fui invitado como jurado por Teresa del Conde, cuando se me acercó una mujer joven y me dijo:

-Perdone ¿Usted es Eduardo Matos?

-Sí, yo soy

-¡Ah! Mire. Quiero comentarle que leí en “Sábado” sus poemas del *Erectario* y nos gustaron tanto que mi esposo y yo lo recortamos y lo pegamos en la puerta del clóset. Y déjeme decirle que nos inspiró tanto que ya tuve un hijo.

Yo me quedé pasmado. Después de todo, pensé, de algo sirvió el *Erectario*... He seguido publicando. Se ha dicho que, inclusive, en mis escritos arqueológicos se cuela algo de poético. Puede ser. Siempre que escribo cualquier cosa me acompaño de música, aunque nunca he intentado hacer melodías, porque no entiendo el lenguaje del pentagrama. Prefiero oírla a crear alguna aberración como sucedió con la pintura. Lo del arte siempre lo he tenido muy presente en mí agrado tal que a los directores de Bellas Artes que eran mis amigos les decía:

-Oye, déjame un día participar ya sea en una ópera como parte del elenco de extras o en una orquesta en donde solamente toque el triángulo.

Pronto se presentó la oportunidad. Un día de 1977 me habló el director de Relaciones Internacionales de Bellas Artes, Luis del Valle Prieto y me dijo:

-Oye, ¿en serio quieres participar en una ópera?

-Desde luego, ¿por qué?

-Porque estamos montando la *Turandot* y hemos pensado en ti para que salgas de príncipe persa. Si te interesa, vente en este momento a ensayar.

No lo pensé dos veces. Salí de mi oficina del Consejo de Arqueología y me fui directo al Palacio de Bellas Artes. El ensayo ya había acabado, pero me acerqué con el director de escena que era Pepe Solé quien me advirtió:

-Me avisaron que ibas a venir. Tú vas a hacer el papel de príncipe persa que sale al principio de la ópera. Tu barba viene muy bien para el papel.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

-Bueno, ¿y qué tengo que hacer?

-Mira, es muy sencillo. Tu papel es en el primer acto de la ópera. Tú estás allá arriba y sales caminando entre guardias, bajas los 14 escalones y pides perdón a la princesa Turandot, quien te lo niega, y entonces caminas lentamente pero muy erguido —recuerda que eres un príncipe— y te vas con los guardias para ser decapitado.

-Bueno. Suena fácil.

-A ver —dice— súbete y sales a escena.

Así lo hice. Caminé lentamente y llegué al lugar en donde tenía que bajar los 14 escalones, lo hice, al llegar abajo me dijo:

-Ahora voltea hacia donde está Turandot y levantas el brazo izquierdo para pedirle perdón. Muy bien. Entonces retírate muy erguido entre los cuatro guardias que te llevan a decapitar, eso es todo. Hazlo varias veces y después subes a las oficinas para que escojas tu traje de príncipe.

Varias veces lo repetí yo solo y al final me convencí de que era muy sencillo lo que tenía que hacer. Llegué al vestuario y escogí un traje lleno de perlas, pero le advertí al encargado del lugar:

-Oye, consígueme un sombrero de príncipe pero que me tape un poco la cara porque si me ve en estas fachas el director del INAH don Gastón García Cantú me va a correr de la institución.

Una vez que me medí todo le pregunté al encargado:

-Oye, ¿y cuándo es la ópera?, ¿cuándo vamos a volver a ensayar?

-Éste fue el último ensayo. La ópera es este viernes, venga dos horas antes de las 20 horas para que lo maquillen.

Cabe aclarar que era miércoles, por lo que quedaban sólo dos días. No dejó de aterrarme lo cercano de mi debut. Pero ya estaba comprometido, así que me presenté el viernes y después del maquillaje me dirigí a buscar mi ropa, para después ir en busca de mi camerino para cambiarme. *Turandot* es una ópera que requiere

de muchos actores por lo que veía pasar junto a mí un número inmenso de personas ataviadas como chinos. Le pregunté a uno de ellos:

-Disculpe. ¿No sabe en dónde estará mi camerino?

-¿Usted de qué sale?

-Pues de príncipe persa...

-¡No hombre, qué camerino ni qué nada!. Vaya a aquel cuarto y allí se cambia.

Después de esta humillación infringida al príncipe persa me dirigí al cuarto aquel, en donde había como 50 personas cambiándose y vistiéndose de chinos. Prudentemente me pegué a la pared y me transformé en el príncipe persa. Salí y ya estaba por comenzar la función, por lo que fui y subí a la parte que me correspondía. Había un joven que era quien daba la señal a los actores para que entraran en escena. Me dijo:

-Párese aquí. Primero va a salir el tipo que trae el alfanje con que lo van a decapitar; después sale usted y detrás los guardias. Yo le indico el momento.

Respiré profundo y no dejé de pensar “Y yo qué carajos hago aquí, en menudo lío me meto...”. Empieza la ópera y el muchacho le indica al del alfanje que comience a caminar. En eso se dirige a mí y me indica que también debo entrar a escena:

-¡Ahora! Empiece a caminar.

En el momento que voy a dar el primer paso, un tipo que está detrás del escenario empieza a hacerme señas. No entiendo que quiere decirme y él señala los lentes, ¡se me había olvidado quitarme los lentes! Mientras tanto, el muchacho que da las órdenes me apremia:

-¡Avance, entre a escena!

No supe qué hacer. Me quito los lentes y no me queda otra que meterlos en la manga del traje. Empiezo a avanzar detrás del actor del alfanje, que para esto ya había avanzado muchos metros. Llego al lugar en donde se encuentra la escalera que debo de bajar y resulta que tengo las luces de frente. No encuentro el primer

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

EL PROYECTO TEMPLO MAYOR

escalón pues no veía nada. Con el pie empiezo a tantear el filo del escalón hasta que doy con él. Empiezo a bajar lentamente —eso sí: con mucha hidalguía— y entonces veo una cantidad de chinos que me acosan, cosa que no esperaba pues no había yo ensayado con todo el grupo. Para esto, los guardias que me vienen custodiando me empiezan a vacilar:

-Orale papacito, apúrate...

-No jodan, hombre...

Desciendo los escalones y llego hasta abajo. Me volteo para ver a Turandot y levanto el brazo izquierdo para pedir perdón. Los lentes, que estaban en la manga de ese brazo se resbalan por el interior y caen hasta la cintura. “En la madre”, pensé. Como pude cumplí mi actuación y me retiré como corresponde a todo un príncipe. El domingo volví a repetir el acto y me juré ya no volver a insistir en mis actuaciones, pese a que me ofrecían salir en *Nabuco*... ¡de palmera!

DC: Y entonces, de la película ¿qué nos dices?

EMM: ¡Ah! Lo de *Tequila*. Bueno. *Tequila* es una película con la cual Gámiz, un cineasta que había sido muy reconocido años atrás como muy buen director y se había retirado para hacer videos comerciales, regresaba al cine con un texto de Carlos Monsiváis. Me contactó y me dijo que quería que yo saliera en la película en una toma específica. Me citó a las cinco de la mañana en el Zócalo, frente a la Catedral y mi papel era avanzar y detenerme, agacharme en el piso y clavar una tabla en él. Después me paraba, veía con angustia alrededor y me retiraba. Ésa era toda mi actuación.

DC: ¿Eso fue aquí en México?

EMM: Aquí, en el Zócalo. Hubo que repetir la escena como cinco veces, pero al fin quedó. Para mí era importante participar en el regreso de un gran director como lo fue Gámiz y que yo tuviera una mínima expresión dentro de la película.

DC: Excelente. ¿Y qué nos puedes decir del *ballet Mictlan/9*?

EMM: *Mictlan/9* fue una coreografía que organicé con una gran bailarina de danza moderna para presentarla en un teatro de la universidad. El nombre obedece a que a lo largo del *ballet* se van presentando los nueve pasos que los muertos recorren para llegar al Mictlan, según el pensamiento nahua. Se realiza en un solo acto y los bailarines captaron muy bien la idea. Empieza con la presencia del dios Tlaltecuhтли, quien devora los cadáveres y éstos pasan por varios peligros. La principal bailarina era Rosa Romero, excelente realmente. Nos reuníamos con ella y los bailarines. Yo les platicaba de lo que se trataba. Les daba lecturas del pensamiento nahua acerca de la muerte y los pasos al Mictlan o inframundo. Creo que fue interesante el resultado.



Restitución de los colores originales de la escultura de la Coyolxauhqui.

V. LOS MEXICAS CONQUISTAN EL MUNDO

LLL: A partir de los museos que has creado y de las exposiciones que has organizado en México y en el extranjero, ¿cuál es tu idea de los museos, de la divulgación?

EMM: En relación a los museos, mi primer contacto fue cuando me eché auestas rehabilitar el pequeño museo que había en la zona arqueológica de Cuicuilco. Vi que estaba cerrado y que tenía ciertas deficiencias. Fue allá por 1969. Invité a un buen museógrafo, José Lameiras, para que me ayudara. Con su apoyo se pudo dar una idea buena de lo que había sido aquel sitio. Colocamos entierros con sus ofrendas y se volvió a abrir al público. Posteriormente mi conexión con museos fue mucho más fuerte. Diría que empezó cuando me nombraron director del Museo Nacional de Antropología, lo que por un lado me dio mucha alegría pero también tristeza. Lo voy a aclarar. Estamos hablando de los años 1983-1985 cuando era director del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). En 1986 recibo la llamada del Subsecretario de Cultura que me dice que el secretario quiere que yo asuma la dirección del Museo Nacional de Antropología. Hay que recordar que unos meses antes, en diciembre de 1985, ocurrió el robo al Museo, por lo que necesitaban cambios en los sistemas de seguridad y el secretario pensaba que yo era la persona adecuada para dirigirlo. Se me planteó y, por un lado, sentí mucho orgullo ya que el Museo es la institución que dio pie a los inicios de la arqueología; en él se concentraban los estudios del siglo XIX y tenía una gran trayectoria. Por otro, sentí tristeza porque el CIESAS era un centro de investigación que, aunque no era muy grande, generaba

estudios de calidad y pude implementar algunas ideas y planes. Pero acepté y fui para Chapultepec.

Al venir la invitación directamente del secretario de Educación, me preocupaba cómo se le iba a notificar del cambio al director del Instituto de Antropología, Enrique Florescano, ya que el Museo depende del INAH. A mí nunca me ha gustado ser prepotente y aunque no llevaba una buena relación con Florescano, le expresé al subsecretario mi preocupación. Me enteró que se le había pedido una terna de nombres para escoger al director del Museo, y que Florescano la entregó. Mi nombre no estaba entre ellos. El subsecretario le dijo a Florescano:

-Oye, pero nadie sabe quiénes son estas tres personas ¿Qué opinas de Eduardo Matos?

Él contestó:

-¡Ah claro!, Matos era el cuarto nombre que seguía en mi lista...

No sé si esto fue verdad, pero así me lo contaron. El hecho es que asumí la dirección del Museo y de inmediato empezamos a ver lo que se podía hacer. Lo primero que hice fue una revisión de todas las salas, dándome cuenta de que ya estaban trascendidas en cuanto a la información que contenían. Entonces me propuse cambiarlas. Empecé por la Sala de Orígenes o del poblamiento de América y la prehistoria. Coincidió con un congreso que organizamos, con apoyo de la Secretaría de Educación Pública, acerca del poblamiento del continente. Nos asesoramos con José Luis Lorenzo, quien estaba un tanto renuente pues se sentía fuera de la jugada. El guión lo presenté introduciendo las ideas de Childe sobre la Revolución neolítica, o sea el momento en que el hombre descubre la agricultura y se da un paso cualitativo en el proceso de desarrollo. Contábamos con los resultados de los trabajos de Richard McNeish en Puebla, Tamaulipas y Chiapas, en donde había detectado la antigüedad de las plantas cultivadas como el maíz, la calabaza, el frijol, el aguacate y otras más. También se incorporaron cráneos de la Cueva de Texcal, en Puebla, de aquellas épocas. Algo importante fue incluir las piezas encontradas asociadas al mamut de Santa Isabel Ixtapa, único hallazgo que nos permitía encontrar la asociación hombre-megafauna. La idea era la de ir cambiando las salas, introduciendo los nuevos aportes de la arqueología. No lo pude conti-

nuar ya que duré solamente un año y dos meses como director del Museo. La obra la siguió más tarde Mari Carmen Serra y ha continuado con Felipe Solís.

Después tuve la experiencia del Museo del Templo Mayor. Desde que comenzaron las excavaciones en 1978, planteé la necesidad de establecer un Museo de sitio que mostrara lo que era este edificio y varios aspectos de la sociedad mexicana. El guión pretendía dar una idea de los temas económicos presentes en el Templo Mayor y de la superestructura religiosa. Para ello teníamos una distribución en ocho salas, divididas en dos alas: la primera sala trataba lo relacionado con la historia de los hallazgos mexicanos a lo largo de los siglos; en la segunda y la tercera la presencia de la expansión mexicana a otras regiones con el consiguiente tributo impuesto a los pueblos conquistados, mostrando los materiales obtenidos en la excavación. La cuarta sala, que ocupa el nivel más alto del museo, mostraba a los dioses relacionados con la guerra. De aquí se pasaba a la otra ala, en donde se comenzaba con las deidades asociadas al agua, para bajar a una sala impresionante: la de la fauna y flora, la cual encargamos al biólogo Oscar Polaco. De allí se pasaba a la sala de la agricultura, el calendario y el mercado, para finalmente llegar a la sala con la presencia colonial y moderna. Como se ve, las salas de abajo contenían lo relativo a la historia y la estructura económica, en tanto que las de arriba mostraban la religión con los dioses de la guerra y la muerte, por un lado, y las bondades de los dioses relacionados con la producción agrícola, por el otro. Era una manera de mostrar la relación estructura-superestructura de manera evidente.

También se programó una exposición itinerante acerca de los hallazgos del Templo Mayor que recorrió muchas ciudades de México. No sé si se siga presentando, pero tuvo también buena acogida del público en las ciudades en donde se presentó.

El último museo arqueológico en que participé fue el de Teotihuacan. Hay que recordar que el primer museo en este sitio lo hizo don Leopoldo Batres en la primera década del siglo XX y lo sitúa al sur de la Pirámide del Sol, de donde se traslada en los años sesenta frente a la Ciudadela, en un edificio poco afortunado que no dejaba ver al visitante la parte externa del conjunto de la Ciudadela. Se pensó en derruirlo o ubicar en él un video que orientara al visitante. Por eso, el nuevo museo lo ubicamos en un lugar que ya había sido afectado por anteriores construcciones y fue así como decidimos hacerlo en el mismo sitio que Batres había construido el suyo, es decir, un área ya afectada pero muy discreta que no permitía que el edificio se observara desde sitios aledaños. El nuevo museo tuvo

29 por 36 metros y estuvo a cargo de Pedro Ramírez Vázquez. El guión, preparado por mí, contempla en el ala oriente el medio ambiente y diversos aspectos de la vida cotidiana, como el crecimiento de la ciudad; la economía; las clases sociales y la producción artesanal. Se pasa entonces a una maqueta central en que se aprecia parte de la ciudad y como fondo, en un gran ventanal, se ve la Pirámide del Sol. Se sigue al ala poniente en donde vemos el mundo de los muertos y formas de enterramientos, con una reproducción de los entierros del Templo de Quetzalcóatl y otros, para continuar con el ámbito del arte y de los dioses. A continuación se aprecia la relación con otros pueblos contemporáneos.

Exposiciones internacionales: de París a Denver y algunas ciudades más

EMM: Las exposiciones en el extranjero me proporcionaron un conocimiento, una experiencia en el manejo de las piezas, desde su embalaje hasta su exhibición. Una de las más impactantes fue la del Templo Mayor en el *Petit Palais*, como parte de un recorrido que comenzó en París y pasó por varios países para culminar en Nueva York. Recuerdo que las excavaciones del Templo Mayor eran conocidas mundialmente, lo que había creado una expectativa enorme por conocer los hallazgos. La exposición fue inaugurada por cuatro ministros, dos franceses y dos mexicanos.

DC: ¿Cuándo fue esto?

EMM: Esto fue en 1981 y el museógrafo fue Mario Vázquez. Otra cosa que establecí para cualquier exposición del Templo Mayor, por pequeña que fuera, tanto en el país como en el extranjero, fue que siempre estuviera acompañada de un restaurador. Esto lo aprendí de una exposición de Goya que vino a Bellas Artes y traía un restaurador responsable. Esto era indispensable para que viera en qué condiciones estaban las piezas. Regresando a París, la exposición tuvo un éxito enorme, se vendió el catálogo, tuvo buena difusión y así ocurrió en los otros países europeos en donde se exhibió hasta llegar al Museo de Historia Natural de Nueva York. Otras exposiciones se montaron en Rimini, Italia, y piezas del Tem-

plo Mayor se incorporaron en la muestra “Esplendor de 30 siglos”, expuesta en el Museo Metropolitano de Nueva York, en San Antonio y Los Angeles.

En 1992 se hizo una exposición en Madrid que coordinamos tres investigadores: el doctor Miguel León Portilla, José Alcina Franch y yo. Fue con motivo del encuentro de dos mundos que otros llaman “Descubrimiento de América”. En el catálogo colaboraron un buen número de especialistas y llevó por título *Azteca-Mexica*. Estos catálogos se han ido convirtiendo en verdaderos compendios de estudios que ponen al día al lector sobre la sociedad de que se trata. Más tarde, en 2003 se presentó una exposición en Santillana del Mar, España, con el tema de “Iberoamérica Mestiza” en que colaboré con el doctor León-Portilla, misma que se presentó un año después en el Castillo de Chapultepec en México.

La última exposición que coordinamos Felipe Solís y yo fue la de “Aztecs” en Londres, organizada por la Royal Academy of Arts en Piccadilly muy cerca, por cierto, del lugar en donde se encontraba el Egyptian Hall, en donde en 1824 se montó la primera exposición sobre el México antiguo y contemporáneo. La hizo William Bullock con el apoyo del gobierno del México independiente. Pero volvamos a nuestra exposición, la cual tuvo un sentido específico: mostrar de manera integral a la sociedad mexicana, con sus antecedentes teotihuacanos y toltecas. Uno de los aciertos fue el poder reunir alrededor de 20 manuscritos, algo que difícilmente se podrá lograr en el futuro.

La exposición alcanzó un éxito enorme. Cerca de medio millón de personas fueron a visitarla. Por cierto que unos jóvenes mexicanos hicieron un video en donde entrevistan a los visitantes. Es interesante lo que opina un niño inglés de cerca de 11 años de edad, a quien se le pregunta qué le gustó de la exposición, si se le hacía algo sangriento. El niño respondió más o menos: “bueno, todos los pueblos de la tierra tienen sus aspectos sangrientos, sus guerras, sus matanzas. Así lo vemos en la historia de Inglaterra. Por cierto, la pieza que más me gustó fue el Guerrero Águila”.

De las entrevistas realizadas vemos que la pieza que más atrajo la atención fue, precisamente, el Guerrero Águila. Aquí toma vigencia el pensamiento de Manuel Gamio, cuando en las primeras décadas del siglo xx reunió a un grupo de gente culta, conocedora del mundo prehispánico y lo puso frente a un lote de piezas antiguas y les preguntó: “¿Cuáles de éstas piezas piensan ustedes que se podrían considerar obras de arte?”.

Separaron las piezas en dos grupos: las que consideraban obras de arte y las que no guardaban, a su juicio, estas características. Gamio concluyó que en esta apreciación había un engaño psicológico, pues las que se consideraban obras de arte de alguna manera recordaban al arte grecolatino, en cambio las que no se consideraban como tal eran aquellas que no tenían el menor asomo de rasgo occidental. Y es que nuestro criterio de arte parte de los cánones occidentales. Por eso, quizá, el Guerrero Águila es aceptado, ya que en sus rasgos tiene algo que a la gente le recuerda el arte occidental.

Esta exposición pasó poco después a Berlín, Bonn y Roma, para ser instalada en el Museo Guggenheim de Nueva York. De ahí viajará al Guggenheim de Bilbao. Es de esperar que, en total, más de un millón de personas la visiten.

Para concluir este aspecto de los museos quiero mencionar algo. Siempre he considerado que en México los museos son una forma de manejo ideológico. Me refiero a que no se trata solamente de visitarlos y gozar lo allí expuesto, como ocurre en muchos museos europeos que se han apropiado a lo largo del tiempo de piezas procedentes de otras culturas como la egipcia, sumeria, griega, romana, etc..., sino que se aprecian diversas sociedades antiguas de México y hay que estar apegados a esa realidad. Estamos observando parte de nuestra historia. Siempre critiqué que el Museo de Antropología no fuera ni un museo de arte prehispánico, puesto que no manejaba los conceptos del arte, pero tampoco de antropología, ya que no daba una visión real de estas sociedades. Quedaba un poco híbrido, pese a ser un magnífico museo. Por eso en el Templo Mayor traté de mostrar de manera integral a la sociedad mexicana y ver aspectos tales como el sacrificio humano, lo cual no se veía en el de Antropología; o lo relativo a la guerra, que apenas se esbozaba en Antropología y nosotros le dimos su verdadera dimensión en Templo Mayor. No se trataba, pues, de mostrar solamente la espléndida escultura mexicana, sino verla dentro del contexto de la sociedad en que se produjo.

LLL: En este sentido ¿estarías de acuerdo en que en tus tres museos, Cuicuilco, Teotihuacan y Templo Mayor, se combinan dos corrientes contrapuestas?: el museo didáctico, de enseñanza y que se centra en aspectos generales de la antropología y el museo de arte. Visitando estos museos me da la sensación que ninguno de los dos aspectos priva sobre el otro.

EMM: Correcto. Mira, éste es un aspecto que yo considero importante, que

se plasme todo el aspecto social de lo que es la producción de estos materiales y el material en sí porque esto nos dice mucho de la sociedad que los creó. Desde esa perspectiva, en efecto, trato de mostrar esos dos aspectos. Los museos que muestran la historia de México son muy importantes, ya que deben mostrar nuestra realidad histórica y no tratar de ocultar cosas que nos parezcan negativas. Debe prevalecer la realidad histórica. Los niños que visitan los museos se impactan con lo que están observando, por lo que existe una enorme responsabilidad en transmitir esta realidad tal como ocurrió. El museo es un medio de comunicación importantísimo.

LLL: No has mencionado, lo que tal vez haya sido tu mayor reto en cuanto a la complejidad de combinar ambos aspectos, el estético y el didáctico, en la exposición “Descubridores del pasado en Mesoamérica”.

EMM: De los tres grandes temas que he analizado a lo largo de mi vida académica, uno de ellos es el de la historia de la arqueología. En esta exposición plasmé un reconocimiento de quienes habían practicado la arqueología, mostrando objetos personales de algunos ya fallecidos. Creo que este aspecto se logró dado lo que me comentaron quienes la visitaron. Por otro lado, se vio la evolución de la disciplina, la manera en que se fue desarrollando junto con objetos encontrados por los arqueólogos. Para esto se nos ocurrió combinar tres elementos: el objeto encontrado, quién lo encontró y la publicación correspondiente. De esta manera, el visitante captaba de inmediato que los objetos arqueológicos y sus contextos son encontrados por investigadores específicos y cómo lo hallado se da a conocer a través de publicaciones producto del intelecto del arqueólogo. Esta trilogía fue muy importante pues llevaba como mensaje que las personas no van a los museos a ver un objeto bonito o feo, esto no importa tanto, sino que lo que observan tiene una carga que se traduce en una publicación.

El catálogo de “Descubridores...” muestra la evolución de la disciplina desde sus orígenes hasta nuestros días. Invité a participar a distinguidos profesionales para que supervisaran las salas según su especialidad y a que colaboraran con el artículo correspondiente para el catálogo. Así, pues, contamos con Mari Carmen Serra en lo que era el Preclásico de la Cuenca; Teotihuacan quedó bajo mi supervisión, al igual que la sala introductoria y la de Tula; Xochicalco quedó en las manos de Leonardo López Luján; los mayas fueron asignados a Mercedes de la

Garza y a Agustín Peña; los olmecas a Beatriz de la Fuente; Veracruz a Rubén Morante; Oaxaca a Nelly Robles; Occidente a Angeles Olay; lo mexica a Felipe Solís y la prehistoria a Joaquín García Bárcenas.

Quisiera comentar que así como “Descubridores...” se montó en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, también hubo antes otra exposición que yo coordiné en el mismo lugar que se llamó “Dioses del México Antiguo”. Tuvo un éxito tremendo y aún es recordada por mucha gente. En el catálogo escribieron Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Felipe Solís y yo, aunque le pedí un artículo que también se incluyó al museógrafo, que fue Miguel Ángel Fernández.

Es bueno agregar que, por lo general, tanto a nivel nacional como en el extranjero, cada vez que se monta una exposición va acompañada no sólo del catálogo correspondiente, sino también de conferencias. Así ocurrió en Francia, Italia, España, Alemania, Estados Unidos y, desde luego, México.

DC: Muchas de las entrevistas que te hemos hecho para este libro fueron antes de nuestra exhibición en Denver en 1992-1993 que se llamó “Aztecs: the world of Moctezuma”. Una de las razones para organizar esta exhibición es porque Denver, Colorado, es parte de Aztlan, ¿no? Allí hay muchos mexicano-norteamericanos a los que la exposición causó mucho impacto. Quiero oír tus impresiones sobre “Aztecs...” como parte de la organización y cuál es su análisis de lo que pasó allá.

EMM: Bueno, yo creo que la exposición en Denver fue muy importante, precisamente por el lugar en donde se llevó a cabo. En Colorado hay una presencia muy fuerte de personas de origen mexicano que querían conocer ese pasado. También fue muy importante llevar un mensaje de la realidad del pueblo mexica y plasmarlo a través de la museografía misma. Recuerdo que la exposición fue en el Museo de Historia Natural y enfrentamos una problemática muy especial. Fue cuando los indígenas locales te van a ver para decirte que no quieren que los huesos de los antepasados mexicas sean puestos en exhibición, ya que ellos respetaban a sus hermanos de México. Me acuerdo que platicamos sobre esto y yo te decía que en México no existe ese problema, ya que hay un orgullo del México prehispánico, aunque el indígena actual se considere un problema, lo que ha llevado a no pocas repercusiones sociales. El indígena prehispánico, muerto, es motivo de exaltación y se aprecian sus grandes virtudes: fueron buenos arquitectos, artistas,

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

LOS MEXICAS CONQUISTAN EL MUNDO

etc... en tanto que al indígena actual se le hace un poco de lado. Creo que esta exaltación del indígena antiguo viene del momento de la Independencia de México, a principios del siglo XIX, cuando se trata de encontrar el cordón umbilical con aquel pasado y se trata de dar la imagen de que antes de la Conquista había un país unido, fuerte, cosa que fue rota por la Colonia española. Desde luego que esta imagen era falsa, ya que en el México prehispánico había grandes luchas por el poder, por la tierra, sojuzgamiento de unos pueblos por otros y demás.

Fue por eso que me impactó mucho este problema de los huesos. Yo ví dos soluciones. Te dije: diles que voy a hablar con ellos como descendiente de Moctezuma para explicarles que no hay ningún problema en México para que se exhiban los restos óseos. A lo mejor hubiera acabado apaleado allí. La otra era más sencilla: me imagino que hay buenas reproducciones de plástico o de otros materiales de cráneos y huesos que no creo que causen mayor problema. Se optó por la segunda, ¿no?

DC: Este problema surgió con la primera exposición que pusimos en Denver sobre Tlatelolco, que llamamos “Tlatelolco, dios del viento”.

EMM: ¡Es cierto! Se mostraron, los hallazgos de Salvador Guiliem de grandes ollas con entierros en su interior, ya que en el Templo Mayor no han salido enterramientos, salvo cráneos aislados. La exposición de Tlatelolco comprendía reproducir la sala de excavación con las ollas y sus entierros aunque en la exposición de “Aztecs” también colocamos algún cráneo como parte de las ofrendas. Pero creo que exposiciones como éstas que se dieron en Denver tienen un fin ideológico aclaratorio de la sociedad mexicana porque luego se llega a exageraciones, ¿no? Se escucha por ahí algunas expresiones como “no, no, el mexica no hacía sacrificios humanos”. ¿Por qué?, porque consideran que es algo bárbaro, en lugar de ubicarse en las razones que motivaban el sacrificio. Vemos cómo en diversos pueblos del mundo se practicó el sacrificio humano: griegos, romanos, chinos y otros más, especialmente en sociedades agrarias; ¿por qué?, porque corresponde a determinado tipo de sociedad en las que es parte de su expresión ritual, mítica. Cuando algún periodista, nacional o extranjero, me pregunta acerca del sacrificio humano entre los mexicas le respondo:

-Mire, claro que se hizo el sacrificio humano, pero hay que entender antropológicamente qué significa el sacrificio humano. Actualmente con una sola bomba sacrificamos a cien mil personas por razones mucho menos plausibles. En aquellos era por una cuestión mítica; ahora es por aspectos económicos y comerciales. Me inclino más por los otros tiempos.

Creo que fue muy importante Denver desde esa perspectiva.

DC: Has tenido la oportunidad de visitar museos en todo el mundo: en China, en Europa, en los Estados Unidos, y quiero saber si piensas que los museos aquí en México, especialmente los que has tenido oportunidad de crear son diferentes, porque en México la mayoría de los museos son del siglo xx y en Europa fueron construidos en otros siglos. Aquí tienen el espíritu del México vivo. ¿Hay una diferencia entre los museos de México y los de Europa?

EMM: Empecemos por el contenido. Los grandes museos europeos concentraron piezas traídas desde otras regiones especialmente en el siglo xix, momento de una gran expansión colonialista. Fueron colocadas en palacios o casas de aquellas épocas. El gran orgullo era mostrar piezas de Egipto, Mesopotamia, Grecia, India, China, México... Es decir, de sociedades ajenas que muchas veces se consideraban "clásicas" o "exóticas". En cambio, lo que mostramos en México es lo nuestro, nuestra historia. Es una diferencia tajante, ¿no? Aquí vemos nuestra propia esencia; allá se ve la historia de los otros. Cuando Melina Mercouri fue secretaria de Cultura de Grecia, solicitó al British Museum que regresaran los frisos que tienen del Partenón. Entonces se creó una especie de coalición de los museos europeos para no dejar salir ningún objeto de estos países; ¿por qué?, porque las piezas de esos países forman la esencia de sus museos. Si se sacan de ahí entonces sencillamente no existirían estos museos europeos. A nosotros nos pasó algo similar con el Penacho de Moctezuma que se encuentra en el Museo de Viena. México solicitó su devolución y... nada.

LLL: ¿Qué más nos puedes contar de otras actividades tuyas fuera de México?

EMM: Empezaré con las conferencias. Hasta el momento he dado cerca de mil, la mayoría de ellas en México sobre el Templo Mayor y el tema de la muerte

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

LOS MEXICANOS CONQUISTAN EL MUNDO

en el México prehispánico. He hablado en países de cuatro continentes (me falta África). Tuve el gusto de hablar, por ejemplo, en Australia en la Universidad a la que perteneció Gordon Childe. Por cierto, antes de mi charla brindamos con buen vino por el gran arqueólogo australiano. De Europa he dado conferencias en varias ocasiones en España, Francia, Italia, Bélgica, Alemania, Unión Soviética e Inglaterra, en la Universidad de Cambridge, gracias a mi amigo Colin Renfrew y a la intervención de Ignacio Durán, quien fungía como agregado cultural en Londres. De Asia he hablado en India y China. En nuestro continente en Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Jamaica, Honduras, Panamá, Colombia y Perú y un sinnúmero de veces en diversas universidades norteamericanas, entre las que hay que destacar UCLA, Princeton, Harvard, Stanford, Rice University, Colorado at Boulder, Florida y otras más. También he dictado cursillos, como el que dí en la Universidad de Colorado acerca del Templo Mayor o el de la Universidad de Puerto Rico, en donde hablé de la arqueología en Mesoamérica. También en la Universidad Complutense de Madrid y en Huelva, además del curso de tres meses en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, en sustitución de mi amigo Jacques Soustelle.

En Roma, en 2004, se llevó a cabo un ciclo de conferencias en la que participaron muchos especialistas entre los que nos encontrábamos nosotros tres. Se presentó la coincidencia de que Leonardo López Luján estaba dando un curso en la Universidad La Sapienza, por lo que se pudo organizar la reunión con el apoyo de Alessandro Lupo y la Embajada de México.

Honores y reconocimientos

DC: ¿Por qué no hablamos un poco de tu nombramiento como miembro de El Colegio Nacional? ¿Qué satisfacción te ha dado este nombramiento y en qué te ayuda para seguir con tus planes?

EMM: Desde que fue creado El Colegio Nacional, se le pensó como el equivalente a El Colegio de Francia, en donde estaban las personas más relevantes de diferentes campos del arte, las ciencias y las humanidades. A los miembros de El Colegio Nacional se les considera como Eméritos de la Nación. Actualmente somos 40 miembros y solamente dos de ellos fueron arqueólogos: don Alfonso Caso

e Ignacio Bernal. Don Alfonso fue miembro fundador en 1943. Al morir Ignacio Bernal, la arqueología ya no estuvo representada. Aquí quiero aclararte algo: si queda un lugar vacante, no necesariamente tiene que ser ocupado por un investigador de la misma rama, sino que puede entrar cualquier otro especialista que reúna los méritos suficientes. Finalmente, se hizo la proposición de mi persona e ingresé en junio de 1993 con una ponencia que titulé “Tríptico del pasado”, la cual fue respondida por la única mujer que por entonces era miembro de El Colegio Nacional, la doctora Beatriz de la Fuente.

Ingresar al Colegio Nacional implicaba un enorme honor para mí, ya que a él pertenecían personalidades como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Ramón Xirau y José Emilio Pacheco, historiadores como Miguel León-Portilla, Silvio Zavala y Luis González, artistas como Vicente Rojo, astrónomos como Arcadio Poveda y Manuel Peimbert, en fin, gente muy destacada dentro de los distintos ámbitos del conocimiento y de la creación. Una vez al mes nos reunimos para tratar asuntos de la institución y a comer.

DC: ¿Hubo alguna celebración el día de tu ingreso?

EMM: Mi ponencia de ingreso fue presidida por el escritor José Emilio Pacheco, que era el presidente en turno. La ceremonia se llevó a cabo en el local de El Colegio que está casi enfrente del Templo Mayor. Es un edificio antiguo con tres patios en su interior. Después de las palabras del presidente, di mi conferencia y el *presidium* estaba compuesto por el secretario de Educación Pública, en representación del presidente de la República; el rector de la UNAM José Sarukhán, miembro también de El Colegio; el director del Instituto Politécnico Nacional y Rafael Tovar y de Teresa, por entonces presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Cuando termina la intervención, viene la respuesta que en este caso estuvo a cargo de la doctora Beatriz de la Fuente, destacada estudiosa del arte prehispánico y buena amiga. Después nos fuimos a pie a una casa colonial maravillosa que está junto al Templo Mayor, restaurada por los esposos López Negrete. Entre los arqueólogos que asistieron estaban José Luis Lorenzo, Lorena Mirambell, Mari Carmen Serra y otros más. Corrió el vino generosamente... buen vino, por supuesto y se pasó un rato agradable.

DC: Hablando de vinos, ¿cuál es tu vino favorito?

EMM: Depende, según las circunstancias. Me inclino más hacia los vinos franceses, como el *Côtes du Rhone* o el amable *Beaujolais*, pero también los italianos como el *Valpolicella* o españoles como el *Marqués de Cáceres*. Por lo general, y no es por falta de patriotismo, no tomo mucho los mexicanos...

DC: ¿Qué otros homenajes recuerdas?

EMM: Una distinción interesante fue cuando, en la sede del Centro de Arqueología de la Comunidad Económica Europea en Ravello, Italia, se me confirió el alto honor de dar la conferencia inaugural del congreso que trataba acerca de los inicios de las excavaciones en Pompeya y Herculano, es decir, del inicio de la arqueología clásica, la cual conmemoraba así sus 250 años de existencia. ¡Imagínate inaugurar el Congreso sobre arqueología clásica europea con una plática sobre el Templo Mayor de Tenochtitlan! Pensé que esto no sería muy del agrado de los arqueólogos italianos, pero todo salió muy bien. Quien me invitó a participar en esto fue mi buen amigo, el doctor Jacques Soustelle.

Recuerdo con gran cariño cuando se me nombró, en 1989, *Doctor Honoris Causa* de la Universidad de Colorado en Boulder. Tú fuiste uno de los artífices para que esto ocurriera. Para darme esta distinción fue necesario recabar, por parte de la Universidad, la opinión de varios especialistas. Muy elogiosas fueron las del doctor Paul Wheatley, Doris Heyden y otros destacados investigadores. Yo había participado en varias conferencias y cursos en Boulder y se había creado el *Mesoamerican Archive*. Todo esto contribuyó para que se me otorgara el reconocimiento.

LLL: Háblanos algo acerca de otros reconocimientos que recibiste por tu labor dentro de la arqueología?

EMM: Siempre he escuchado de otras personas que los homenajes deben de recibirse en vida. Y es que resulta realmente estimulante y gratificante el que se reconozca lo mucho o poco que uno haya podido aportar. El primer reconocimiento que me viene a la memoria aparte de los ya mencionados, fue cuando me avisaron de la embajada de Alemania por medio de su agregado cultural que el Instituto Arqueológico Alemán me había distinguido como miembro honorario. Esto ocurrió en 1988. Un día llegó el agregado a mi oficina, se puso de pie con

mucha ceremonia, por lo que yo también tuve que pararme, y me dijo unas palabras en alemán de las que no entendí nada. Después me entregó un diploma escrito en latín —que tampoco entendí— y después de leerme el contenido del mismo me lo entregó. Dio media vuelta y se retiró. La emotiva ceremonia duró dos minutos y los asistentes éramos ¡él y yo!

En cuanto a diplomas y medallas, tengo tres reconocimientos otorgados por Francia: las Palmas Académicas, la Orden Nacional al Mérito y la de Caballero de Artes y Letras. Todas ellas se me otorgaron allá por 1981 y 1982. De Venezuela recibí la Orden Andrés Bello en 1988 junto con Víctor Flores Olea, Arturo Azuela y Jorge Carpizo. También fui nombrado Miembro Honorario del *Archaeological Institute of America* en 1992.

Por parte de mi propia institución, el INAH, fui nombrado Profesor de Investigación Científica Emérito en el año 2000. Al año siguiente le pusieron mi nombre al auditorio del Museo Templo Mayor. Fue una ceremonia sencilla. Algo muy emotivo fue recibir la Medalla Henry B. Nicholson por la excelencia en la investigación en estudios mesoamericanos de la Universidad de Harvard. Esto ocurrió en 2002 y digo que fue emotivo porque la ceremonia se llevó a cabo en el Museo Peabody, de tanta tradición para los estudios de Mesoamérica. Fueron muy bellas las palabras de David Carrasco, del mismo Nicholson, y a la cena en las salas del Museo asistieron amigos que vinieron desde México, como César Roel y su esposa Gilda, Nacho Durán y Lucero su esposa, me acompañó Gabriela, mi actual mujer, y fue realmente algo inolvidable.

Otro homenaje muy emotivo para mí fue el que se llevó a cabo en el mes de octubre del año 2003 en el Museo Nacional de Antropología. Fue organizado por el INAH, la Universidad de Harvard y El Colegio Nacional. El Comité Organizador estuvo en manos de Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Beatriz de la Fuente, Manuel Ramos Medina, Felipe Solís y David Carrasco, pero quienes llevaron la carga fuerte fueron Leonardo López Luján y Lourdes Cué. Fueron cinco días de ponencias de los colegas que fueron invitados a participar, tanto nacionales como extranjeros. Allí volví a encontrar a amigos como William Sanders, Elizabeth Boone, Henry Nicholson, Saburo Sugiyama y muchos más que enriquecieron el acto con su presencia. Algo importante para mí es que llevo amistad con ellos, los conozco hace años y lo que es más, admiro el trabajo que han realizado. Considero que son grandes maestros de la antropología y la arqueología mexicana. También fue importante la respuesta de colegas más jóvenes. Entre ellos hay

que destacar la presencia de muchos miembros del Proyecto Templo Mayor, personas jóvenes que han ido ocupando un lugar importante dentro de las investigaciones. También hubo investigadores mexicanos, amigos y personas a las que admiro mucho como la doctora Beatriz de la Fuente, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Felipe Solís, José Rubén Romero, Rubén Cabrera, Alejandro Passtrana, Guadalupe Mastache, Mari Carmen Serra y muchos más, por lo que sería imposible nombrarlos a todos. En fin, todos ellos estuvieron presentes aportando su conocimiento. En nombre del Rector de la UNAM habló la doctora Teresa Uriarte, directora del Instituto de Investigaciones Estéticas y una exposición en el vestíbulo del Museo daba a conocer parte de mi vida académica. No faltaron mis libretas de campo y, desde luego, una de mis pipas.

Hacia el futuro...

LLL: Cuáles son las actividades que estás realizando en la actualidad, los proyectos que estás llevando a cabo, los libros que escribes y los planes para el futuro?

EMM: Actualmente estoy preparando varios libros con temas que he tratado a lo largo de mi carrera. Estoy trabajando en una *Historia de la arqueología en Mesoamérica* que está muy avanzada y quedó detenida por diversas circunstancias. Pese a esto, no quité el dedo del renglón y pudimos llevar adelante la exposición “Descubridores del pasado en Mesoamérica” en el Colegio de San Ildefonso.

Otro libro que voy a hacer es el resumen general de las excavaciones y las investigaciones del Templo Mayor. Como sabes, a la fecha han sido presentadas cerca de 30 tesis profesionales a todos los niveles —licenciatura, maestría y doctorado— y no pocas de ellas han recibido premios tanto nacionales como internacionales. Ha llegado el momento de hacer esta reflexión, pues ya han pasado 27 años desde que comenzamos nuestros trabajos en el lugar. Es interesante ver que cuando comenzamos hicimos ciertos planteamientos con un enfoque específico y determinadas técnicas que han ido cambiando a lo largo de los años. De hecho, el proyecto está actualmente en manos de los jóvenes investigadores que están realizando trabajos significativos con su propio enfoque, sus propias problemáticas y sus propias técnicas. Como dije el día de mi homenaje en octubre de 2003: lo que yo tenía qué decir acerca del Templo Mayor lo dije en su momento. Ahora tienen la

palabra las jóvenes generaciones de arqueólogos y otros especialistas que continúan investigando sobre el Templo Mayor. A ellos corresponde ratificar o modificar lo que nosotros dijimos hace ya muchos años. A su vez, a ellos habrán de revisar los futuros arqueólogos. Así es la ciencia: lo que hoy está vigente mañana deja de estarlo...

El tercer volumen que tengo previsto trata del tema de la muerte en el México prehispánico. Como sabes, es un tema que he tratado a lo largo de mi vida y creo que vale la pena dedicarle tiempo para hacer un estudio más a fondo del mismo. Con él concluyo mis investigaciones y dado el tema mismo, pues también mi vida.

Sin embargo, como siempre ocurre, otros trabajos se atraviesan por el camino. Uno de estos trabajos son dos libros que me han solicitado de El Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica. Serán parte de una serie nueva sobre ciudades prehispánicas que comienza con *Tenochtitlan, la ciudad*, el cual ya entregué y deberá salir publicado también en 2006. El otro es para la misma serie y llevará el título de *Teotihuacan, la ciudad*.

Además de esto, sigo dando conferencias. Doy un promedio de más de 20 conferencias al año, lo que implica un promedio de unas dos por mes, además de presentaciones de libros que me solicitan algunos autores. Los temas de mis charlas son relativos a la muerte, al Templo Mayor, a la Historia de la Arqueología, Teotihuacan y muchas otras más.

Entonces, continúo con estos trabajos, sigo publicando mucho, cosa que me encanta hacer y participando en conferencias. Quizá algún día moriré escribiendo...

DC: En el aspecto sentimental ¿cómo ha transcurrido tu vida hasta el momento?

EMM: Ocurrieron cambios significativos. En 1995 me separé de María Luisa ("la Bruja") con quien conviví cerca de 17 años. Una hermosa mujer tuvo mucho que ver en esta determinación. Un día apareció en mi camino y empezamos una relación que sólo se interrumpía cuando, después de beber ansiosamente su piel y recorrer palmo a palmo su cuerpo, ella tenía que regresar al seno de su familia.

También ocurrió un buen día que, antes de dar una conferencia en el Museo Nacional de Antropología, vi entrar al vestíbulo del museo a otra mujer de porte

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

LOS MEXICAS CONQUISTAN EL MUNDO

distinguido y paso firme. Atrajo mi atención de inmediato, a grado tal que cuando me la presentaron retuve su nombre en mi cabeza. Al terminar la conferencia, ella se dirigió a la salida y de inmediato la seguí. La alcancé y le dije: “Gabriela, quiero comentarte algo”.

Ella volteó y me imagino que habrá llamado su atención el hecho de que, recién presentados, me hubiera grabado su nombre. En seguida le comenté que quería enviarle un libro escrito por mí y que esperaba que le interesara. Me dio su teléfono y dirección y le envié *El rostro de la muerte*. Le puse una dedicatoria que la impactó, según me dijo más tarde. Finalmente me casé con Gabriela en 1998 y hasta este momento vivo con ella. Es una mujer inteligente y triunfadora. Admiro en ella muchas cosas.

La Secretaría de Cultura,
por medio del Instituto Nacional de Antropología e Historia,
y la Universidad de Harvard, por medio del
David Rockefeller Center for Latin American Studies,
invitan a la conferencia inaugural de la cátedra binacional

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

SERIE DE CONFERENCIAS
LECTURE SERIES

y a la exposición

VOCES DE BARRO
VOICES OF CLAY

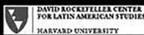
que con este motivo curó Eduardo Matos Moctezuma,
profesor emérito del INAH

Martes 3 de octubre de 2017, 19:00 h

Museo Nacional de Antropología

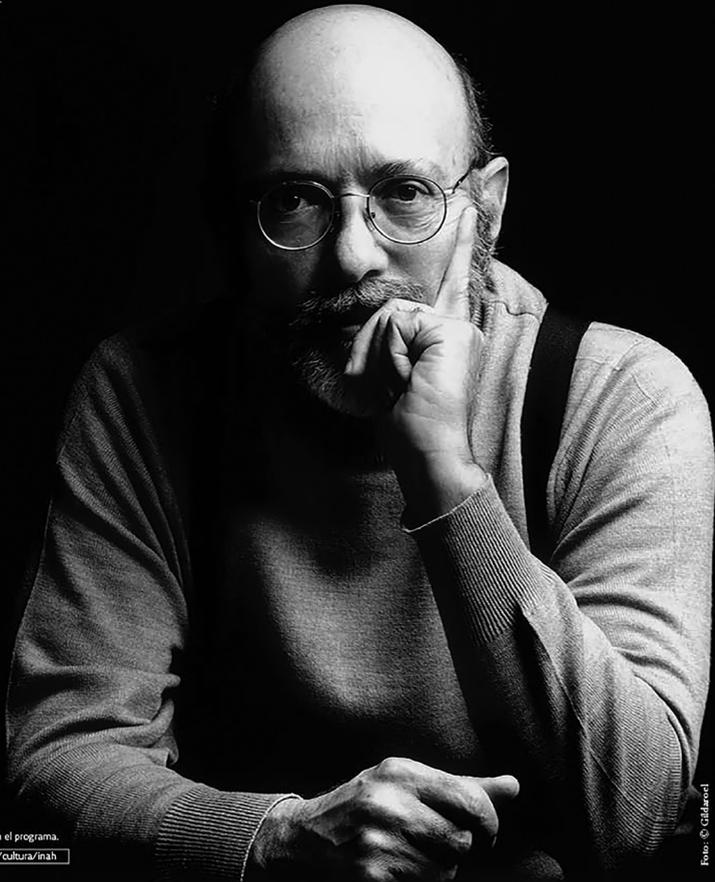
Paseo de la Reforma y Gandhi, col. Chapultepec Polanco,
Ciudad de México

Favor de confirmar su asistencia con Nidia Cisneros
al teléfono 4040 4300, extensión 416611 o al correo: nidia_cisneros@inah.gob.mx



Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

www.gob.mx/cultura • www.gob.mx/mexicoescultura • www.gob.mx/cultura/inah



Invitación a la Cátedra Harvard "Eduardo Matos Moctezuma" y a la exposición Voces de Barro en el Museo Nacional de Antropología; octubre de 2017.

Foto: Archivo INAH.

VI. AL ENCUENTRO CON LA MUERTE

El quinto rompimiento: hay que saber vivir la muerte

DC: Hemos llegado al último rompimiento, el quinto. Es interesante que los mexicas tuvieron igualmente cinco épocas en su cosmovisión y que en su análisis espacial hay cinco lugares, donde el quinto es el centro. Entonces, no es solamente el quinto en cuanto a cronología, sino que marca la llegada al centro del mundo, porque el quinto lugar es el más crucial. Hay una coincidencia entre el proceso de tu vida y la cosmovisión mexica.

EMM: Al quinto rompimiento tienen que enfrentarse todos los hombres: es el enfrentamiento con la muerte. En mi vida la presencia de la muerte ha sido muy significativa. El primer libro que escribo se titula *Muerte a filo de obsidiana*. Continué trabajando el tema y publico *El rostro de la muerte*. La muerte es la única experiencia que se vive una sola vez. Todas las demás experiencias las puedes vivir o repetir. La experiencia de la muerte no. Te repito: la muerte es la experiencia que se vive solamente una vez. Entonces, hay que saber vivirla, hay que saber vivir a la muerte, hay que saber enfrentarla y aquí es donde el hombre se va a presentar en toda su dimensión. Este rompimiento se tiene que enfrentar tarde o temprano.

¿Cómo enfrentarlo, cómo llevarlo a cabo? Éste es el problema que enfrenta el hombre, que enfrenta el género humano. Una manera es creando otros mundos a los que se irá después de la muerte. En esto han estado metidas muchas religio-

nes. El hombre se niega a morir y por eso inventa el más allá. Creo que todo lo que ha sido tu vida te va llevando a la manera en que vas a enfrentar la muerte. Esa realidad de la muerte no podemos hacerla a un lado. Siempre se ha dicho que el mexicano convive con la muerte, juega con ella, en fin, todo esto. Yo pienso que esto es falso. Lo que sí te puedo decir es que para mí siempre hay una presencia de la muerte. No quiere decir que me considero necrófilico, sino por el contrario, biofílico, es decir, creo que toda mi vida ha sido vivir plenamente esta vida, en su profundidad, en su grandeza, en sus tardes, en su música, en un buen vino, en sus sinsabores, en fin, en todo.

En mi caso, no creo en los otros mundos. No creo en el más allá. No creo en cielos o infiernos. He hablado de ellos, me gusta escribir sobre ellos. Sobre todo en lo que eso implica en un pensamiento de los pueblos antiguos o de los pueblos actuales. Pero, en realidad no creo que exista nada de esto. No creo en dioses ni en demonios. Esto hace más difícil y más duro ese enfrentamiento con el último rompimiento porque la gente creyente tiene esa esperanza: dice “muero pero me voy a ir al cielo o al infierno”. Piensan en esa otra vida. Yo no pienso en eso, para mí no hay más allá. Creo en mí. Creo en el hombre. Por eso digo: “Los dioses no han creado al hombre... son los hombres los que crean a los dioses a su imagen y semejanza”.

Entonces, al tener ese pensamiento sobre la muerte, en realidad estoy enfrentando algo que va a terminar allí. Al momento de la muerte todo va a culminar, no va a haber algo posterior. Entonces, ¿qué ocurre? Que en esa muerte que va a llegar en algún momento lo que va a valer es lo que se hizo en la vida. Si tú en la vida has vivido conforme a tus ideas, si has tratado de profundizar en lo que es esta vida, entonces debes saber llegar ante la muerte. Enfrentarla desde tu propia perspectiva, saber que no va a haber un más allá, saber que allí va a terminar todo muy conscientemente y vivir esa última experiencia. Allí está la contradicción: hay que saber “vivir” la muerte.

DC: “Hay que saber vivir la muerte”. Parece una posición muy filosófica. Recuerdo que uno de mis maestros, Paul Wheatley, de la Universidad de Chicago, una vez me llamó para decirme que uno de sus colegas se estaba muriendo y me mencionó “pero este tipo ya está preparado para la muerte”. Y le pregunté por qué. “Porque él era maestro de estudios clásicos, de los grandes libros de Aristóteles, de Platón”, Y según Wheatley, ésa es la importancia de leer los clásicos, prepararse

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

AL ENCUENTRO CON LA MUERTE

para la muerte, porque todos tratan sobre ese tema. Otra vez, en una cena, recuerdo bien que tú estabas explorando diversas formas de morir. Yo sé que era medio en broma, pero mencionaban ideas de una muerte intencional. ¿Podrías compartir algunos de tus pensamientos sobre este tema?

EMM: Esto va en relación a dos posibilidades: una, que la muerte llegue cuando deba llegar, si por una enfermedad o accidente, o si tú puedes y quieres determinar el momento de tu muerte. Esta última alternativa te da plena libertad, es el potencial máximo del hombre en un momento dado. Es decir, yo decido que debo alejarme de la vida y lo hago en el momento que yo quiera. Recuerdo, por ejemplo, a un gran poeta mexicano, Jaime Torres Bodet. Don Jaime tenía una enfermedad incurable, pero era un hombre muy consciente, y entonces toma la decisión de suicidarse, de quitarse la vida. Escribe unas notas maravillosas en donde dice: “a esperar a que venga la muerte, prefiero convocarla y hacerlo a tiempo”. Y se da un balazo. Yo admiro a Jaime Torres Bodet y lo menciono en mi libro *Muerte a filo de obsidiana*. En el último capítulo pongo ese pensamiento donde él firma diciendo estas palabras. O sea, el hombre que ha sabido vivir, el hombre que ha dado algo, llega un momento en que decide también retirarse. Muchos dicen que el suicidio es cobardía, pues creo que es la cobardía que solamente cometen los valientes. Mi pensamiento interno acerca de esto es el siguiente: “Soy un hombre del siglo xx. Mi siglo es éste, no va a ser el siguiente. Para el siglo xxi yo ya seré un hombre grande, de más de 60 años. Lo que dí ya lo aporté, bien o mal y quizá pueda dar algo más, pero en realidad creo que todas mis vivencias están o estuvieron en el siglo xx”. Tomé la decisión de quitarme la vida el 31 de diciembre del año 2000. ¿Cómo lo haría? Bueno, ahí podemos también volver al ritual. Invitar a todos los amigos al Templo Mayor, hacerlos participar de este ritual y entonces, morir oyendo música clásica, por ejemplo, la Coral de Beethoven en ese momento cumbre en que entran los coros y hablan del Eliseo. En algún momento comenté esto con un amigo psicoanalista y le dije:

-¿Qué opinas de esta idea? Porque a lo mejor eso de que estén todos los amigos quizá muchos lo consideren patológico.

Y aquel hombre se me quedó viendo después de lo que le había relatado, y me contestó:

-No, creo que para ti es la muerte perfecta.

Una muerte con los amigos, en una gran comida y brindando con el mejor *champagne* francés. Y en el *champagne* echar el contenido que plácidamente te quita la vida. Entonces, medirlo en tal forma que cuando den las 12 campanadas para pasar al siglo XXI, en la última quede atrapado en mi tiempo...

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
AL ENCUENTRO CON LA MUERTE



Arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, investigador emérito del INAH.
Foto: Melitón Tapia. INAH.



Leonardo López Lujan y Eduardo Matos Moctezuma.

Foto: Mauricio Marat. INAH.

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA*

Leonardo López Luján

A mediados de 1980, cuando concluí mis estudios de secundaria, tuve que enfrentarme a un prolongadísimo periodo vacacional que era el preámbulo forzoso de la preparatoria. Recuerdo que, en aquel verano interminable, una sobredosis de fútbol, bicicleta y televisión hizo que mi madre me espetara en más de una ocasión el típico “a ver si ya haces algo de provecho”. Su insistencia me trajo a la mente a Eduardo Matos Moctezuma, a quien había visitado con mi padre un año antes en sus excavaciones. Entonces, con el arrojo propio de un adolescente, tomé el teléfono, le marqué y sostuve con él una conversación tan breve como eficaz. Al mostrarle mi entera disponibilidad para sacar tierra y piedra sin necesidad de una paga, Eduardo me respondió de manera lacónica: “Ven mañana al Templo Mayor. Preséntate a las ocho, ya sabes cómo llegar”.

Y ahí me tienen al día siguiente en la calle de Seminario, junto con los 600 trabajadores que de manera cotidiana se daban cita para exhumar la más célebre pirámide del mundo mesoamericano. Desde entonces, y gracias a esa oportunidad única en la vida, he colaborado con Eduardo en el equipo que ha hecho florecer, como nunca, los estudios mexicas... Estos 38 años de experiencias compartidas son más que suficientes para que hoy les pueda hablar acerca de nuestro homenajeado con conocimiento, pero sobre todo, con un grandísimo orgullo.

El problema es que deberé ajustarme a los 20 minutos que el doctor José-Luis Iturriz me ha asignado en este III Encuentro de Literaturas en Lenguas Ori-

* Discurso presentado en el homenaje a Eduardo Matos Moctezuma que se realizó en el contexto del III Encuentro de Literatura en Lenguas Originarias de América, Feria Internacional del Libro, Guadalajara, 1 de diciembre de 2018.

ginarias de América. ¿Cómo condensar una vida tan fructífera en ese breve lapso? Quizá sería más conveniente invitar a las jóvenes generaciones presentes en esta sala a revisar la *Bibliografía de Eduardo Matos Moctezuma* que con gran cuidado preparó Lourdes Cué y que vio la luz en 2003 bajo el sello de El Colegio Nacional. Igualmente interesantes son las cuatro semblanzas contenidas en el libro de homenaje editado en 2006 por el INAH, y coordinado por David Carrasco, Lourdes Cué y un servidor. Recomiendo también las largas entrevistas que el propio David y yo le hicimos a Eduardo a partir de 1994, intituladas *Breaking Through Mexico's Past*, que fueron publicadas en inglés en 2007 por la University of New Mexico Press y al poco tiempo en nuestro idioma por la editorial Porrúa, pero ahora como *Los rompimientos del centauro*. En cierta forma, la existencia de tales obras me exculpa del apresurado recuento que les haré a continuación.

De entrada, si tuviéramos que definir con unas cuantas palabras al Eduardo que está a punto de cumplir sus 78 diciembres, diríamos simple y llanamente que es un hombre jovial, particularmente inquieto y siempre lleno de proyectos. Lo caracterizan una profunda curiosidad por lo que sucede a su alrededor y una inigualable determinación, al tiempo que lo guía un sentido a ultranza de la ética profesional y la responsabilidad, además de un gusto enfermizo por la puntualidad.

Como es bien sabido, Eduardo Matos Moctezuma es en la actualidad profesor-investigador emérito del Museo del Templo Mayor y, sin duda alguna, se encuentra ya entre los más grandes arqueólogos de todos los tiempos. Su trayectoria lo ubica claramente como “un hombre institucional”, pues llegó hace poco a los 58 años de servicio en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Allí ha ocupado casi todos los puestos imaginables. Comenzó en 1960 como “practicante en ciencias histórico-geográficas”; luego fue designado subjefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos y, más tarde, su director; también fungió como jefe de la especialidad de Arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y, casi de inmediato, como director. Asimismo, presidió durante un año el Consejo de Arqueología, para después convertirse en titular del Museo Nacional de Antropología y, finalmente, del Museo del Templo Mayor, todo esto sin contar el largo periodo en que estuvo al frente del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Pero más que ofrecerles una lista de cargos, ejercidos todos con liderazgo y sabiduría salomónica, lo que nos interesa aquí es hacer hincapié en la dimensión intelectual de Eduardo Matos Moctezuma. Ese largo recorrido comienza en 1959,

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

cuando a los 19 años de edad ingresó a la ENAH. Abrevó entonces en la mejor arqueología de la época, pues fue discípulo o colaborador directo de gigantes como Ignacio Bernal, Román Piña Chan, Jorge Acosta, Ignacio Marquina, Calixta Guiteras, José Luis Lorenzo, Richard McNeish, Bodo Spranz y Miguel Messmacher. En 1965, ante un jurado presidido por el catalán Pere Bosch Gimpera e integrado por Noemí Castillo Tejero, Leonardo Manrique, Julio César Olivé y Arturo Romano Pacheco, Eduardo sustentó con autoridad su tesis *La revolución urbana en la Cuenca de México*, así obtuvo el título de maestro en Ciencias Antropológicas por la UNAM.

Al igual que los demás integrantes de su generación, Eduardo Matos quedó profundamente marcado por la Revolución cubana, la Guerra Fría, el movimiento del *Black Power* y los trágicos sucesos del 68. Dichos acontecimientos lo hicieron adoptar una posición crítica tanto en lo que a política se refiere, como en su propio quehacer profesional. Así, en abierto rechazo a la llamada escuela mexicana de arqueología, fundada por Alfonso Caso y sus contemporáneos en los años treinta, Eduardo hizo suyas las posiciones del materialismo histórico, sustentadas en la lectura cuidadosa de las obras de Louis Althusser, Eric Hobsbawm, Maurice Godelier, Vere Gordon Childe y Miguel Othón de Mendizábal.

En aquellos años formativos, Eduardo Matos se sumó como ayudante a numerosos proyectos arqueológicos del área maya y del centro de nuestro país. Ya como estudiante, ya como profesionista en ciernes, destacó en los equipos que exploraban los sitios de Comalcalco, Bonampak, Tepeapulco, Tlatelolco, Teotihuacan, el centro histórico de la Ciudad de México, Totemihuacán, Malpaso y Cholula, proceso a lo largo del cual iría forjando su estilo personal de trabajar.

Mucho más trascendentes, empero, fueron las excavaciones que él mismo encabezó durante su madurez en las dos máximas capitales altiplánicas del Posclásico. Me refiero a Tula y a Tenochtitlan, ciudades ambas que investigó con equipos interdisciplinarios a partir de los años setenta. En la primera de ellas y de manera innovadora para un proyecto mexicano, Eduardo siguió una doble estrategia con el fin de comprender a cabalidad el fenómeno urbano. Empezó, por un lado, un estudio de macroárea, valiéndose de fotografías aéreas y recorridos de superficie para identificar, en un área de 15 kilómetros cuadrados, más de un centenar de sitios que iban del remoto Preclásico al momento de la llegada de los españoles. Localizó allí los principales yacimientos de caliza y obsidiana, identificó los usos del suelo y definió los sistemas hidráulicos principales. De manera complementaria, realizó un estudio de microárea en el núcleo del asentamiento. Por medio de excavaciones

extensivas liberó de los escombros el Juego de Pelota 2 y el *Tzompantli* asociado, en tanto que la exploración de pozos estratigráficos le sirvió para descubrir que la ciudad tuvo sus orígenes hacia el 700 d. C. en el denominado Tula Chico. De esa manera logró definir las principales transformaciones socioeconómicas que vivió la región a lo largo de los siglos e intentó definir las leyes subyacentes.

De manera muy especial debo mencionar el Proyecto Templo Mayor, fundado por Eduardo en 1978 bajo el auspicio de la presidencia de la República, el INAH y la Fundación Jenkins. Su investigación partió del postulado teórico de que la pirámide principal de Tenochtitlan era el reflejo ideológico de la estructura social mexicana. Por consecuencia, las dos capillas que coronaban el edificio, una dedicada al dios guerrero Huitzilopochtli y la otra al dios pluvial Tláloc, serían la apariencia fenoménica de una economía cuya esencia era la imposición militar y la exacción de tributo a los pueblos sojuzgados, por un lado, y la agricultura y la cosecha de granos, por el otro.

Con esas ideas como faro, en tan sólo cinco años se lograron liberar de los escombros 13 000 metros cuadrados del centro histórico de la Ciudad de México, lo que equivale a 10% de la superficie que habría abarcado el recinto sagrado y a 0.1% de la extensión que habría tenido Tenochtitlan a principios del siglo XVI. Entonces no sólo se exhumaron las 13 ampliaciones que hoy conocemos del Templo Mayor, sino otras 14 construcciones religiosas que lo circundaban, un cúmulo considerable de pinturas murales y esculturas adosadas a la arquitectura, así como 107 ofrendas con más de 7 000 objetos. En forma paralela, Matos coordinó la conservación *in situ* de los monumentos recién descubiertos; la restauración en el laboratorio de los artefactos y los ecodatos recuperados; el acondicionamiento de la zona arqueológica para la visita turística; la creación de un museo de sitio que exhibe los tesoros resultado de las excavaciones, y la fundación de un centro de investigación que ha producido en cuatro décadas más de 1 200 publicaciones y un centenar de tesis de grado y de posgrado.

A continuación quisiera compartir con ustedes el brevísimo segmento de un documental sobre el Templo Mayor producido en 1981 por El Colegio Nacional, en el que presenciaremos un histórico diálogo entre nuestro homenajeado y el doctor Miguel León-Portilla. Corre video...

En términos de mi hija Emilia pudiéramos decir que, entre 1978 y 1982, el Templo Mayor se volvió un auténtico *trending topic* y que Matos se convirtió en una “figura pública” y, por qué no, en un reconocido *influencer*. En mi memoria están

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

muy presentes algunas de las personalidades que visitaron las excavaciones. Mandatarios y mandamases como José López Portillo y el “Negro” Durazo, Valery Giscard d’Estaing y François Mitterrand, Jimmy Carter y Henry Kissinger, el rey Juan Carlos y la reina Sofía, Maurice Bishop y Erick Honnecker... Artistas y gente del espectáculo como Jane Fonda y Olga Breeskin, Carlos Saura y Franco Zeffirelli, Rufino Tamayo y José Luis Cuevas... Premios Nobel como Octavio Paz y Gabriel García Márquez, y un largo etcétera. Sin embargo, por mi inclinación hacia la ciencia, confieso que quienes más me impresionaron fueron Jacques Cousteau y su hijo Philippe, ambos maravillados por los corales y los caracoles marinos que yo estaba excavando el día de su visita. Como suele suceder, gente malintencionada comenzó a rumorar que Eduardo se pasaba todo el día guiando al *jet set* local e internacional, cosa que quiero desmentir ahora con estas fotos que demuestran que él, al igual que nosotros, ¡se ensuciaban las manos y los pantalones en las trincheras! Aclaro que no se trata de fotomontajes...

En fin, la incansable actividad de Eduardo en el campo y en el gabinete se cristalizó pronto en una bibliografía realmente colosal. Para quien gusta de los números, digamos que es autor de más de 40 libros y coordinador de 25 obras colectivas; que ha escrito más de 500 capítulos, artículos y notas; que ha redactado 60 prólogos, introducciones y presentaciones, y que ha publicado más de 40 guías y catálogos de exposiciones. Estos trabajos han aparecido en 38 lenguas distintas y muchos de ellos han sido objeto de continuas reediciones. Contentémonos con evocar aquí algunos de sus libros clásicos como *Muerte a filo de obsidiana*; *Pedro Henríquez Ureña y su aporte al folkllore latinoamericano*; *El Negrito poeta mexicano y el dominicano*; *Teotihuacan*; *Los aztecas*; *Vida y muerte en el Templo Mayor*; *Las piedras negadas*; *Tenochtitlan*; *Obras maestras del Templo Mayor*; *La muerte entre los mexicas*; *Escultura monumental mexicana* y *Grandes hallazgos en la arqueología*.

Junto con la investigación, la docencia se ha encontrado siempre entre las mayores preocupaciones de Eduardo. A lo largo de cinco décadas, ha impartido clases en muy variadas instituciones superiores de México, Estados Unidos, Francia y España. Por lo común, sus cursos más solicitados han sido los de “Arqueología general”, “Arte prehispánico”, “Historia de la arqueología”, “Mesoamérica”, “Seminario mexicana”, “Arqueología social iberoamericana”, “Técnicas de investigación arqueológica” y “Seminario de la muerte”. A esto hay que sumar que él fundó la maestría en Arqueología de la ENAH, la cual está ahora bien consolidada y es semillero de profesionales de alto nivel.

Otro aspecto seminal de su carrera ha sido el de la difusión y la promoción cultural. Los resultados de sus investigaciones han llegado a un público amplísimo, gracias a las más de mil conferencias que ha presentado en foros para legos y conoedores, tanto de México como del extranjero. Eduardo no sólo es un gran expositor, sino que su sentido del humor cautiva de inmediato a las audiencias. Recordemos igualmente que él fue quien creó el Museo del Templo Mayor, que es el tercer recinto del INAH más visitado en la Ciudad de México. Asimismo, concibió y llevó a feliz término el Museo de la Cultura teotihuacana, ubicado a un costado de la Pirámide del Sol. En las últimas décadas, su contacto con el público visitante lo ha hecho involucrarse como curador de exitosas exposiciones temporales, entre ellas “Los dioses del México antiguo” y “Descubridores del pasado en Mesoamérica” en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, “Seis ciudades de Mesoamérica” en el Museo Nacional de Antropología, además de “Moctezuma’s Mexico” en Denver y “Aztecs” en la capital inglesa.

En forma sorprendente, todas estas ocupaciones no le han quitado tiempo a Eduardo para incursionar en espacios que podemos considerar atípicos para alguien de nuestro medio. Fue director de “El Gallo Ilustrado”, suplemento cultural del periódico *El Día*; condujo el programa “Reflexiones” en el Canal 11; contó con su propio espacio de opinión en ABC Radio, y tuvo la curiosidad de presentarse, sin ser muy aclamado debo confesarlo, en el cine, la ópera, el *ballet* y la escultura monumental. Afortunadamente pocos recuerdan su aparición efímera como príncipe persa en la ópera *Turandot*, puesta en escena por José Solé, ni su coreografía en *Mictlan/9* de Rosa Romero y, menos aún, la enigmática secuencia en que clava una tabla en medio del Zócalo, esto en la película *Tequila* de Rubén Gámez. Eduardo también concursó sin éxito en alguna bienal de Bellas Artes (en la que inscribió una escultura de grandes proporciones con forma de vagina y que llevaba por título “París, o de dónde venimos y a dónde vamos”) y publicó su célebre colección de poemas eróticos, llamada *Erectario*, en el suplemento “Sábado” del periódico *Unomásuno*.

Como imaginarán, ante una vida tan productiva los reconocimientos no se han hecho esperar: Matos Moctezuma ha sido merecedor de tres condecoraciones del gobierno francés (una más, por cierto, que María Félix); a saber, las Palmas Académicas, la Orden de Artes y Letras, y la Orden Nacional al Mérito. En los Estados Unidos le otorgaron el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Colorado y la prestigiosa Medalla Nicholson de la Universidad de Harvard. También

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

se ha hecho acreedor a la Orden Andrés Bello de Venezuela y a las membresías honoríficas del Instituto Arqueológico de América, el Instituto Arqueológico Alemán y la Sociedad de Anticuarios de Londres. Por fortuna, Matos también es profeta en su tierra, como lo demuestran su adscripción a El Colegio Nacional, a las academias mexicanas de la Historia y de la Lengua, al Seminario de Cultura Mexicana, así como el haber recibido el Premio Nacional de Ciencias y Artes, y el doctorado *Honoris Causa* de la UNAM. Y ya no menciono las condecoraciones que, casi cada 15 días, ha recibido en los últimos años y que muy pronto lo harán émulo del alférez Lobo Guerrero, mejor conocido como el “General Medallas”.

De nuestro maestro hemos heredado esa contagiosa pasión por el estudio de las civilizaciones originarias de México. De él nos quedan muchas enseñanzas, fundamentalmente sobre los temas que surgen de manera recurrente a lo largo de su producción bibliográfica. Uno de ellos es la revisión crítica del concepto Mesoamérica y la periodización de su devenir, así como el surgimiento y transformación de las sociedades complejas. Otro es su búsqueda obsesiva de la interdisciplina, muy a la manera de Manuel Gamio. A este respecto, es interesante señalar que, hace muchos años, Eduardo declaró a los medios que, si él fuera electo director general del INAH, crearía proyectos integrales en seis regiones indígenas privilegiadas de la república para estudiar todos los aspectos de la cultura desde las muy variadas perspectivas de la antropología.

Otro tema apreciado por Eduardo es el de la muerte y las geografías del más allá en la cosmovisión mesoamericana. En él me resulta particularmente convincente su propuesta de que el inframundo era concebido como un lugar oscuro, frío, húmedo y compuesto por nueve niveles verticales debido a que emulaba la naturaleza del útero materno y a que éste, durante la gestación, interrumpía nueve ciclos menstruales. Esta hipótesis explica también por qué muchos individuos eran sepultados o cremados antiguamente en la llamada posición fetal, lográndose, por este procedimiento de magia imitativa, asegurar su retorno al vientre de la madre tierra que les había dado origen.

Mencionemos asimismo el gusto de Matos Moctezuma por dar cuenta del desarrollo de su propia disciplina, del cual es y se sabe protagonista. En su *Historia de la arqueología del México antiguo*, recientemente reeditada por El Colegio Nacional, reflexiona sobre los descubrimientos —materiales e intelectuales, remotos y recientes— que desde el presente resultan más significativos y cómo han incidido en los sucesivos esquemas conceptuales del gremio. Este ejercicio retrospectivo le

permite reescribir el largo trayecto de su profesión y entender su situación actual. Se los recomiendo mucho.

Quisiera concluir esta presentación contándoles una de mis anécdotas favoritas sobre Eduardo. Esta historia aconteció hace exactamente tres décadas, el 30 de octubre de 1988; en ese día se dieron cita en la bellísima localidad italiana de Ravello las máximas luminarias de la arqueología y la historia del arte grecolatinas. Allí estaban, entre muchos otros, Luisa Franchi, Christopher Parslow, Elisabeth Chevalier y Richard Brilliant, quienes se habían reunido para celebrar los 250 años del inicio de las excavaciones en las ruinas de Herculano. Tras las emotivas palabras inaugurales de Tony Hackens, el entonces vicepresidente del Programa de Arqueología de la Comunidad Europea, y en medio de una gran expectación, se apagaron las luces para que comenzara la conferencia inaugural. El orador invitado especialmente para esta ocasión, sin embargo, no se refirió a Carlo di Borbone, el inolvidable soberano de las dos Sicilias, ni a la encomienda que éste hiciera en 1738 al ingeniero español Roque Joaquín de Alcubierre para desenterrar los antiguos mármoles y bronces que se encontraban bajo el palacio real de Portici; tampoco pronunció una sola palabra acerca de Herculano, ni sobre la manera en que este puerto romano pereció sepultado bajo los espesos lodos del Vesubio. Lejos de ello, el orador narró con todo detalle el hallazgo inesperado de la escultura de una diosa lunar llamada Coyolxauhqui y de la manera en que, 10 años antes, en 1978, su equipo había comenzado a exhumar con todo cuidado el Templo Mayor de Mexico-Tenochtitlan.

El orador, como habrán adivinado, era Eduardo, quien con un gran conocimiento y orgullo habló de las pasadas glorias de otros Moctezumas. Algunos se preguntarán la razón de este extraño privilegio: ¿qué hacía un mexicano abriendo los festejos del nacimiento de la arqueología italiana y del surgimiento mismo de nuestra disciplina en su acepción moderna? La respuesta parece obvia: la enorme trascendencia de los trabajos de recuperación del recinto sagrado tenochca y la resultante revolución del conocimiento sobre la civilización mexicana bien ameritaban tal distinción... Lo sucedido en Ravello, más allá de lo anecdótico, nos demuestra en su justa dimensión el alcance e impacto del legado intelectual de Eduardo Matos Moctezuma.

Les pido a todos que nos pongamos de pie y le brindemos un caluroso aplauso.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
LEONARDO LÓPEZ LUJÁN



Conferencia Inaugural de la Cátedra Eduardo Matos Moctezuma

Auditorio Jaime Torres Bodet
Museo Nacional de Antropología
Octubre 3, 2017, 7:00 p.m.

Como parte de su renovado compromiso por fortalecer la cooperación entre Harvard y México, el David Rockefeller Center for Latin American Studies (DRCLAS) ha establecido la Cátedra Eduardo Matos Moctezuma, la primera cátedra en honor a un mexicano en los casi 400 años de historia de la Universidad. La Cátedra Matos Moctezuma, que se llevará a cabo a lo largo de cinco años, hace honor a la excelencia mundialmente reconocida de la arqueología mexicana, representada por su más insigne exponente, el Profesor Eduardo Matos Moctezuma.

Programa

6:30 p.m.	Registro de invitados
7:00 p.m.	Palabras de apertura
	Diego Prieto, <i>Director, Instituto Nacional de Antropología e Historia</i>
	Un minuto de silencio en señal de luto por las víctimas de los recientes terremotos en México
	Mark Elliott, <i>Vice-Provost for International Affairs and Mark Schwartz Professor of Chinese and Inner Asian History, Harvard University</i>
	David L. Carrasco, <i>Neil L. Rudenstine Professor for the Study of Latin America, Harvard University</i>
7:25 p.m.	Cátedra de Eduardo Matos Moctezuma, <i>Profesor Emérito, Escuela Nacional de Antropología e Historia</i>
8:30 p.m.	Inauguración de la exhibición <i>Voces de Barro</i>
	Simultáneamente empieza coctel de recepción

La Cátedra Matos Moctezuma es posible gracias a la generosidad de José Antonio Alonso Espinosa y la iniciativa del Profesor David Carrasco. La Cátedra Matos ha recibido el invaluable apoyo de la Harvard Divinity School y el Moses Mesoamerican Archive de la Universidad de Harvard, así como de la Secretaría de Cultura, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Museo Nacional de Antropología y el Museo del Templo Mayor.

Programa de la Conferencia Inaugural de la Cátedra Eduardo Matos Moctezuma. Octubre 3 de 2017.

POST SCRIPTUM

No cumplí mi palabra. Pese a que durante el año 2000 preparé mi ceremonia del adiós, como lo escribiera Simone de Beauvoir en relación a Jean Paul Sartre, viendo caer la tarde en el Templo Mayor y acudiendo a los restaurantes a los que solía ir durante los años de excavaciones para evocar aquellos momentos, no llegué a concretar mi idea. El resultado lo vi un día en el espejo: un hombre maduro, sin pelo, con barba que muestra la blancura del tiempo. El cuerpo ya no es el mismo de años atrás y los médicos aparecen más a menudo de lo que uno quisiera. Empiezan a prenderse los “focos rojos” y ocurren cosas imprevistas. Me detectan enfermedades insospechadas y el número de análisis y de píldoras aumenta día a día.

Sucesos dolorosos también empiezan a presentarse con mayor frecuencia. Uno de ellos fue la muerte en un accidente automovilístico de mi hijo Eduardo. Otras, más recientes, fueron los fallecimientos de algunas colaboradoras en trabajos arqueológicos más jóvenes que yo. Fue el caso de Guadalupe Mastache y de Ana María Crespo. Por aquí y por allá caen las bombas que alcanzan a otros y que te obligan a agazaparte para que no te toquen.

Ahora aprecio mucho más a los amigos. Convivo con ellos ratos alegres y lo mismo ocurre con la familia. Veo frecuentemente a mis hermanos y Daniela me ha dado tres nietas. Rainer tiene 15 años, toca el piano y es buen estudiante. Parece que quiere estudiar historia. Con Gabriela hemos realizado viajes maravillosos a España, Francia, Italia, Inglaterra, Grecia y el Caribe. Por cierto, en nuestro primer viaje a París en 1995 fuimos a visitar Notre Dame. Era por la tarde cuando el sol va cayendo y se filtra entre los vitrales con una luz maravillosa. Nos sen-

tamos para escuchar el silencio y, de repente, unos coros se dejaron oír a través de la tarde y de la luz del sol. Todo se transformó. Aquellas voces traspasaban los muros y se metían hasta lo más recóndito de las piedras, del ser. Una experiencia única que nos hace estar cerca de los ángeles... aunque no creamos en ellos...

Gabriela representa el lado positivo, vital de mi vida. Un día me dijo acerca de la casa que construimos juntos: “Esta casa la hicimos tú y yo con mucho esfuerzo. Está llena de vida por todas partes. En el patio hay una fuente con agua, pájaros que cantan y plantas que crecen... Cada rincón es nuestro”.

Vivo mis mañanas y mis tardes intensamente. Escribo libros y artículos que me solicitan de distintas partes. Viajo con cierta frecuencia para dar conferencias tanto en el país como en el extranjero. Hago ejercicio diariamente para conservarme “en forma”. Sin embargo, no dejo de pensar que permití que pasara el momento de concretar el quinto rompimiento. Ahora pago las consecuencias frente al espejo, aunque —por qué negarlo— también gozo de los placeres de la vida.

Falta, pues, saldar mi deuda con la muerte. Habrá que esperar el momento en que esto ocurra. Quizá ya no dependa de mí. Sin embargo, convivo cotidianamente con ella cuando escribo acerca del pasado. Mi quehacer me lleva a confrontar el tiempo muerto y volver a darle vida. En alguna ocasión escribí lo siguiente:

El viaje que hoy emprenderemos nos permitirá dos cosas: remontarnos varios siglos atrás en esa moderna máquina del tiempo que es la arqueología, pues al arqueólogo también le es dado recuperar el tiempo ido por medio de las excavaciones y, además, llegar al mundo de los muertos, en donde encontraremos los rostros que fueron y que nos ven, con ojos pétreos, a través del tiempo mismo...

Estoy listo...

PENSAMIENTOS

MI TESTAMENTO

A mi hija Daniela

Cuando ya sea yo ceniza
heredarás tú mi cuerpo...
Nada más puedo dejarte
puesto que nada más tengo.

Hedarás mis tardes,
heredarás el viento,
heredarás mi carne,
heredarás mi aliento.
Te dejaré mi poesía
con un pedazo de tiempo...

Serán tuyas mis angustias,
serán tuyos mis recuerdos.
Nada más puedo dejarte
puesto que nada más tengo.
Te dejaré mis otoños,
con muchas hojas cayendo...

Y cuando estés tú conmigo
cuando yo ya me haya muerto,
entonces serás muy rica,
habrás heredado el viento,
las tardes, las amapolas,
la lluvia, el aire, el trueno,
los relámpagos azules,
también la luna de queso.

Oro no puedo dejarte,
puesto que oro no tengo.
Tengo tanto en mis bolsillos,
como un pedazo de tiempo...

Nada podrás reprocharme,
puesto que todo te dejo:
un poco de nieve blanca,
un mucho de tiempo viejo,
una lluvia por la tarde,
mi larga barba cayendo,
mi tristeza milenaria,
mi soledad sin remedio,
mi vieja pipa caliente,
mi joven llanto agorero.

Té voy a dejar muy rica,
pues heredarás el tiempo:
nada más puedo dejarte,
puesto que nada más tengo...

Y cuando el notario ponga,
su firma en el documento,
entonces serás muy rica:
habrás heredado el tiempo...

ALABAMA

Alabama...
Tus calles son ríos
de rojas aguas,
cuerpos negros
con entrañas blancas.

Alabama...
Tu maldición se extiende
por la tierra parda,
llenando de sangre
las azules aguas.

Alabama...
Esos cuerpos negros
con entrañas blancas,
forman una estrella
roja entre las aguas.

Abril de 1965, a raíz del asesinato de negros en Alabama.

A CUBA

Cuba la hermana
toca bongó,
baila la rumba
reza a Changó.

Tumba la caña,
suda el sudor,
cantan los negros,
canta el dolor.

Amarga azúcar,
de explotador,
la azúcar libre
sabe mejor.

La estrella brilla
ya sin temor,
ya no está sola,
¡Tiene color!

Suena maraca,
rompe el bongó,
que baile la negra,
que rece a Changó...

1965.

YO VENGO DE UN HERMOSO PAÍS LEJANO...

Yo vengo de un hermoso país lejano
con soles rojos y milenarios.
Yo vengo con la aurora y el rocío,
yo traigo del violín la nota suave del estío.
La hoja amarillenta que se filtra con rayos
de un sol rojo al caer la tarde.
Yo soy la aurora gris y triste,
la ignota claridad en el vacío.
Yo vengo de un hermoso país lejano,
frío...

Al caer la tarde con suave melodía,
yo soy la luz tenue que lo cubre todo,
los árboles tristes sin el verde vida.
La niebla llega con su gris calmado,

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
PENSAMIENTOS

penetra y cubre la morena carne
rota con mantos de púrpura teñida.
Yo soy la tarde...

Las hojas caen suavemente,
las arrastra el viento por la vida,
y se van sin rumbo por la tarde,
hacia un hermoso país lejano.
Lo gris, la tarde, el otoño y sus hojas.

Yo soy un hermoso país lejano...

QUÉ TRISTE Y HERMOSA ES LA SOLEDAD

Qué triste y hermosa es la soledad.
Manchas verdes vibrando con rojos.
Arriba el gris de la niebla bajando,
cayendo...

Quiero pensar y no puedo,
filosofar sobre la vida,
y amo tanto la libertad
que la fina tela del mosquitero en la ventana
me parece la reja de una cárcel,
y me desespero...

Malpaso, Chiapas, 23 de enero de 1966.

ERECTARIO

I

Hemos formado un perfecto vaso comunicante:
tú me alimentas con tu esencia de mujer,
en tanto yo vierto en tu boca
la vida que se me escapa fugazmente.

II

Hay tres caminos que llevan a tu interior:
El primero es húmedo y tiene sabor a vino tinto.
El otro me lleva por un bosque de árboles sin hojas
y sabe a vino blanco.
El tercero tiene hojas de acacias
y sabe a vino rosado...
Los tres los recorro en tardes interminables;
los apuro en copas sin fondo...

III

Un día recorría tú piel sin rumbo fijo
cuando llegué a una esquina de tu cuerpo y me detuve.
Me asomé cauteloso y ví un camino que no tenía fin,
que me transportó a las esencias de tus interiores.

IV

Mi lengua empezó a recorrer hasta el último rincón de tu cuerpo
y llegó, finalmente, a posarse en tu boca.
Desde entonces digo que estás hecha de vino, sudores, lágrimas...
también de un poquito de tarde mezclada con melancolía,
y con un ligero sabor a tiempo...

V

Tu cuerpo es como un país solitario:
hay montes, hay valles, hay grutas encantadas y fuentes cristalinas.
Hay partes que crecen y otras que tiemblan.
Hay, en fin, todo aquello que incita a buscar el Edén perdido...

París, otoño de 1981.

LA CAPTURA DEL TIEMPO



Un día me asomé a la ventana del tiempo. Encontré rostros antiguos, ojos que me miraban con cristal de obsidiana y con ojos marinos. Vi el cuchillo que da muerte —muerte a filo de obsidiana— y el caracol que da vida. Miré el rostro de la vida y de la muerte. Pude detener el tiempo con mis manos, con mis barbas... el tiempo que buscaba por años y que me obligaba a permanecer en el tiempo, ido, el tiempo capturado, en todos los tiempos. Volví al pasado y le di vida; el pasado me pagó dándome también un poco de sí. Por eso tengo barba de viejo, calva de viejo y lágrimas de niño. Volví, como dijera Proust, “en busca del tiempo perdido”... Lo recuperé para que jóvenes de hoy también recuperen lo incorpóreo, lo vivan, lo trasciendan... Después volveremos al tiempo para quedarnos, con mirada hueca, viendo cómo pasan frente a nosotros los rostros que habrán, dentro de mil años, de arrancarnos del tiempo perdido...

Cuchillo pedernal de obsidiana, Templo Mayor.

EL ROSTRO DE LA VIDA... Y DE LA MUERTE

El caracol es símbolo de vida.

El artista que lo creó hizo no sólo vida a través de la forma,
sino que unió volumen y ritmo y logró,
con líneas que se desparraman suavemente,
el movimiento constante y eterno del símbolo vital.

En su infinita belleza,
el caracol nos recuerda el agua, el mar, la lluvia, la fertilidad...
en fin, todo aquello que forma parte de la vida...

...y de la muerte.

La presencia constante, perenne, del rostro de la muerte.
Al sacrificio del hombre-dios va unido el reclamo de la sangre,
del líquido precioso —semén divino— que unido al hueso —elemento
muerto—,
van a dar vida al universo, a los dioses, al hombre...

¿Culto a la muerte? Más bien culto a la vida... a través de la muerte...



Caracol de Piedra andesita. Templo Mayor.

ÍNDICE CRONOLÓGICO

1940. Nace Eduardo en la ciudad de México el 11 de diciembre. Son sus padres Rafael Matos Díaz, diplomático y Edith Moctezuma Barreda, dedicada al hogar.

1941. Junto con sus padres, su hermano Rafael y su abuela María Barreda de Moctezuma, viajan a Panamá en el barco “América” ya que su padre va a desempeñar una misión diplomática. En Panamá nace su hermana María Fernanda un año después.

1943. Trasladan a Rafael Matos Díaz a Venezuela, como embajador de la República Dominicana.

1945. Se rompen relaciones diplomáticas entre República Dominicana y Venezuela, al ser asaltada la embajada dominicana, en donde vivía la familia Matos. Se trasladan a Santo Domingo, República Dominicana.

1946. Nombran embajador a Rafael Matos Díaz en Panamá. Eduardo realiza sus estudios en el Colegio Miramar, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (lasallistas), hasta el tercer año de primaria.

1950. Nombran a Rafael Matos Díaz embajador en Tegucigalpa, Honduras. Allí vivirán hasta 1952, cuando renuncia al cargo por no estar de acuerdo con la política del tirano dominicano Rafael Trujillo Molina.

1952. Llegan a México. Eduardo estudia en la Escuela Inglesa para Varones y después en el Instituto Patria, de los jesuitas, donde termina la primaria.

1954-1956. Estudia la secundaria en el Instituto Alonso de la Veracruz, de padres agustinos. Realiza su primer rompimiento con la religión.

1957-1958. Estudia el bachillerato en el Colegio Cristóbal Colón.

1959. Ingres a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en la carrera de arqueología. En el primer semestre son sus maestros José Luis Lorenzo, Calixta Guiteras, Moisés Romero y Jorge Vivó. Triunfa la Revolución cubana.

1960-1961. Ingres a al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) como practicante en Ciencias histórico-geográficas. Continúa sus estudios y se presentan las primeras salidas al campo con el profesor José Luis Lorenzo a Tepeapulco y Richard MacNeish en Tehuacan. Viaja a Bonampak con Raúl Pavón Abreu y en Comalcalco trabaja a las órdenes de Román Piña Chán. Participa en las excavaciones de rescate en Tlatelolco a las órdenes de Francisco González Rul.

1962-1964. Se realiza el Proyecto Teotihuacan bajo la coordinación de Ignacio Bernal. Eduardo trabaja a las órdenes de Jorge Acosta en el Palacio de las Mariposas y le toca excavar el Palacio de los Caracoles Emplumados. En 1964 le asignan la Zona 9 del Proyecto en la Calle de los Muertos. A finales de 1964 realiza el rescate de un pequeño adoratorio mexicana en la calle de Argentina y colabora en los trabajos de Totemihuacan, Puebla, con la Fundación Alemana para la investigación científica, con el doctor Bodo Spranz.

1965. Se gradúa como maestro en Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y Arqueólogo de la Secretaría de Educación Pública (SEP), con el tema “La Revolución urbana en la Cuenca de México”.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
ÍNDICE CRONOLÓGICO

Fueron sus sinodales: presidente, Pedro Bosch Gimpera; vocales: Julio César Olivé, Arturo Romano y Leonardo Manrique y secretaria, Noemí Castillo.

1966. Trabaja en el rescate de Malpaso, Chiapas, con Carlos Navarrete y miembros de la New World Archaeological Foundation como Gareth Lowe, Thomas Lee y Pierre Agrinier. A su regreso se incorpora como Jefe de campo del Proyecto Cholula, dirigido por Miguel Messmacher.

1967. Deja el Proyecto Cholula a raíz del enfrentamiento entre quienes formaban este Proyecto y las autoridades encabezadas por Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Jorge Acosta y José Luis Lorenzo. Se trata de una lucha generacional entre dos posiciones dentro de la antropología y concretamente la arqueología. Es nombrado subjefe de Monumentos Prehispánicos.

1968. Empieza el movimiento estudiantil en contra del gobierno. Eduardo contrae matrimonio con María Eugenia del Valle y tienen dos hijos: Eduardo y Daniela. Asume la dirección del INAH el doctor Ignacio Bernal por la muerte del doctor Eusebio Dávalos. Dicta diversos cursos en la ENAH en donde es profesor por más de 30 años.

1971. Es nombrado director de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, que dirige hasta 1973. Por aquellos años es secretario de la Sociedad Mexicana de Antropología junto con Jaime Litvak.

1972. Coordina el Proyecto Tula con la colaboración de Guadalupe Mastache, Ana María Crespo y Juan Yadeun.

1974. Viaja a China Popular junto con Guillermo Bonfil, Román Piña Chán y otros investigadores. En noviembre va a Moscú y Kiev, donde da conferencias.

1975. Es nombrado por el doctor Guillermo Bonfil director de Monumentos Prehispánicos.

1976. Miembro de la Comisión para los estudios de Ichcateopan.

1977. Gastón García Cantú lo nombra presidente del Consejo de Arqueología.

1978. Es nombrado coordinador del Proyecto Templo Mayor, sigue siendo nuestro gran gurú, pero ya no detenta ese cargo. En este lapso vuelve a tener contacto con David Carrasco, con quien coordina las reuniones que en los años siguientes se llevarán a cabo en Boulder, Colorado y después en Princeton y Harvard.

1978-1982. Se llevan a cabo los trabajos de la primera temporada de excavación del Proyecto Templo Mayor. Se publican diversos trabajos sobre el tema.

1981. Se le otorgan las Palmas Académicas de las universidades de Francia.

1982. Es nombrado por el presidente de la República como director general del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIE-SAS), cargo en que permanece hasta 1986. Recibe la Orden Nacional al Mérito de la República de Francia. También la de Oficial de Artes y Letras del Ministerio de Cultura de Francia.

1986. Es nombrado por el secretario de Educación Pública como director del Museo Nacional de Antropología.

1987. Solicita su cambio como director del Museo del Templo Mayor, inaugurado en octubre de este año, cargo que ocupa hasta el año 2001.

1989. Nace su hijo Rainer María. Es nombrado doctor *Honoris Causa* en Ciencias por la Universidad de Colorado, en Boulder.

1991. Crea el Programa de Arqueología Urbana (PAU) que continúa hasta la fecha.

1992-1994. Dan comienzo los trabajos del Proyecto Especial Teotihuacan bajo su coordinación. Se hace el nuevo museo de sitio y crea el Centro de Estudios Teotihuacanos con el Programa de Becarios. Excava alrededor de la pirámide del Sol y nombra a Rubén Cabrera a cargo de los trabajos de rescate en La Ventilla.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
ÍNDICE CRONOLÓGICO

1995. Se separa de María Luisa “la Bruja”.

1998. Contrae matrimonio con Gabriela Galindo y Villa el 4 de abril en la Ciudad de México.

1999. Muere su hijo Eduardo en un accidente automovilístico.

2000. Se le nombra investigador Emérito del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

2001. Se pone su nombre al auditorio del Museo del Templo Mayor.

2002. Se le otorga la medalla “Henry B. Nicholson” de la Universidad de Harvard por excelencia en la investigación de Estudios Mesoamericanos. Gabriela y varios amigos lo acompañan en el acto y en la cena de homenaje en las salas del Peabody Museum.

2003. Del 20 al 24 de octubre se llevan a cabo las Jornadas Académicas en honor a Eduardo Matos Moctezuma en el Museo Nacional de Antropología. El evento fue organizado por el INAH y por la Universidad de Harvard, con la participación de cerca de 50 investigadores tanto nacionales como extranjeros. En el vestíbulo del Museo se montó una exposición con fotografías, libros y reconocimientos.

2004. La Secretaría de Cultura del Distrito Federal le rinde un homenaje en el marco de la Feria del Libro en el Zócalo capitalino.

2007. Recibe de manos del presidente de la República el Premio Nacional de Ciencias y Artes en la rama de Ciencias Sociales, Historia y Filosofía. Es el máximo galardón que otorga México por medio de jurados de diversas instituciones académicas. El premio fue entregado en febrero del siguiente año.

2008. Recibe el premio de “México Unido en la excelencia de lo nuestro” en el Palacio de Minería, el 11 de septiembre de 2008.

2009. La Universidad de Londres le nombra “Honorary Profesor of UCL Institute of Archaeology” el 30 de julio.

2010. Recibe por parte de la Universidad Benito Juárez Autónoma de Tabasco el Premio “Malinalli” junto con Héctor Aguilar Camín y la escritora Margo Glantz.

2013. Se hace acreedor a la “Cátedra Julio Cortázar” y dicta con ese motivo dos conferencias en la ciudad de Guadalajara, los días 28 y 29 de mayo. La Society of Antiquaries of London lo hace miembro de esta institución, fundada en el siglo XVIII.

2014. El Consejo Universitario de la Universidad Veracruzana lo elige como miembro de la Junta de Gobierno de la UV.

2015. Invitado de honor para inaugurar el XLIII Congreso Mexicano de Reumatología el 20 de febrero. Es nombrado Presidente del sector de Patrimonio Cultural por el Grupo de radio Acir, 7 de mayo. Ingres a la Academia Mexicana de la Lengua para ocupar la Silla XV con conferencia en el Museo Nacional de Antropología el 14 de mayo. Recibe la Medalla “7 de julio” en el Tercer Congreso Nacional del Patrimonio Mundial en San Miguel de Allende. La Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo le entrega la presea “Juan Crisóstomo Doria a las Humanidades 2015” el 21 de agosto en Pachuca, Hgo. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística le concede la Medalla “Arqueles Vela” en sesión solemne del 25 de septiembre. La Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Xochimilco, le rinde un homenaje por su labor arqueológica; tomaron la palabra René Avilés Fabila y Sandra Riego.

2016. El 21 de octubre, la Universidad de Harvard anuncia la creación de la Cátedra “Eduardo Matos Moctezuma Lecture Series”. En más de 400 años de haber sido fundada nunca había hecho un reconocimiento de este tipo a un investigador latinoamericano. Recibe la Medalla “Fray Bernardino de Sahagún” por parte del Consejo Hidalguense de la Crónica, misma que es entregada por el gobernador del estado con la presencia de los poderes estatales. El Institut de Cultures Americanes antigues de Barcelona lo invita a formar parte del Consejo Técnico

co de la misma, el 22 de marzo. Se le otorga la Medalla “Guillermo Tovar y de Teresa” de parte del Consejo de Cronistas de Ciudades Mexicanas en su xxxix Congreso Nacional, 28 de julio. El Ayuntamiento de la Ciudad de Puebla lo nombra “Visitante Distinguido de la Ciudad” el 22 de noviembre. Recibe el Premio “Trayectorias” entregado por “Premios Ciudad de México”, Bosque de Chapultepec, 8 de diciembre.

2017. En este año recibe muchos reconocimientos: el 21 de febrero, la Cámara de Diputados reconoce su labor como arqueólogo. La Universidad Estatal de California y el Museo del Condado de Los Angeles le hace un homenaje con la participación de la academia y público en general del 20 al 23 de abril invitado como miembro del Consejo Asesor de la Secretaría de Cultura instaurado el 25 de abril. El 3 de octubre se inaugura la Cátedra “Eduardo Matos Moctezuma Lecture Series” de la Universidad de Harvard con una ponencia en el Museo Nacional de Antropología, a la que asisten representantes de esa universidad. El *Diario La Crónica* le otorga el Premio Crónica en el campo de Cultura en el Museo Nacional de Antropología el 9 de octubre. El 9 de noviembre, la UNAM lo honra con el doctorado *Honoris Causa*. La VI Mesa Redonda de Teotihuacan le dedica este evento con la participación de diversos especialistas del 16 a 18 de noviembre y le entrega la medalla “Manuel Gamio”.

2018. En el mes de abril viaja a la Universidad de Harvard para inaugurar allá la Cátedra que lleva su nombre. Recibe la medalla de la Fundación Sebastián y se le otorga un reconocimiento en la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara el 1 de diciembre en el marco del III Encuentro de Literatura en Lenguas Indígenas Originarias de América. Leonardo López Luján lo presenta y lee una semblanza sobre su vida y su obra.



Presentación del libro de Roger Bartra, Arqueología y Sociedades Antiguas de la colección 80 años de la ENAH. De izquierda a derecha Luis de la Peña Martínez, Julieta Valle, Roger Bartra, Diego Prieto y Eduardo Matos Moctezuma.

Foto: Mauricio Marat.

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
AL ENCUENTRO CON LA MUERTE



Roger Bartra y Eduardo Matos Moctezuma en el auditorio Román Piña Chan de la ENAH.
Foto: Mauricio Marat.cv

ARQUEOLOGÍA DE UN ARQUEÓLOGO
Se terminó de imprimir en ? de 2019
en los talleres de ?
Ciudad de México.

Se compuso en tipos Adobe Garamond Pro de 16, 13
10, 9 y 7 puntos y Adobe Jenson Pro de 8 y 7 puntos,
se imprimió en papel Bond ahuesado de 90 g.
700 ejemplares



Diseño de Logotipo:
Miguel Martínez Montoya